
Bianca
LOS CORRETTI
SHARON KENDRICK
Rumores de deshonra
HARLEQUIN



LOS CORRETTI

SHARON KENDRICK

Rumores de deshonra



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

Rumores de deshonra, n.º 93 - junio 2014

Título original: A Whisper of Disgrace

Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

Argumento:

Se vieron forzados a un matrimonio que ninguno de los dos quería.

Después de pasar una noche juntos, Kulal quería conseguir que Rosa Corretti dejara de hacer locuras y se comportara. Pero ella había estado siendo una niña buena durante demasiado tiempo. Se negaba a pasar de una jaula dorada a otra, creía que había llegado la hora de ser libre y tomar las riendas de su vida.

Lo que no sabía era cómo reaccionaría si el arrogante y autoritario jeque la dejaba volar. Porque cabía la posibilidad de que quisiera volver a su lado a pesar de todo.

Capítulo 1

La botella de champán estaba fría, pero no tanto como su corazón.

Rosa bebió otro trago mientras trataba de calmar el dolor que sentía. Quería despertar y que todo hubiera sido una pesadilla, que los últimos días no hubieran sucedido. Quería volver a ser la persona que siempre creía haber sido. Y, más que nada, quería que ese hombre dejara de observarla desde el otro lado de la discoteca con su mirada oscura e inquietante.

Las luces y la música estaban consiguiendo marearla. Aunque pensó que tal vez tuviera la culpa el champán que había estado bebiendo desde que entró en el local. No estaba acostumbrada a su sabor ni a sus burbujas. No le gustaba demasiado, se había criado en Sicilia, donde la gente bebía los vinos locales, que eran cálidos y dulces. Tampoco allí había bebido mucho, solo medio vaso muy de vez en cuando y mezclado con agua mientras sus dos hermanos la observaban de manera protectora.

Aunque, en realidad, no eran sus hermanos. Suspiró al pensar en ello. Iba a tener que acostumbrarse a la idea de que solo eran sus hermanastros.

Rosa agarró con fuerza el cuello de la botella y un escalofrío recorrió su columna. Aún le costaba enfrentarse a una verdad que le seguía pareciendo increíble. Después de todo, nada era lo que parecía y su vida había cambiado para siempre.

La revelación de la realidad había sido brutal. Había descubierto de la peor manera posible que había estado viviendo una mentira toda su vida.

Y ella misma no era quien creía que era.

–*Mademoiselle?* ¿Está lista?

Sin decir palabra, Rosa asintió mientras el encargado del club nocturno le hacía un gesto hacia el escenario en el que varias mujeres habían estado tratando de bailar en la barra americana toda la noche. Creía que la mayoría habían hecho el ridículo, a pesar de ser delgadas, rubias y estar muy en forma. Le daba la impresión de que todas las mujeres eran iguales en esa parte de la Riviera francesa. Ella era la que más destacaba, como si estuviera completamente fuera de lugar con su cabello color caoba, piel aceitunada y generosas curvas que en esos momentos casi rebosaban su vestido rojo.

Se subió con algo de inseguridad al escenario. No sabía si iba a ser capaz de bailar con esos zapatos de tacón. Eran mucho más altos que los que solía usar cuando estaba en su Sicilia natal. Pero recordó entonces que no pasaba nada si se

tropezaba y que tampoco había allí nadie que fuera a echarle en cara que llevara un vestido mucho más corto y ajustado que los que solía ponerse habitualmente.

Esa noche, iba a despedirse de la Rosa que había sido, una mujer demasiado preocupada por las apariencias y por hacer siempre lo correcto. Estaba decidida a dar la bienvenida a la nueva Rosa, una decidida a ser más fuerte para que nadie pudiera hacerle daño nunca más. Estaba en una zona privilegiada de la costa francesa, en la conocida Côte d'Azur, el lugar donde pretendía desprenderse por fin de su caparazón y sacar la reluciente e irreconocible criatura en la que quería convertirse. De ese modo, su transformación sería completa.

Tomó otro sorbo de champán y dejó la botella en el suelo. Nada más subirse al escenario, su mirada volvió a encontrarse con ese hombre al otro lado de la discoteca, el mismo de pelo oscuro e imponente cuerpo. Vio que seguía observándola y había algo en sus ojos que hizo que le diera un vuelco el estómago. Al parecer, nadie le había enseñado que era de mala educación mirar fijamente a otra persona. Y aún más grosero le parecía que estuviera ignorando por completo a la pobre mujer que tenía a su lado y que estaba prácticamente echándose a sus brazos.

La música comenzó en cuanto Rosa se aferró a la barra vertical. Empujó hacia ella su pelvis, tal y como había visto que habían hecho las otras jóvenes que habían salido a bailar antes que ella. Hasta esa noche, nunca había visto a nadie bailando en la barra americana y, aunque lo hubiera hecho, nunca se habría atrevido participar en un concurso como ese. Pero empezaba a darse cuenta de que recibir una noticia inesperada podía llegar a hacer que una persona se comportara de una manera completamente distinta a lo que era habitual en ella.

Enroscó una pierna alrededor de la resbaladiza barra y comenzó a moverse. Podía sentir el metal suave y frío deslizándose contra su muslo desnudo. El alcohol había conseguido relajarla y se dejó llevar por el ritmo hipnótico de la música. Le estaba resultando mucho más fácil de lo que había esperado. No le estaba costando nada perderse en el vaivén sensual de la música y olvidarse de su propio dolor. Sus movimientos eran casi instintivos, como si hubiera nacido para bailar de esa manera. Como si llevara toda la vida dedicándose a frotar su cuerpo contra una estática barra de metal.

Cerró los ojos, levantó la pierna aún más y echó la cabeza hacia atrás. Podía sentir su largo cabello cepillando el suelo. Empezó entonces a mover sus caderas en círculos lentos y sensuales contra la barra, podía sentir el calor que comenzaba en su entrepierna y la excitación que iba despertando todo su cuerpo.

Apenas era consciente de lo que la rodeaba, estaba en una especie de trance o ensueño. Pero, poco a poco, fue escuchando otros sonidos. Como algunos gritos

de aliento mientras ella se deslizaba arriba y abajo al ritmo de la música o voces masculinas gritando con entusiasmo. Pero a ella no le importaba lo que le pudieran estar diciendo. Seguía con los ojos bien cerrados y entregada por completo a esa sensual danza.

Estaba siendo la experiencia más catártica que había tenido nunca y no abrió los ojos hasta que la música se detuvo.

Se encontró entonces con un montón de hombres que se habían acercado al escenario para observarla.

Durante unos segundos, se quedó sin aliento, sintiéndose como si fuera una atracción de circo o un animal en un zoológico. Casi le sorprendió no ver entre esos hombres las caras furiosas de sus hermanos.

Recordó entonces una vez más que no eran sus hermanos, sino sus hermanastros, y que estaban a cientos de kilómetros de distancia. Se enderezó y los miró mientras pensaba en cómo iba a poder bajar de allí y alejarse del escenario sin tener que acercarse a ellos. Algunos tenían las camisas desabotonadas hasta la cintura y estaban sudando. No quería tocarlos. Se estremeció, no quería tener nada que ver con ellos.

Lo único que deseaba en esos momentos era tomarse otra copa porque ya volvía a notar el dolor que tenía en su corazón y creía que solo conseguiría adormecerlo con más alcohol. Se inclinó para recoger la botella de champán y fue entonces cuando sintió unos dedos en su brazo. Se enderezó y se encontró de repente frente a los ojos más negros que había visto nunca.

Era el hombre que la había estado observando fijamente toda la noche desde el lado opuesto del club. El mismo que había estado recibiendo las atenciones de una bella joven toda la noche. Trató de enfocar la mirada para verlo bien, todo parecía algo borroso.

Cuando pudo por fin concentrarse en su rostro, pensó que nunca había visto a un hombre así. Tenía un esbelto y poderoso cuerpo y no podía dejar de admirar sus ojos, su rostro, su nariz aguileña… Entendió a la perfección por qué esa mujer había estado cubriéndolo de atenciones toda la noche.

Su presencia imponía, era como si llenara todo el espacio con una fuerza oscura y poderosa. Sus ojos negros brillaban como si ardiera un fuego en su interior. Tenía largas y oscuras pestañas y unos labios carnosos y sensuales.

Vio que el hombre fruncía el ceño al ver al grupo de hombres que seguían pendientes de ella.

–Me da la impresión de que necesitas urgentemente que alguien te rescate –le dijo el hombre con un acento exótico que no reconoció.

La joven que había sido en el pasado se habría sentido intimidada por un

hombre como él y eso si su protectora familia le hubiera permitido que se acercara a menos de dos metros de ella.

Pero esa nueva Rosa no se sentía intimidada. Lo miró a los ojos y sintió una innegable emoción, como si acabara de encontrar algo inesperado, algo que, hasta ese momento, no había sido consciente de que había estado buscando.

–Y crees que tú eres la persona más indicada para rescatarme, ¿no?

–Soy el candidato perfecto para cualquier misión de rescate, preciosa. Te lo aseguro.

Trató de no pensar en las emociones que sus palabras le estaban produciendo por todo el cuerpo y miró a su alrededor con el ceño fruncido.

–¿Seguro? No veo tu caballo blanco por ninguna parte.

–Es que no soy el típico príncipe azul que llega a lomos de un corcel blanco. Yo suelo montar un semental negro, aunque nunca me lo he traído a Francia. Es grande y muy fuerte, pero no le van las discotecas.

No podía dejar de pensar en cuánto brillaban sus ojos mientras la miraban fijamente.

–Nada que ver con la mujer que acabo de ver bailando de manera increíblemente sexy en la barra americana –continuó él–. Una mujer que no parece consciente del caos que ha creado en la discoteca mientras bailaba.

Rosa no podía dejar de sonreír. Era muy consciente de que el nivel de coqueteo se iba intensificando por momentos y se sentía algo abrumada. Ese tipo de situaciones era muy distinto a lo que estaba acostumbrada. No tenía demasiada experiencia en ese terreno. Incluso durante sus años en la universidad de Palermo, los chicos que le gustaban se habían mantenido al margen cuando descubrían quién era. Había aprendido que ningún hombre en su sano juicio querría tener nada que ver con una mujer de la familia Corretti. Nadie se atrevía a ir demasiado lejos con ella por miedo a que uno de sus hermanos o primos fueran después tras él.

Nunca había conocido a nadie que no se sintiera intimidado por la reputación de su poderosa familia y tampoco le habrían permitido a ella que se acercara a un hombre así. Un hombre que emanaba atractivo sexual por los cuatro costados. Casi temía quemarse los dedos si extendía la mano hacia él y lo tocaba.

Sabía que lo más sensato que podía hacer era darse media vuelta y alejarse, regresar al hotel en el que había reservado una habitación y dormir hasta que se le pasaran los efectos del champán. Al día siguiente, se despertaría con un terrible dolor de cabeza y podría decidir entonces lo que iba a hacer con el resto de su vida.

Pero no tenía ganas de ser sensata, todo lo contrario.

Le atraía el desafío de hacer algo inesperado y distinto a su conducta

habitual. Creía que así le resultaría más fácil olvidar la angustia y la soledad que sentía. Necesitaba hacer algo que la hiciera sentir viva e ignorar el vacío que tenía en su corazón.

–No quiero que nadie me rescate –le dijo ella mientras tomaba otro sorbo de champán–. Lo que quiero es bailar.

El hombre le quitó la botella de la mano y se la entregó a un camarero.

–También me puedo encargar de eso –repuso mientras le agarraba la mano y la llevaba hacia la pista de baile.

Fue consciente de una repentina y embriagadora sensación de peligro cuando ese hombre la tomó en sus brazos y la música comenzó a sonar con un ritmo muy sensual. Era tan alto… No había conocido nunca a un hombre tan alto. Y su cuerpo parecía muy fuerte y musculoso. Se pasó la lengua por los labios. Creía que no habría mujer en el mundo que pudiera resistirse a sus encantos y fue ese pensamiento el que, lejos de asustarla, hizo que se estremeciera de excitación.

–Ni siquiera sé cómo te llamas –le dijo ella.

–Porque no te lo he dicho.

–¿Y no vas a hacerlo?

–Bueno, supongo que podría hacerlo… –murmuró él–. Si te portas bien.

–¿Y si no me porto bien? –repuso ella arriesgándose a seguirle el juego.

–En ese caso, seguro que te lo diría –le dijo él con picardía–. Porque no hay nada que me guste más que una mujer que prefiera portarse mal. Me llamo Kulal.

Frunció el ceño al oírlo y trató de pronunciarlo enunciando con cuidado cada sílaba.

–Ku… lal –murmuró ella.

–Me gusta cómo lo dices. Suena muy sexy en tus labios.

Rosa se echó a reír.

Kulal se estremeció al oír su risa y, dejándose llevar por el deseo, la atrajo hacia sí. Sintió que se derretía contra él, como si hubiera estado esperando toda la noche a que él la abrazara. Y la verdad era que a él le había pasado lo mismo. Sus sentidos se habían encendido desde que la viera por primera vez esa noche. No había dejado de fijarse en sus suaves labios ni en su mirada inocente, detalles que contrastaban con el esplendor pecaminoso de su voluptuoso cuerpo. Podía sentir sus pechos contra el torso y notó que estaba conteniendo el aliento.

Se acercó a su oído para que pudiera oírle a pesar de la música.

–Ahora, vamos a ver si puedes bailar en la pista tan bien como lo has hecho en el escenario. ¿Te parece, preciosa?

Rosa sabía que tenía que tener cuidado con alguien a quien parecía resultarle muy fácil dedicarle todo tipo de cumplidos. Era algo que había tenido

siempre muy claro, lo había visto una y mil veces en la manera de actuar de los miembros masculinos de su propia familia. Les bastaba con decirles a las mujeres que eran preciosas para que ellas se deshicieran entre sus brazos.

Había crecido viendo a los varones Corretti actuar de esa manera para seducir a sus conquistas. Sabía que los hombres como Kulal solo querían una cosa y ella había sido criada para proteger su honor y su integridad. Así había sido siempre su vida, al menos hasta que todo lo que había conocido cambió de repente. Los valores que siempre la habían guiado se habían quedado en nada, ya no creía en las mismas cosas que siempre habían sido el fundamento de su existencia.

Se olvidó de sus dudas y le dedicó su mirada más coqueta, una que no había usado hasta ese momento.

–Me darás un diez, ¿verdad? –le preguntó ella.

–Si quieres… –repuso Kulal colocando sus manos alrededor de la cintura de Rosa–. Pero te advierto que puedo ser un juez muy duro.

–Creo que voy a arriesgarme –le dijo ella.

Las palabras salieron antes de que se diera cuenta de lo que había dicho.

–Estupendo –le dijo Kulal con los labios contra su cuello–. Me gustan las mujeres que se arriesgan.

Rosa sintió el susurro de su boca en el cuello y cerró los ojos con placer. Estaba en una nube. No tardó en darse cuenta de que bailar con él era diferente a bailar con cualquier otro hombre. Era como si se estuviera inventando las reglas del baile sobre la marcha, ignorando por completo el ritmo de la música y moviéndose con ella entre sus brazos como si fuera un lento vals en lugar de una canción bastante más rápida y discotequera. Y ella se estaba dejando llevar. No encontraba ninguna razón para no hacerlo.

–¿Te gusta así? –le preguntó Kulal en voz baja mientras se aferraba posesivamente a su trasero.

Le encantaba sentir la fuerza embriagadora de su nueva libertad y la sensación de escuchar los deseos de su cuerpo y nada más. Por eso, se dejó llevar y no trató de apartarse cuando Kulal la apretó contra su torso.

–Sí.

–Ya me lo imaginaba –repuso él–. A mí también me gusta. Me gusta mucho…

Kulal cerró los ojos al sentir los dedos de esa mujer acariciándole los hombros. Podía sentir también el roce de su pelo sedoso contra la mejilla y una oleada de deseo se apoderó de él con tanta fuerza que apenas podía controlar la necesidad de tocarla íntimamente.

Pero, aunque siempre había sido conocido como un príncipe que rompía

moldes, Kulal respetaba demasiado su papel como para tirarlo todo por la borda en una sola noche. Una cosa era bailar con una mujer tan exhibicionista y seductora como aquella, y otra provocar un escándalo que podía costarle muy caro dejándose llevar por la pasión en un lugar público.

Así que, a pesar de que estaban protegidos por la multitud que los rodeaba y que las luces intermitentes oscurecían la mayoría de sus movimientos, no hizo lo que quería hacer. Pero no podía dejar de pensar en ello. Le habría encantado jugar con sus pezones a través de la delgada tela de su minivestido o deslizar la mano por su muslo y tocar su parte más íntima. Sabía que iba a estar caliente y húmeda. Tanto que podría notarlo a través de sus braguitas.

En el caso de que llevara ropa interior.

Tragó saliva, cada vez le costaba más controlar su deseo y se preguntó si ella podría sentir la inmediata reacción de su cuerpo al tenerla tan cerca.

Se había fijado en ella desde que la vio entrar en la discoteca. Creía que le habría ocurrido lo mismo a todos los hombres presentes. Era difícil no fijarse en ella con ese breve vestido de color rojo que dejaba tan poco trabajo a la imaginación. Tenía el tipo de cuerpo que ya no estaba de moda. Sobre todo allí, en el sur de Francia, donde todas las mujeres parecían demasiado delgadas y musculosas. No le dio la impresión de que se pasara horas en el gimnasio ni de que estuviera permanentemente a dieta. El tipo de dieta que siempre dejaba a las mujeres algo enfadadas y ansiosas, como si estuvieran a punto de desmayarse en cualquier momento. Esa mujer, en cambio, tenía un aspecto jugoso y sexy, como un fruto maduro justo antes de caer del árbol.

Al verla entrar, se le habían ido los ojos también a su melena, oscura y larga y con su aspecto muy suave.

Se habían mirado desde lados opuestos de la discoteca y ella había abierto mucho los ojos al ver que la estaba observando, casi como si estuviera sorprendida. Se había dado cuenta en ese momento de que ella lo deseaba. Iba a poder tenerla y pensaba aprovechar esa circunstancia tan pronto como pudiera. Porque sabía además que ese tipo de vida tenía fecha de caducidad y un día no muy lejano iba a tener que dejar de hacerlo.

Suspiró al recordarlo.

Iba a tener que aceptar un matrimonio de conveniencia más pronto que tarde y sus días de playboy despreocupado estaban contados. Incluso si tuviera la suerte de poder llegar a un acuerdo con su esposa para tener un matrimonio abierto, al menos abierto para él, sabía que iba a tener que esconder sus conquistas y ser mucho más discreto. Procedía de una sociedad y una cultura en las que las esposas hacían la vista gorda ante las indiscreciones de sus maridos, pero el

matrimonio traía consigo ciertas responsabilidades. No iba a poder seguir yendo solo a una discoteca para salir poco después con una bella mujer del brazo.

Apretó los labios contra su oreja mientras seguían moviéndose al compás de la música.

–¿Cómo te llamas? –le preguntó.

–Rosa –respondió ella.

Decidió no decirle su apellido. Rosa pensó que quizás hubiera oído hablar de la familia Corretti y no quería arriesgarse a tanto. Esa noche había decidido olvidarse de todo y comportarse de manera imprudente, pero no pensaba cometer la estupidez de ir por ahí diciéndole a la gente quién era.

–Rosa –repitió él mientras le acariciaba la melena como si fuera la crin de su caballo favorito–. También me gusta tu nombre. ¿Eres italiana?

–Sí –consiguió susurrar ella.

Le resultaba difícil hablar cuando el masculino aroma de ese hombre embriagaba por completo sus sentidos. Sabía que estaba siendo algo enigmática y que no le estaba contando toda la verdad, pero creía que no necesitaba saber nada más. Lo cierto era que Rosa Corretti era siciliana hasta la médula y su familia habría estallado en cólera si la hubieran oído decir que era italiana. Pero creía que era más fácil de esa manera. Además, recordó que no le debía nada a su familia. Nada en absoluto.

–Sí, lo soy –insistió ella.

–¿Y siempre sueles ir a discotecas y bailar en la barra americana como lo has hecho esta noche, Rosa?

Ella negó con la cabeza.

–No. La verdad es nunca lo había hecho. Ha sido la primera vez –confesó ella.

–¡Qué interesante! Y, ¿por qué has decidido lanzarte esta noche?

Rosa hizo una mueca al oír su pregunta, no quería tener que explicarle por qué se estaba comportando como lo hacía.

–¿Por qué no hablamos de ti? –repuso ella.

Pero Kulal no quería tener que gritar para hacerse oír en la ruidosa discoteca y no se atrevía a seguir en la pista de baile con ella. Creía que, si Rosa continuaba frotando su voluptuoso cuerpo contra él como lo estaba haciendo, iba a ser incapaz de moverse. Decidió que era mejor continuar esa conversación en algún lugar más privado, como su propia villa, donde además tenían cerca la posibilidad de usar una cómoda cama.

–¿Por qué no vamos a algún sitio un poco más tranquilo? –le sugirió él.

Rosa se tambaleó. Le habría gustado que él le hubiera dado algún tipo de

advertencia antes de soltarla como acababa de hacerlo. Se sintió de repente como un barco al que acababan de soltar el ancla.

–¿Por ejemplo?

Kulal frunció el ceño sin poder esconder cierta irritación. No entendía por qué las mujeres siempre hacían lo mismo, por qué fingían total inocencia cuando los dos sabían exactamente cómo iba a terminar la noche. Creía que de nada le iba a servir hacerse la inocente después de lo que había visto en el escenario. Pero no le dijo lo que estaba pensando y se encogió de hombros.

–Conozco un sitio con una vista increíble donde podríamos sentarnos y ver las estrellas.

–¡Oh ¡ ¡Me encantan las estrellas! –exclamó Rosa con una expresión soñadora.

–A mí también –repuso Kulal–. Entonces, ¿qué te parece si salimos de aquí y vamos en busca de un pedacito de cielo?

Sus palabras le parecieron muy poéticas, pero Rosa estaba cada vez más mareada. Trató de recordar cuándo había comido por última vez y le dio la sensación de que había pasado mucho tiempo.

–Estupendo –convino ella.

Kulal sonrió. Le estaba resultando tan fácil como había esperado. Siempre había conseguido lo que deseaba. Eso era al menos lo que siempre decían de él. Y también decían que nunca había tenido que luchar por nada ni por nadie. Pero había una excepción. No había conseguido mantener a su lado a la única persona a la que realmente había querido. De hecho, ni siquiera le había sido posible luchar por ella.

Rosa lo estaba mirando con una expresión que lo dejó sin aliento, como si confiara plenamente en él. No le gustaba que lo mirara de esa manera, prefería ver a la mujer caliente y sexy de antes.

–Vamos a por mi coche –le dijo él mirándola de arriba abajo–. ¿Has traído una chaqueta o algo así?

Rosa frunció el ceño. No estaba segura, no lo recordaba. Bajó la mirada y se quedó mirando el minivestido de raso que apenas le cubría los muslos. Recordó que lo había comprado esa tarde en una carísima boutique de Antibes. También había adquirido allí los zapatos de tacón que llevaba. No recordaba haber comprado ninguna chaqueta.

–Creo que no –le dijo.

Kulal la miró con algo de temor mientras la llevaba del brazo y atravesaban la pista de baile, que estaba llena de gente, para salir de allí. Comenzó a arrepentirse de haberla invitado a irse con él. Al principio, le había parecido la

fantasía de cualquier hombre, pero vio que andaba con dificultad y temió que estuviera mucho más bebida de lo que había pensado. Le gustaban las mujeres traviesas, pero prefería que estuvieran sobrias.

La acompañó hasta la calle con una mano en su espalda y sintió que se tropezaba al salir del club. Tuvo que ser muy rápido para agarrarla y que no se cayera ni perdiera por completo el equilibrio. Pensó que era una suerte que no hubiera paparazis alrededor y la acompañó hasta la limusina que lo esperaba. La ayudó a sentarse en la parte de atrás y ella no tardó en extender sus largas piernas frente a ella y en cerrar los ojos.

Por primera vez en su vida, Kulal bajó ligeramente el bajo de un vestido para intentar que no enseñara demasiado. No era el momento de pensar en que, después de todo, llevaba braguitas y parecían de encaje. Creía que era más inteligente por su parte no pensar en esas cosas cuando su acompañante parecía estar casi desmayada.

–¿Cuánto has bebido? –le preguntó él.

La voz profunda de ese hombre consiguió entrar en su consciencia y Rosa abrió de golpe los ojos. El aire fresco había hecho que se sintiera extraña, pero allí, dentro de ese lujoso coche y al lado de ese hombre, se sentía segura. Lo miró y se fijó en sus ojos negros, era su rescatador…

Lo que no entendía era por qué ya no la abrazaba. Deseaba volver a estar entre sus brazos y que la sostuviera con fuerza para que pudiera olvidar todo lo demás.

–Ven aquí y bésame –murmuró ella con dificultad para mantener los párpados abiertos–. Por favor, solo un beso…

Kulal la agarró por los brazos y la sacudió un poco para tratar de despertarla. No podía ocultar cierto sentimiento de desprecio ni lo enfadado que estaba consigo mismo por haberse metido en una situación como esa. No podía creer que pensara que iba a querer besarla viendo cómo estaba.

–¡Rosa, estás borracha! –la acusó Kulal.

–Sí, lo sé –susurró Rosa cerrando de nuevo los ojos–. ¡Y me encanta!

–Si pudieras verte a ti misma ahora mismo, no pensarías lo mismo –gruñó Kulal–. Una mujer borracha nunca es una visión agradable, la verdad.

–¿Y un hombre borracho sí lo es? –murmuró ella.

Era así como había crecido, oyendo que las reglas eran distintas para los hombres y para las mujeres. No entendía por qué era tan injusto el mundo.

–No, la verdad que no me gusta ver a nadie perdiendo el control de esta manera –replicó Kulal–. Por eso voy a llevarte a casa.

No pudo evitar sonreír al oír esa palabra.

–¿A casa? –repitió Rosa con un rastro de amargura en su voz–. Pues vas a tenerlo un poco difícil porque no tengo casa. Ya no…

Kulal se inclinó hacia ella tratando de evitar los brazos de Rosa. Seguía intentando abrazarlo. No le interesaba en absoluto oír su triste historia. Lo único que quería era deshacerse de ella y hacerlo cuanto antes.

–¿Dónde te alojas? –le preguntó entonces.

Al oírlo, sus ojos se abrieron de golpe y lo miró. Trató de incorporarse, pero apenas podía moverse. Kulal le acababa de recordar que tenía un problema mucho mayor que esa borrachera.

No recordaba dónde se alojaba.

–No tengo ni idea… – murmuró mientras se incorporaba un poco más.

Estaba muy cómoda allí y no quería irse a ningún otro sitio. Quería quedarse con ese hombre de tez oscura y ojos brillantes. Hacía que se sintiera segura y excitada. Bostezó mientras se acurrucaba en el suave asiento de cuero.

–Así que supongo que será mejor que me quede contigo… –susurró Rosa.

Capítulo 2

La cálida luz del sol despertó a Rosa cuando le dio de lleno en la cara. Pero estaba tan cansada que se dio media vuelta. Quería seguir sumergida en un sueño que parecía muy real.

–Sé que estás despierta.

La voz profunda y con algo de acento de ese hombre la despertó por completo. Era la misma voz del hombre de su sueño, el responsable de las imágenes eróticas que la habían acompañado toda la noche.

Tenía la garganta seca y le dolía la cabeza. Abrió los ojos y se encontró con una mirada negra que la observaba con firmeza. Ya no brillaban, no trataban de seducirla como la noche anterior. Parecía enfadado, como si la despreciara.

Algo confusa, miró a su alrededor para tratar de orientarse mientras intentaba reconstruir el rompecabezas de lo que había pasado la noche anterior. Tenía la sensación de que algo iba mal, muy mal.

Se quedó sin aliento al ver que estaba en una cama muy grande y completamente desnuda.

Agarrando la sábana para ocultar sus pechos, se sentó y se quedó mirando al hombre que se había presentado en la discoteca como Kulal. La estaba observando desde el extremo opuesto de la cama con un gesto oscuro e irritado.

–¿Qué ha pasado? –le preguntó ella.

–¿No te acuerdas?

–Si lo recordara, no te lo estaría preguntando, ¿no crees?

Él hizo una mueca con la boca.

–¿Qué es lo que quieres saber? ¿Si nos hemos acostado?

Rosa sintió que sus mejillas ardían. No podía creer que le hablara de manera tan directa. Pero, a pesar de lo embarazoso que era ese momento, no podía dejar de pensar en lo agradable que había sido bailar con él la noche anterior y el deseo que había conseguido despertar en su interior.

Se sentía como si hubiera dejado una pesadilla para despertar en otra muy diferente. Sabía que iba a tener que ser muy fuerte si quería salir de esa situación con algo de dignidad.

Trató de convencerse de que podía serlo y que así lo había demostrado. Después de todo, había sobrevivido a la confesión que su madre le había hecho casi a gritos mientras le decía la verdad. Se había enfrentado a esa increíble y desgarradora verdad y trataba de hacerse a la idea de que su querido padre, la

única roca que había tenido en su vida, no era en realidad su padre.

Respiró profundamente para mostrar valentía mientras miraba la cara furiosa de Kulal.

–¿Lo hicimos? –le preguntó con voz algo temblorosa.

Sus palabras le hicieron sonreír, pero fue la sonrisa más fría que había visto en su vida.

–Créeme, *garbuua*. Si me hubiera acostado contigo, lo recordarías por muy borracha que estuvieras.

No le gustaba que la mirara con esa expresión burlona en sus ojos y decidió que no iba dejar que la intimidara. Estaba deseando poder escapar de esa lamentable situación, pero antes que nada tenía que enfrentarse a los hechos.

–Así que no lo hicimos –murmuró ella.

–No.

Cada vez se aferraba con más fuerza a la sábana que cubría su desnudez.

–Entonces, ¿cómo es que estoy desnuda?

–Porque te quité la ropa.

–¿Có… cómo? ¿Me desvestiste? ¿Por qué?

–¿Tú qué crees? –le espetó Kulal–. ¿Piensas que lo hice para poder ver tu delicioso cuerpo?

Le habló con desprecio, pero lo cierto era que Kulal no podía dejar de pensar en su maravilloso cuerpo y en cómo había sido desnudarla. Había tratado de hacerlo sin pensar, evitando mirarla mientras le bajaba las diminutas braguitas de encaje. En su estado, Rosa había olvidado por completo sus inhibiciones y lo había agarrado para atraerlo hacia ella. Kulal se había visto en la tentadora situación de tener la cabeza enterrada en sus magníficos pechos antes de que pudiera reunir la voluntad suficiente para apartarse de ella.

–La verdad es que te quité la ropa porque pensé que no te gustaría salir de aquí esta mañana llevando un vestido de noche arrugado –le dijo él.

A Rosa le asustaba no ser capaz de recordar todo lo que había pasado, pero no quería que él se diera cuenta.

–Claro… –murmuró ella.

Kulal advirtió la incredulidad en su voz y no pudo evitar que su actitud le irritara. Esa mujer no parecía consciente de lo afortunada que había sido al ser alguien como él quien la acompañara la noche anterior. Otro hombre con menos escrúpulos morales podría haberla llevado a su casa y...

Apretó enfadado la boca.

–Te voy a decir exactamente lo que sucedió –le dijo él–. No recordabas dónde estabas alojada y, justo antes de desmayarte en el asiento trasero de mi

limusina, me dijiste que querías quedarte conmigo.

Rosa se ruborizó aún más.

–¿De verdad te dije eso?

–Sí, lo hiciste –asintió Kulal con seriedad–. No me dejaste más opción que traerte de vuelta aquí, a mi villa. Mi plan era conseguir llegar contigo a la habitación de la manera más callada y discreta posibles, pero, por desgracia, tú no querías hacerlo.

No se le pasó por alto la acusación ni la furia con las que Kulal la miraba. Cada vez estaba más nerviosa.

–Supongo que decidiste que todo el mundo debía enterarse de lo que querías hacer. No dejabas de decir que deseabas acercarte a la playa y mirar el cielo...

Rosa se quedó sin aliento. Empezaba a recordar momentos de la noche anterior. Kulal le había prometido llevarla a algún sitio para mirar las estrellas. Se lo había dicho en la discoteca, mientras bailaban abrazados. En ese momento, se había sentido como si ese hombre le hubiera ofrecido un pedazo del paraíso.

–¿Qué...? ¿Qué es lo que pasó? –susurró ella.

–Decidí que sería muy peligroso estar cerca del mar con una mujer que había bebido más de la cuenta. Así que te traje aquí y te metí en la cama.

–¿Y eso es todo?

–Eso es todo.

–Entonces, ¿dónde has dormido tú? –le preguntó ella.

Kulal soltó una breve carcajada.

–Cuando alquilas una villa en un complejo hotelero con vistas al Mediterráneo, sueles contar con más de un dormitorio. De hecho, esta tiene tres y he dormido en uno de ellos.

La mente de Rosa era un hervidero mientras escuchaba su explicación. Lo que más le sorprendía era darse cuenta de que, si lo que le había contado era verdad, aún era virgen.

Le sorprendió porque aún recordaba la excitante sensación de abandono que había sentido cuando él la había sostenido en la pista de baile. No tenía experiencia en ese territorio, pero no la necesitaba para darse cuenta de que, la noche anterior, Kulal la había tenido comiendo de su mano. Si él no se hubiera comportado como un caballero con ella, lo tendría en esos momentos tumbado a su lado. Porque tenía muy claro que lo había deseado. De hecho, aún lo deseaba.

Kulal se levantó y se alejó de la cama. A esa distancia, podía estudiarlo sin que él la viera. Se preguntó de dónde sería. Su acento no se parecía al de nadie que hubiera conocido antes y su piel era demasiado oscura.

–¿Quién eres? –le preguntó ella de repente.

Kulal se tensó al oír su pregunta. Ya llevaba algún tiempo esperándola y sabía que la respuesta iba a complicar aún más las cosas. Se le pasó por la cabeza mentirle y adoptar alguna identidad ficticia. Después de todo, sabía que sus caminos nunca volverían a cruzarse. Pero creía que así solo iba a echar más leña a una situación que ya podía ser muy complicada. Ella ya debía de sentirse avergonzada después de su comportamiento de la noche anterior y, si después descubría que él le había mentido, no haría sino sentirse aún peor.

Conocía a las mujeres lo suficientemente bien como para saber lo difíciles que podían ser cuando se sentían rechazadas.

–Mi nombre es Kulal –le dijo.

–Eso ya lo sé. Pero ¿de dónde eres?

–De un país que se llama Zahrastan –le dijo Kulal–. ¿Sabes dónde está?

Ella se encogió de hombros.

–Me temo que nunca he oído hablar de él. ¿Debería saberlo? –le preguntó ella.

A Kulal no le sorprendió. Después de todo, no esperaba que una mujer de la alta sociedad europea a la que tanto le gustaba salir y emborracharse conociera su pequeño principado árabe, aunque este produjera una gran parte del suministro mundial de petróleo. Supuso que no pensaría en nada más que no fuera de qué color se iba a pintar las uñas de los pies al día siguiente o algo parecido.

–Tendrás que buscarlo en un mapa si quieres saber su posición exacta –le dijo Kulal con cierto desdén–. Bueno, ya he respondido todas las preguntas que querías hacerme, ¿no?

Rosa quería decirle que no, que quería saber más. También le habría gustado poder pedirle que se olvidaran de lo mal que había terminado la noche. Le habría encantado poder rebobinar la vida y parar en el momento que más le había gustado.

Cuando había estado bailando con él en la discoteca, todo había sido perfecto, le había parecido un momento que había estado lleno de promesas. Pero, al ver cómo la miraba y hablaba esa mañana, se dio cuenta de que estaba deseando que se fuera de allí.

Se llevó los dedos a las sienes como si así pudiera reducir su dolor de cabeza, pero no le sirvió de nada.

–Mi cabeza… Me duele mucho –susurró ella.

Lamentaba que le hubiera tocado sufrir la primera resaca de su vida ante un hombre tan crítico con ella.

Kulal asintió con la cabeza. Era la oportunidad que había estado esperando

para salir de esa situación tan incómoda.

–Entonces, ¿por qué no te das una ducha y te vistes? –le sugirió con amabilidad–. Tienes la ropa en el baño y puedo pedir que nos traigan algo para comer. Te sentirás mucho mejor una vez que hayas desayunado…

–¡No! No quiero desayunar –lo interrumpió ella.

Rosa se dio cuenta de que estaba deseando deshacerse de ella.

–Deberías hacerlo. ¿Cuándo fue la última vez que comiste algo?

–No lo recuerdo –reconoció ella.

Aunque no quería hacerlo, Kulal no pudo evitar fijarse en sus ojos. Los iluminaba la luz del sol y, por primera vez, se dio cuenta de que no eran tan oscuros como había creído, tenían manchas verdes y doradas. Le recordaron a la luz del sol que se filtraba entre los árboles de un bosque.

Sus ojos eran muy bellos, pero no se le pasaron por alto las sombras que había debajo de ellos. No se debían solo a los restos de rímel, eran ojeras.

Sus ojos parecían vacíos, como si tuviera alguna preocupación que no la dejaba dormir. Se dio cuenta también de que estaba pálida. Muy pálida. A pesar de su suave piel de oliva, tenía el aspecto de una mujer que había dejado de preocuparse por su apariencia y por la vida.

Pero sabía que no debía pensar en ello, no era su problema.

Después de todo, era un príncipe que estaba a punto de anunciar su compromiso con una princesa. Lo último que necesitaba era empezar a preocuparse por el bienestar de una niña rica y mimada que bebía más de la cuenta.

Creía que había sido una suerte que hubiera sido lo suficientemente fuerte como para no dejarse llevar por la tentación de su increíble cuerpo.

Pero, a pesar de todo, no tenía la conciencia del todo tranquila.

–No te irás de aquí hasta que no hayas comido algo –le dijo con firmeza.

–¿Acaso vas tratar de detenerme si lo intento? –replicó Rosa.

–Lo que no quiero es tener que recogerte por segunda vez si te desmayas. No necesito el escándalo que supondría tener que avisar a una ambulancia para que venga a por ti. Así que ¿por qué no haces algo sensato por primera vez en tu vida y comes algo? –le sugirió Kulal mientras iba hacia la puerta.

Rosa se quedó mirándolo hasta que cerró de golpe la puerta tras él. Le entraron ganas de gritar de la frustración que sentía. No entendía cómo se atrevía a juzgarla de esa manera cuando la noche anterior no había podido dejar de tocarla y abrazarla.

Pero se dio cuenta de que Kulal se veía con derecho a portarse así. Después de todo, se había puesto a sí misma en una situación complicada y muy

comprometida.

Enfadada, salió de la cama y se dirigió al cuarto de baño. Se quedó parada al ver su reflejo en el enorme espejo. No estaba preparada para lo que vio. Para empezar, le sorprendió verse desnuda. Nunca había dormido de esa manera. De hecho, en Sicilia, siempre había llevado un camisón para preservar su modestia. Así era como la habían educado.

–Imagínate que hay un fuego en mitad de la noche –le había dicho una vez su madre–. Y que el bombero te encontrara desnuda… Esa no es forma de comportarse para una mujer decente, Rosa.

Se metió en la ducha y sonrió con tristeza al recordar las palabras de su madre. Siempre había aceptado su opinión sin saber, hasta hacía bien poco, que la mujer que la había criado con tanta severidad no era más que una hipócrita y una infiel.

Rápidamente, abrió el grifo del agua fría con la esperanza de que la impresión la ayudara a olvidar los recuerdos de los últimos días, pero no era fácil quitarse de la cabeza la dramática confesión de su madre. Se quedó en la ducha más tiempo de lo normal, tratando de relajarse un poco. Cuando salió y se secó, vio que había un cepillo de dientes nuevo y lo usó. Se vistió con su ropa y se cepilló el pelo. Minutos después, cuando oyó un golpe en la puerta de la habitación, ya se sentía mucho mejor y estaba dispuesta a enfrentarse a la dureza con la que la estaba tratando Kulal esa mañana.

–Adelante –le dijo con firmeza–. Ya estoy lista.

–Ya lo veo –repuso Kulal.

Aunque no quería hacerlo, no pudo evitar fijarse en ella. Estaba descalza y el minivestido rojo rozaba la suave piel de sus muslos. Por un momento, sintió una poderosa oleada de deseo. Le tentó la idea de llevarla de vuelta a la cama, pero sabía que no debía pensar de esa manera.

Se recordó que esa mujer era un problema. La noche anterior, se había dejado llevar por su belleza y por su erótico baile. Pero, a la luz del día, se dio cuenta de que era mejor evitarla.

–He pedido que nos sirvan el desayuno en la terraza –le dijo Kulal–. ¿Bajamos?

Rosa fue consciente entonces del hambre que tenía y asintió a regañadientes. Lo siguió por una amplia escalera de mármol y salieron después a una terraza. Allí se encontraron la mesa servida ya con cruasanes, zumos, mermeladas y un plato con mango. La terraza daba a unos jardines y, en la distancia, se veía el mar Mediterráneo. Se sentía como si estuvieran en otro mundo, en su propia burbuja lejos del ajetreo y el bullicio de la Costa Azul.

–¿No me dijiste que esto era un complejo hotelero? –le preguntó ella con curiosidad.

–Lo es, pero yo siempre alquilo una de las dos villas que están unidas al edificio principal del hotel. Las villas tienen sus propios jardines y ofrecen mucha más intimidad.

Rosa se dejó caer en una de las sillas de mimbre y lo miró a los ojos.

–Así resulta mucho más fácil deshacerse a la mañana siguiente de las personas con las que se ha pasado la noche, ¿no? –le dijo ella.

Kulal se sentó frente a ella y de repente apareció un mayordomo con una cafetera de plata.

Decidió en ese momento que era mejor dejarle muy claro a Rosa cómo era él para que le quedaran las cosas muy claras. Aunque la verdad a veces doliera.

–Bueno, eso es siempre una consideración a tener en cuenta –reconoció él.

Rosa se quedó mirando el café mientras se lo servían. Después, Kulal le hizo un gesto al mayordomo para que los dejara solos. No pensaba hacer una escena después de lo que Kulal le acababa de decir cuando lo único que había hecho había sido ser sincero con ella. Rosa creía que habría sido mucho peor si hubiera fingido lo contrario y le hubiera dicho que nunca había llevado a ninguna otra mujer a su hotel. Acababa de descubrir que había tenido una vida llena de mentiras y estaba harta.

–Eres un chico muy listo –le dijo ella tratando de aligerar un poco la conversación.

Kulal se relajó al escuchar su tono y se echó hacia atrás en su silla. Era un alivio ver que Rosa pensaba portarse bien y no echarle nada en cara. Supuso que no era la primera vez que se veía en esa situación. Compartiendo un desayuno algo tenso con un hombre después de pasar la noche haciendo el amor con él.

Pero, por desgracia, ese no era el caso. No había llegado a acostarse con ella.

La observó mientras sacaba un cruasán de la cesta del pan y empezaba a cubrirlo con mermelada de fresa. Con su cabello oscuro secado al sol y el olor a jabón que desprendía su cuerpo, parecía muy distinta esa mañana. No llevaba nada de maquillaje en el rostro y su aspecto era muy joven y casi inocente. Sus labios eran tan deliciosos que le entraron ganas de apoyarse sobre la mesa y darle un beso en ese preciso instante. Durante un segundo, se imaginó también cómo sería pasar la lengua entre sus sonrosados labios y descubrir lo que podía hacer con su boca.

Pero recordó entonces cómo la había visto bailar en la discoteca con la barra americana y trató de calmar su ardor. Le parecía increíble lo camaleónicas que podían ser las mujeres. Creía que Rosa era tan inocente como podría serlo

cualquier mujer que cobrara a los hombres por sus servicios.

Aun así, mientras la veía beber un trago de zumo, no pudo evitar lamentar no haber llegado a hacer el amor con ella. Sabía que debía de ser una amante increíble. Tenía mucha experiencia, estaba seguro de ello. Creía que lo podría haber adivinado aunque no hubiera sido testigo de su erótico baile en la discoteca.

Tampoco podía olvidar lo que había sentido al quitarle la ropa cuando la metió en la cama la noche anterior. No había conocido a una mujer con una belleza tan sensual. Había sentido su piel, suave y firme, mientras le quitaba su vestido rojo. Alejarse de ella había sido lo más difícil que había hecho en su vida y había pasado una noche muy agitada en el dormitorio contiguo.

Esperó a que ella terminara de comer y se limpiara sus deliciosos labios con una servilleta, para dejar en la mesa su propia taza de café y mirarla a los ojos.

–Supongo que ya has recordado dónde te alojas, ¿no?

Rosa hizo una mueca. Se preguntó qué le diría Kulal si le confesaba que la de anoche había sido su primera borrachera y que acababa de descubrir que su madre había tenido una aventura con el hermano de su marido y que toda su vida se había roto en mil pedazos.

Se preguntó cómo reaccionaría. No sabía si la creería o no, pero estaba segura de que seguiría deseando deshacerse de ella.

–Sí, tengo una habitación en el hotel Jasmin –le dijo ella poniéndose de pie–. Así que, si no te importa avisar a un taxi, te dejaré tranquilo.

Kulal se levantó de la silla de mimbre. Podría encargarse de que su chófer la llevara al hotel, pero tenía un coche bastante llamativo y no quería que los paparazis pudieran relacionarlos. Esa parte de la Riviera siempre estaba llena de ansiosos fotógrafos deseando cazar a los famosos cometiendo cualquier indiscreción. Creía que había tenido mucha suerte de que nadie los viera cuando llegaron al hotel la noche anterior. Deseaba que todo siguiera igual y poder deshacerse de ella de la forma más anónima posible.

–Me encargaré de llamar a recepción para que pidan un taxi –le dijo Kulal–. Y haré que alguien te acompañe hasta la parte principal del hotel.

Rosa sentía que la estaba tratando como si fuera una bolsa de basura de la que estuviera deseando deshacerse. Pensó que no le parecía posible sentirse peor de lo que se sentía en ese momento. Decidió en ese instante que no iba a volver a probar ni una gota de alcohol en toda su vida.

Y tampoco pensaba volver a bailar con desconocidos de aspecto peligroso.

Asintió con la cabeza mientras miraba sus ojos negros. De repente, Kulal levantó la mano para tocarle el pelo y dejar que sus dedos bajaran luego suavemente por su cara. Fue un gesto muy tierno que la sorprendió.

–Hazte un favor a ti misma y no bebas tanto como anoche, ¿de acuerdo? –le sugirió Kulal.

Sus palabras le afectaron mucho más de lo que esperaba. Una vez más, se dio cuenta de que había sido una suerte que eligiera a Kulal para irse con él de la discoteca. La había apartado de todos esos hombres que se habían acercado a ella después de verla en el escenario y había sido increíble bailar con él. Pero, después, ella lo había echado todo a perder. Se había emborrachado hasta perder el conocimiento, pero Kulal no se había aprovechado de ella, a pesar de que le habría sido muy fácil hacerlo. Estaba claro que le había consternado su comportamiento y la verdad era que lo entendía. Ella también estaba avergonzada y nunca iba a tener otra oportunidad para mostrarle que en el fondo ella no era como él creía que era. Y lo peor de todo era saber que nunca iba a llegar siquiera a besarlo…

La Rosa que había sido en el pasado habría salido corriendo de allí. Aunque para empezar ni siquiera habría llegado a verse en una posición tan comprometedora. Pero la nueva Rosa quería tener al menos una breve idea de lo que se había perdido antes de salir de su vida para siempre.

Se puso de puntillas y tomó la cara de Kulal entre sus manos. Se inclinó entonces hacia delante y rozó ligeramente sus labios con la boca.

–Gracias –le susurró–. Por tu hospitalidad y tu caballerosidad.

Por un momento, él ni siquiera se movió. Era como si sus palabras lo hubieran convertido en piedra. Vio cómo apretaba la mandíbula. Parecía estar muy tenso.

–Me gustaría aceptar tus palabras y decirte que ha sido un placer, pero eso no sería cierto.

Ella lo miró con incertidumbre.

–¿No?

–De hecho, ha habido muy poco placer esta noche y me preguntaba si… Bueno, a lo mejor no es demasiado tarde para remediar eso...

Rosa no había estado preparada para lo que ocurrió entonces. Kulal la atrajo contra su cuerpo y la besó apasionadamente. Sostenía su cabeza entre las manos y la estaba besando como no la habían besado nunca. Podía sentir cómo se hinchaban sus pechos y brotaba un delicioso calor de entre sus piernas. Se preguntó si él podría adivinarlo, si sería por eso por lo que deslizó uno de sus fuertes muslos entre los de ella, como si supiera que así podría ayudarle a aliviar el dolor que podía sentir en la parte más íntima de su cuerpo.

No pudo ahogar un gemido. No había vivido nada igual.

Con mucho esfuerzo, Kulal se separó de ella y la miró a la cara.

–He sido muy caballeroso y prudente contigo, preciosa –le dijo Kulal con

voz temblorosa–. Pero todo eso se termina ahora mismo. Ya no estás borracha y yo ya no estoy enfadado. Puede que esta sea una de las decisiones más imprudentes de mi vida, pero te deseo y tengo que hacerte mía… Ahora mismo.

Sabía que sus palabras deberían haberla asustado, pero no fue así. Sospechaba que no le gustaba especialmente a Kulal y quizás ni siquiera la respetara, pero sintió que no le importaba. Solo le importaba cómo estaba haciendo que se sintiera en esos momentos. Estaba decidida a probar los placeres que parecían dominar a todo el mundo. A todos menos a ella, la pobre y protegida Rosa, que había vivido siempre dentro de una burbuja y alejada del resto del mundo.

Tenía la boca seca, pero consiguió pronunciar unas palabras mientras sentía cómo Kulal comenzaba a jugar con el pulgar sobre uno de sus pezones.

–Yo también te deseo –susurró–. Y me parece muy bien lo que sugieres…

Con una sonrisa de satisfacción, Kulal se inclinó para besarla de nuevo.

Y, de no haber oído a alguien tosiendo detrás de ellos para atraer su atención, Rosa se habría dejado llevar por el deseo.

Con un sobresalto, se apartaron los dos como si hubieran sido pillados in fraganti en la escena de un crimen.

Se volvieron los dos y vieron en el jardín a un hombre de piel tan oscura como la del propio Kulal. Notó que tenía la cabeza ligeramente inclinada, como en un gesto de sumisión.

Vio que Kulal parecía fuera de sí.

–¿Qué demonios estás haciendo? –le preguntó Kulal furioso–. ¿Qué haces interrumpiéndome de esta manera como si fueras un espía, Mutasim?

Rosa pensó que nunca había visto a un hombre con un aspecto más avergonzado que el que tenía el tal Mutasim en esos momentos al oír las palabras de Kulal. Se dio cuenta entonces de que el hombre no la había mirado a los ojos ni una sola vez.

–Le pido su comprensión ante esta intromisión tan inoportuna, Alteza –le dijo en voz baja Mutasim–. Pero su hermano, el rey, ansía su compañía lo antes posible.

Rosa abrió conmocionada la boca cuando entendió las palabras de ese hombre. Miró entonces a Kulal.

No podía creer que acabara de referirse a él como «alteza» ni que su hermano fuera un rey de verdad.

Se le pasó por la cabeza que tal vez estuvieran gastándole una broma o hablando entre ellos con una especie de código…

Estaba tan confusa como avergonzada. Kulal la ignoró por completo y se

acercó al otro hombre. Se pusieron a hablar en voz baja en un idioma que no podía comprender.

En esos momentos, se sintió completamente invisible.

Capítulo 3

Entonces, ¿a qué crees que estabas jugando, Kulal? –le preguntó el rey sacudiendo la cabeza con incredulidad–. ¿Cómo se te ocurrió llevarte una bailarina borracha al hotel?

Por un momento, Kulal no respondió. Se limitó a sentarse en una de las adornadas sillas de la sala del trono y se quedó mirando el anticuado ventilador que giraba sin parar en el techo abovedado. Estaba de nuevo en el antiguo palacio en el que se había criado después de haber volado a Zahrastan tan pronto como había recibido la noticia de que el rey deseaba hablar con él.

Nunca había recibido una orden tan seria por parte del monarca y se dio cuenta de que tampoco había visto a su hermano tan enfadado como lo estaba en esos momentos. Ni siquiera cuando su hermano lo vio una vez salir de la habitación de una criada alisándose la túnica y con una gran sonrisa de satisfacción en la cara. O cuando Kulal tomó prestado uno de los coches del palacio para un viaje no autorizado por el desierto cuando apenas tenía dieciséis años y nadie estaba enterado de que sabía conducir.

En todas esas ocasiones, y en muchas más, su hermano debería haber mostrado su enfado con el príncipe más joven, pero no lo había hecho. Era casi como si no esperara otro tipo de comportamiento en él. Y sabía muy bien por qué. Todo el mundo sabía que los hijos que crecían sin madre se convertían en niños y jóvenes muy consentidos.

Como dos príncipes de un rico reino del desierto, los dos deberían haber crecido muy unidos, pero su nacimiento había marcado que tuvieran dos vidas muy diferentes. Hazail era el mayor, el heredero al trono, y el factor determinante de su vida siempre había sido que él algún día iba a heredar la corona. El destino de Hazail había ocupado la mayor parte del tiempo de su padre, que había pasado todo su tiempo libre educándolo para que se convirtiera algún día en el monarca de su poderoso reino.

Kulal había sido el comodín, el hijo que había nacido simplemente para asegurar la línea de sucesión si algo llegaba a pasarle al primogénito. Había sido criado por unas cuantas *amahs*, criadas que siempre lo habían adorado, pero que no habían tenido la autoridad suficiente para disciplinar a un niño con un carácter bastante fuerte.

Al final, le habían dado más libertad de la que habría sido conveniente en un niño como él. Pero esa libertad nunca había llegado a compensar el gran dolor

que se había cernido sobre él desde que muriera su madre de manera repentina. Un hecho que había causado una gran conmoción en todo el país.

Kulal había estado marcado por la terrible pérdida, agravada además al saber que ella había muerto tratando de salvar su vida. En el fondo sabía que esa era la razón por la que su padre y su hermano se habían mostrado siempre tan distantes con él.

Sabía que inconscientemente lo culpaban por la prematura muerte de la reina, aunque la lógica les decía que no había sido más que un accidente, la cruel intervención del destino, dos personas que habían estado en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Pensó que quizás fuera esa distancia emocional la que había hecho que tanto su padre como su hermano pasaran por alto sus defectos. Pero se estaba dando cuenta de que esa vez las cosas iban a ser distintas. Hazail dio varias vueltas por el salón del trono antes de detenerse y mirarlo. Seguía muy enfadado.

–No era una bailarina –protestó Kulal mientras tomaba una copa de oro y hacía girar el zumo de granada que le habían servido.

–¿No? –replicó Hazail furioso–. ¿Es mentira entonces que estuvo bailando en una barra americana, retorciéndose de manera erótica y mostrando además su ropa interior? ¿Crees que ha sido todo eso producto de la imaginación de mi informante?

–¿De qué informante estás hablando? –le preguntó Kulal, tratando de no pensar en el sensual cuerpo de Rosa mientras bailaba frotándose contra la barra.

Tampoco quería acordarse de que el maldito criado de su hermano los había interrumpido justo cuando había empezado a seducirla.

–Eso no es importante –respondió Hazail con frialdad–. A no ser que insistas en negar que volviste con esa mujer al hotel.

Kulal se encogió de hombros.

–No, no lo niego.

–Me ha parecido que esa mujer era muy mala elección, incluso para alguien con gustos tan extravagantes como los tuyos, Kulal.

–Lo sé.

No supo qué más decirle. Él también se había sentido desconcertado, pero ni siquiera habría sido capaz de describirle la sensación que se había apoderado de él cuando la vio entrar en la discoteca esa noche. No había sido solo lujuria lo que había sentido cuando la había visto. Había reconocido algo en sus ojos… Una mirada que parecía no pertenecer a una mujer tan sexy como ella. Y eso le había llamado mucho la atención. Se había fijado en la manera en la que había levantado la botella de champán para beber, en el torrente de espuma que había mojado sus

labios de una manera muy erótica. Y después, cuando empezó a bailar...

Se estremeció al recordar el baile. Había sido una invitación al sexo. La invitación más descarada y hermosa que jamás había visto y no pudo resistirse. Había caminado hacia ella como un hombre con solo una cosa en mente y con el cuerpo en llamas.

–Pero era tan bella… –le dijo simplemente Kulal.

–Sabes que hay un montón de mujeres hermosas en el mundo –replicó Hazail–. ¿No podrías haber encontrado una un poco más apropiada con la que acostarte?

Kulal abrió la boca para protestar y decirle que en realidad no se habían acostado, pero su orgullo no le permitió hacerle tal revelación.

–No tengo muy claro por qué estás haciendo un drama de esto, Hazail –le dijo a su hermano–. ¿Por qué estás de repente tan interesado en mi vida sexual?

–Porque estás comprometido para casarte. ¿O acaso lo has olvidado? ¡Así que no me parece muy aconsejable que te comportes como un animal en celo!

Kulal pensó en su novia. Era una princesa de sangre azul y rostro serio que procedía del vecino país de Buheiraat. Pensó en la manera tan fría en la que los dos se habían reunido para llegar a un acuerdo sobre sus próximas nupcias. Era una mujer sin un ápice de pasión en sus venas. La comparó con la ardiente Rosa y el corazón le dio un vuelco.

–Solo ha sido una pequeña indiscreción, nada importante, Hazail –le aseguró–. No creo que sea justo que me describas como un animal en celo. Además, ya sabes cómo funcionan estas cosas. Ayesha no espera que su príncipe se acerque a ella en la noche de bodas como un joven inocente y acobardado. Esperará que su marido sea un hombre experimentado en la cama.

–Bueno, las expectativas de Ayesha ahora mismo no son importantes –le anunció Hazail–. Porque la boda ha sido anulada.

Kulal se quedó inmóvil.

–¿La boda ha sido anulada? –repitió con incredulidad.

–Sí. Ha enviado un mensaje al palacio a través de uno de sus consejeros. No piensa casarse contigo.

Kulal miró a su hermano con los ojos entrecerrados.

–¿Por qué no?

–¿A ti qué te parece? –explotó Hazail–. Porque se ha enterado de tus conquistas. ¡Por eso! Pareces olvidar que las princesas modernas son diferentes a como solían ser antes. Ya no están dispuestas a hacer la vista gorda ante un comportamiento que encuentran intolerable. Y no se puede decir que esta vez hayas sido demasiado discreto, Kulal. Podrías haber tenido una aventura a

escondidas, pero tú no te has ocultado de nadie y hay gente que te ha visto pasando la noche con una desconocida en tu hotel.

Kulal apretó furioso los labios. Había sido la ruidosa y borracha Rosa la culpable de que se viera en esa situación. Frunció el ceño y dejó la copa de oro con un golpe en la mesa.

–Voy a escribir a Ayesha, deseándole todo lo mejor y que sea muy feliz –le dijo–. Y olvidaremos que ha ocurrido este desafortunado incidente.

Pero Hazail negó con la cabeza antes siquiera de que Kulal terminara de decirle lo que iba a hacer.

–Ese es el problema, no podemos olvidarlo. Si fuera tan simple...

Kulal frunció el ceño de nuevo.

–Lo que dices no tiene sentido.

El rey se echó hacia atrás en su silla.

–¿Eres consciente de la identidad de la mujer con la que pasaste la noche?

–Por supuesto que sí.

Desafortunadamente, le bastaba con recordarla para que su cuerpo reaccionara al instante. Era una suerte que ese detalle de su anatomía quedara oculto bajo las túnicas de seda que siempre usaba cuando estaba en Zahrastan.

Y, a pesar de que era una especie de deliciosa tortura, se deleitó en imaginar su cara, su oscura melena y sus curvas.

–Se llamaba Rosa.

–¡Rosa Corretti! –lo corrigió Hazail.

Kulal se quedó esperando a que le explicara un poco más. El apellido no le decía nada, aunque no iba a admitir ante su hermano que no lo había conocido hasta ese momento.

–Sí, eso es. Corretti. Era italiana –le dijo como si fuera información muy importante.

–No, Kulal. No es italiana –le anunció Hazail–. Es siciliana. Y no solo es siciliana, sino que además pertenece a una de las familias más poderosas de la isla.

–¿Y?

–Y lo más probable es que sus hermanos vengan a buscarte para pedirte explicaciones. De hecho, lo más seguro es que toda la familia vaya a por ti después de que hayas comprometido su reputación pasando la noche con ella.

Kulal se encogió de hombros.

–¡Deja que vengan! –le dijo de manera despreocupada–. No le tengo miedo a nadie.

–Tu coraje nunca ha estado en duda, pero parece que no te das cuenta de la gravedad de la situación, Kulal. La influencia de la familia Corretti se extiende por

todo el mundo y no toman la virtud de sus mujeres a la ligera. No estoy bromeando. Esto podría ser dinamita política y económica para nuestro país si estallara un escándalo internacional.

Se quedaron en silencio un momento mientras Kulal reflexionaba sobre las palabras de su hermano. Se preguntó si de verdad esa familia Corretti era tan importante como decía su hermano. Recordó todo lo que había oído y leído sobre la cultura siciliana. Los hombres eran muy orgullosos y las mujeres eran valoradas por su decoro. Hizo una mueca de desprecio al pensar en ese estereotipo. Creía que Rosa Corretti era la mujer menos inocente que había conocido.

–¿Crees que podrían responder bien a los sobornos? –reflexionó en voz alta–. Puede que algunas acciones de una de nuestras refinerías de petróleo consigan comprar su silencio.

Hazail negó con la cabeza.

–No creo que el soborno funcione en una situación como esta. Haya pocas maneras de apaciguar a un siciliano cuando el honor de su familia está en peligro.

Durante unos minutos, Kulal se quedó en silencio mientras consideraba las opciones que se abrían ante él. Tuvo que reconocer que había muy pocas. Pensó en Rosa Corretti y en sus suaves labios rosados, en sus magníficos pechos y en la cascada de cabello oscuro que caía sobre su espalda. No había conseguido aún apaciguar el deseo que sentía por ella.

Sabía que tenía que haber algo que pudiera hacer para remediar una situación que podría llegar a ser explosiva y muy perjudicial para su país.

Comenzó a formarse entonces una idea en su mente. Una idea tan simple que le sorprendió que hubiera tardado tanto en llegar a esa conclusión.

–Supongo que tendré que casarme con ella –le dijo a su hermano.

Hazail lo miró fijamente.

–¿Casarte con ella?

Kulal se encogió de hombros.

–Sí. ¿Por qué no? Un matrimonio de corta duración contentaría a las dos partes. Sería la manera de subsanar su malogrado honor y silenciar a sus sobreprotectores hermanos. Y también podría funcionar a nuestro favor. Piensa en ello, Hazail. Podemos vender la historia como una especie de matrimonio por amor y la princesa Ayesha será vista con admiración al haber accedido a anular el compromiso por mi bien y mi felicidad futura. A la prensa le encantará la historia –le dijo con una sonrisa burlona–. ¡La versión árabe de Romeo y Julieta!

El rey lo miró con la boca abierta.

–Hablas en serio, ¿verdad?

–Totalmente en serio.

Kulal sonrió al pensar que su plan le permitiría reunirse de nuevo con ese volcán siciliano que era Rosa.

–Voy a ir a buscar a Rosa Corretti y a pedir su mano.

El rey lo miró en silencio durante unos segundos.

–Esto que vas a hacer demuestra mucha bondad por tu parte, Kulal –le dijo su hermano.

–No lo hago por bondad –lo corrigió Kulal–. Lo hago porque no veo ninguna otra alternativa viable. Piensa que es un gran acto de patriotismo, si quieres. Digamos que lo estoy haciendo por el bien de mi país.

Capítulo 4

Rosa iba hacia el cuarto de baño cuando unos golpes en la puerta la detuvieron en seco. Se quedó sin aliento y el corazón le empezó a latir con fuerza. Tenía miedo. No sabía quién podría ir a verla a esas horas de la noche. No esperaba ninguna visita y ese no era el tipo de hotel que ofreciera servicio de habitaciones. Y, lo que era más importante aún, nadie sabía que estaba alojada allí.

Bueno, solo lo sabía una persona, pero dudaba que fuera a volver a verlo.

Su corazón latió con más fuerza cuando empezó a pensar en toda una serie de posibilidades horribles. A lo mejor Kulal no era la única persona que sabía de su paradero. No quería ni pensar en que sus hermanos, o hermanastros, hubieran podido descubrir que estaba allí. A lo mejor se habían quedado horrorizados al saber que no tenían el mismo padre y que su madre había llenado a la familia de vergüenza y deshonra con su comportamiento. Quizás estuvieran furiosos al descubrir que ella no era su hermana, pero le parecía imposible que fueran a cambiar de la noche a la mañana después de haberse pasado veintitrés años vigilándola como un león protegía a sus cachorros.

Se le pasó por la cabeza que hubieran ido a buscarla para llevarla de vuelta a Sicilia.

Le recordó al mensaje de texto que había recibido, que simplemente decía: *Vuelve a casa, Rosa*.

Había ignorado por completo ese mensaje y el que había seguido poco después. De hecho, terminó lanzando el teléfono contra la pared para romperlo y evitar que le siguieran mandando mensajes. Tenía la intención de comprarse un móvil barato a la mañana siguiente con un nuevo número donde no la pudiera localizar ningún Corretti.

Pero tenía un problema mucho más urgente, alguien seguía llamando con insistencia a la puerta de su habitación.

Se quedó clavada en el suelo, rezando para que se tratara de una equivocación. A lo mejor era un juerguista borracho que no recordaba su habitación. Después de todo, había mucha gente así en esa parte del sur de Francia, que siempre estaba llena de gente de vacaciones.

No pudo evitar ruborizarse al pensar en ello. A ella le había pasado lo mismo la otra noche, había sido una de esas personas que bebían demasiado cuando salían y había hecho el ridículo delante de un hombre tan altanero como Kulal.

Casi le resultaba irónico. Había crecido rodeada de hombres tan orgullosos y arrogantes como Kulal y había visto el dolor que solían causar a las mujeres. No entendía por qué no había elegido a alguien más tierno y cariñoso. Después de todo, había sido el hombre con el que había estado a punto de perder su virginidad.

Cerró un instante los ojos al recordarlo. Lo más humillante de todo había sido darse cuenta de que él no la había deseado como ella a él. Se había metido en su cama después de beber demasiado champán y el desprecio que había visto en su rostro a la mañana siguiente le había dejado muy claro lo que sentía por ella. Solo se había dignado a darle un beso cuando ella se había lanzado a sus brazos. Se preguntó si las cosas habrían llegado a más de no haber sido interrumpido el beso por el otro hombre, el que le había anunciado a Kulal que el rey quería hablar con él.

Todavía le costaba creer las palabras que había pronunciado. Algo como que el rey ansiaba su compañía. Le parecía imposible que aún hubiera gente en el mundo que hablara de esa manera. Pensó que quizás hubiera sido todo una actuación para hacerle creer a ella que eran de la realeza, como parte de algún tipo de estafa.

–¡Sé que estás ahí!

Las palabras que le llegaron desde el otro lado de la puerta cerrada la dejaron sin aliento. Esa voz profunda y ese extraño acento le resultaban muy conocidos. No había estado preparada para la oleada de deseo que sintió al volver a oírlo.

Pensó en la crueldad que había visto en su rostro y en su musculoso cuerpo, y su corazón empezó a latir con fuerza. No entendía qué le pasaba. Suponía que no sería más que un impostor, un falso jeque o algo así, y decidió que era mejor que no le abriera la puerta.

Lamentó no haber apagado las luces de la habitación.

Pero recordó entonces que no lo había hecho porque nunca se le habría pasado por la cabeza que pudiera llegar a recibir tan inesperada visita a esas horas de la noche.

–Puedes tratar de ignorarme todo lo que quieras, Rosa, pero no me voy a ninguna parte –insistió él–. Y, si me haces perder la paciencia, me obligarás a romper la puerta de una patada.

No podía creer lo que oía. Kulal se comportaba como un cavernícola. Trató de pensar en algo que pudiera decirle para que se fuera de allí y la dejara en paz.

–¿Y si no estuviera sola? –le preguntó ella–. ¿No se te ha pasado por la cabeza que a lo mejor me estás interrumpiendo y me gustaría tener un poco de

intimidad?

Desde el otro lado de la puerta, Kulal apretó los dientes tratando de controlar la ira que empezaba a dominarlo. Ya le estaba resultando bastante duro aceptar la idea de que iba a tener que casarse con una joven que se comportaba como una mujerzuela, pero que ella se atreviera a hacerle esperar le parecía intolerable.

–Entonces te aconsejo que le pidas a tu amante que se vista y que lo haga con rapidez. No creo que quiera enfrentarse a mí, teniendo en cuenta lo enfadado que estoy –le dijo Kulal.

Rosa se estremeció al oír su amenaza. Sabía que debería sorprenderle que se mostrara tan arrogante, pero era siciliana y esa manera de actuar la había visto demasiado a menudo.

Estaba más que acostumbrada al comportamiento machista de los varones de su familia, pero ese hombre estaba consiguiendo que sus hermanos y primos le parecieran tiernos gatitos en comparación con él.

De mala gana, quitó el pasador y abrió la puerta. El aroma a jazmín de los jardines asaltó sus sentidos mientras miraba al hombre que estaba frente a ella.

Era exactamente como lo recordaba. Bueno, en realidad no era así.

Había pasado los últimos dos días diciéndose a sí misma que no era tan apuesto como lo recordaba, que había estado en una situación personal muy complicada y eso había hecho que reaccionara ante él de manera tan extrema. Había intentado convencerse de que Kulal no era nada especial, solo un hombre que era muy consciente de que resultaba atractivo a las mujeres y al que le gustaba jugar con ellas y tratar de conquistarlas.

Pero había estado equivocada. Muy equivocada. Kulal tenía un innegable atractivo sexual y esa noche le parecía aún más potente. Estaba consiguiendo que se sintiera muy inocente y frágil solo con su presencia.

No sabía qué quería de ella, pero le pareció que se trataba de algún asunto bastante serio. Y no solo por su vestimenta, llevaba un traje oscuro, sino también por su aspecto. Le dio la impresión de que no se había afeitado ese día y su rostro parecía aún más oscuro. Tenía una imagen muy masculina y bastante moderna, pero la miraba con una expresión casi primitiva, como si acabara de salir de una cueva.

Tragó saliva antes de hablar.

–¿Qué quieres?

–Para empezar, un poco de cortesía. Me gustaría entrar –le dijo él.

Rosa se quedó boquiabierta al ver que ni siquiera esperaba a que ella le diera su aprobación. Se limitó a pasar a la habitación por delante de ella.

–¡No puedes irrumpir aquí de esta manera! –protestó ella.

–Demasiado tarde, acabo de hacerlo. Así que no perdamos el tiempo con protestas inútiles. Sé buena chica y cierra la puerta. Quiero hablar contigo.

Rosa estaba tan furiosa que no podía ni hablar. Había huido de Sicilia para escapar de ese tipo de actitud tan condescendiente, no podía creer que tuviera que soportarla viniendo de un desconocido como Kulal. Tardó un par de segundos en recobrar la compostura, respirar profundamente y volver a preguntarle.

–¿Qué estás haciendo aquí?

–¿Vas a cerrar la puerta o tengo que hacerlo yo? –replicó Kulal.

Rosa cerró la puerta de una patada antes de que pudiera preguntarse por qué no llamaba directamente a la recepción del hotel para que los guardias de seguridad lo echaran de allí. Pero pensó que quizás no contaran siquiera con ese servicio en el hotel.

Y, por otro lado, sentía que aún tenían algo de lo que hablar, algo más que decirse. Pero no quería que Kulal le viera como una presa fácil. Aunque su corazón, que latía con mucha fuerza en su pecho, parecía pensar lo contrario.

Se había comportado como una estúpida la otra noche y no tenía intención de volver a hacerlo.

–No pensé que tuviéramos nada más de lo que hablar después de que ese hombre, Mutasim, me metiera en un taxi el otro día –le dijo ella.

Kulal no parecía estar escuchándola. Tenía los ojos fijos en la puerta cerrada, en el rincón más alejado de la habitación.

–Bueno, ¿tienes algún amante escondido en la habitación? –le preguntó Kulal entonces–. ¿Alguien metido en el armario vistiéndose a toda prisa?

Por un momento, Rosa tuvo la tentación de decirle que sí. Se preguntaba si él sería lo bastante valiente como para enfrentarse al supuesto amante que ella pudiera tener escondido en el armario. Pero conocía la respuesta, sabía que a Kulal no le costaría nada hacerlo. Era algo que podía adivinar por su postura, por la tensión que había en su poderoso cuerpo. No parecía tenerle miedo a nada ni a nadie.

Se recordó que ella también era así, que había cambiado. No pensaba seguir viviendo con miedo. Había pasado toda la vida siendo vigilada y dirigida por hombres muy autoritarios y limitada por las normas anticuadas que solo tenían que cumplir las mujeres sicilianas. La nueva Rosa Corretti no tenía intención de continuar con esa tradición tan machista y represiva. Así que estaba decidida a dejárselo muy claro a ese Kulal, fuera quien fuera, antes de que ella lo echara de allí para siempre.

–No, no tengo a nadie escondido en el dormitorio, aunque no es asunto tuyo

–le espetó ella–. Estaba a punto de irme a la cama cuando me ha interrumpido una visita no deseada.

Kulal sintió que se le aceleraba el pulso. Estaba sola… Sola y creía que quizás tan hambrienta por él como lo había estado la otra noche. Pensó que así sería mucho más fácil conseguir que aceptara su propuesta. No pudo evitar sonreír. Creía que una mujer diría que sí a cualquier cosa cuando estaba en la cama con un hombre.

Mucho más relajado, se permitió estudiarla con atención. Su aspecto era muy diferente al de la mujerzuela a la que había visto bailando en la barra americana con su sexy vestido rojo. Tenía su pelo oscuro recogido en una trenza y llevaba una larga bata de seda que rozaba el suelo mientras se movía. Tenía que reconocer que era una elección bastante elegante. Pero, aunque cubría cada centímetro de su cuerpo, el delicado tejido se aferraba a cada curva y él recordaba demasiado bien lo que había debajo de esa bata.

–Estás preciosa esta noche –murmuró.

Rosa se quedó sin aliento. La manera en la que la había estado mirando contrastaba con la dulzura de sus palabras. Sin embargo, su cuerpo no pudo evitar reaccionar. Deseaba que la apretara contra su firme torso y que la besara de nuevo. Pero sabía que ese hombre solo iba a darle problemas. Destilaba un atractivo innegable que conseguía excitarla y remover algo dentro de ella, pero intuía que era además un hombre peligroso.

–Te he preguntado que qué haces aquí y aún no me has dado una respuesta –le dijo en voz baja.

Kulal frunció el ceño. Se estaba comportando de manera muy diferente esa noche. No estaba tratando de seducirlo ni parecía apetecerle continuar con el delicioso beso que tan abruptamente había terminado al aparecer de repente el asistente de su hermano.

–Tenemos que hablar –le contestó él.

–¿A estas horas de la noche?

Él asintió con la cabeza. Creía que era mucho mejor hacerlo de noche que a plena luz del día, sobre todo en esa zona de la costa mediterránea. Aunque ese hotel tan humilde no era el tipo de lugar que solía atraer a los paparazis, creía que era mejor tratar de eludir las miradas indiscretas.

–Me temo que sí.

–Entonces será mejor que te des prisa y me digas lo que has venido a decirme, señor…

No había esperado que Rosa le hablara con tanto desafío en su voz y no podía dejar de mirar sus maravillosos ojos ni la furia que parecía haber en ellos.

–Pensé que ya te habría quedado claro después de que nos interrumpieran el otro día. No soy un «señor», sino un príncipe.

–¿Un príncipe? –repitió ella casi esperando que le dijera que todo era una broma.

Kulal asintió con la cabeza.

–Aunque yo prefiero que me vean antes como un jeque que como un príncipe –le explicó él–. Soy el jeque Kulal Al-Dimashqi, el segundo hijo de la casa real de Zahrastan. Pero supongo que ya habrás buscado en Internet más información sobre mí después de que tuviéramos que separarnos de manera tan abrupta. ¿Acaso no te interesó saber algo más del extraño con el que estuviste a punto de acostarte? –le preguntó con una sonrisa burlona–. Sobre todo después de descubrir que era el hermano de un rey...

Rosa lo miró con el ceño fruncido, tratando de ignorar sus insultos.

–La verdad es que no me interesó en absoluto. De hecho, pensé que me estabais tomando el pelo o que se trataba de algún tipo de estafa.

–¿Una estafa? –repitió.

–Sí. ¿Qué querías que pensara cuando apareció ese hombre diciendo que el rey quería verte? –le preguntó ella–. Es bastante común encontrarse a gente que se hace pasar por aristócrata. Supongo que eso les ayuda a alojarse en hoteles de lujo sin tener que pagar.

Él miró con desprecio la habitación antes de hablar.

–Entonces, no me imagino que te encuentres a ese tipo de personas en un sitio como este, ¿verdad?

Rosa no mordió el anzuelo. Después de todo, tenía razón.

De hecho, había elegido ese hotel porque no era caro. Sabía que allí nadie esperaría que se alojara un Corretti y era poco probable que alguien de su familia fuera a buscarla allí. El hotel Jasmin era justo lo que necesitaba en ese momento de su vida. Le gustaba la paz que había en ese lugar y sus maravillosos jardines. Los huéspedes eran en su mayoría franceses y el servicio era muy discreto. No había turistas, ni restaurante de lujo, ni siquiera conexión Wi-Fi.

–Si no te gusta el hotel, vete –le dijo ella–. Nadie te obliga a estar aquí.

Kulal vaciló unos segundos. Algo raro en él. La conversación no estaba yendo como lo había imaginado. Para empezar, Rosa no lo había recibido con lujuria en sus ojos ni se había lanzado a su cuello. Había pensado que ya estarían los dos en su cama, pero ni siquiera estaba cerca de ella. Rosa parecía completamente diferente a la mujer que le había rogado que la besara y empezaba a preguntarse por qué sería así.

–Sé quién eres –le dijo Kulal de pronto.

Rosa no reaccionó. Había sido una de las primeras lecciones que le habían enseñado, no debía mostrarle a un desconocido lo que estaba pensando. Era otra regla que había roto un par de noches antes bajo la influencia del champán, pero no iba a repetir el mismo error esa noche.

–¿Sí? ¿Y quién soy? –le preguntó ella como si no le importara la respuesta.

La verdad era que le interesaba lo que pudiera decirle porque ella a veces ya dudaba de quién era en realidad.

Kulal respiró hondo.

–Te llamas Rosa Corretti y eres miembro de la poderosa familia siciliana que lleva ese mismo apellido.

Rosa asintió con la cabeza. Era un alivio que al menos no la hubiera acusado como solía hacer la gente. Siendo de una familia siciliana, poderosa y con un pasado algo cuestionable, mucha gente asumía que ella era una mafiosa. Esa había sido una de las razones por la que había crecido siempre tan protegida, trataban de mantenerla alejada de lo que el resto del mundo pensaba de ellos. Y también habían intentado proteger su inocencia.

–Estupendo, jeque Kulal Al-Dimashqi –respondió ella–. ¿Qué más has averiguado sobre mí?

Él la miró fijamente.

–Nada –repuso con algo de frustración.

–¿Nada?

Kulal negó con la cabeza. Tenía a algunos de los mejores profesionales de inteligencia y espionaje del mundo, pero cuando les había pedido que averiguaran algo más sobre la hija de Carlo Corretti, se habían topado con un muro. Había mucha información acerca de sus dos hermanos y sus primos, pero era como si Rosa no existiera.

–Absolutamente nada –le confesó Kulal–. Bueno, sé a qué colegios fuiste y que estudiaste Lingüística en la universidad de Palermo. Pero, aparte de eso, no sé nada más. No hay listas de amantes ni antecedentes penales. Tampoco parece que hayas bailado en público en una barra americana hasta la otra noche. Me he dado cuenta de que a los sicilianos se os da muy bien guardar secretos –comentó.

Rosa contuvo una sonrisa amarga. Era mucho peor de lo que suponía Kulal. A los sicilianos se les daba bien guardar secretos, pero las cosas eran mucho más complicadas en su familia, que estaba plagada de escándalos de todo tipo.

–Estoy de acuerdo –le dijo con frialdad.

Kulal empezaba a sentirse bastante confundido y no era un sentimiento al que estuviera acostumbrado. Rosa Corretti era una mujer que le resultaba desconcertante. La otra noche, le había parecido una mujer que emanaba

sexualidad por los cuatro costados. Tenía grabado a fuego en la mente su vestido rojo.

Esa noche, en cambio, parecía una joven orgullosa e intocable. Y no entendía por qué la hija de una dinastía tan rica como la de los Corretti se alojaba en un hotel tan humilde como ese.

–¿Qué es lo que te ha traído hasta la Costa Azul?

Rosa se preguntó cómo reaccionaría si le dijera la verdad, si le explicara que su crisis de identidad era muy real y que no era una niña rica y malcriada. Por un segundo, le tentó la idea de decírselo. Le habría encantado poder desahogarse con alguien que no conociera a la familia Corretti y, mejor aún, alguien a quien no le afectara de ninguna manera el poder que tenía ese clan.

Creía que podría ser muy bueno para ella compartir su terrible historia con otra persona y liberarse del veneno que parecía haber inundado sus venas.

Pero le habían inculcado unos hábitos desde pequeña y Rosa estaba demasiado bien enseñada en el arte de guardar secretos como para atreverse a contárselos a nadie. Pensó que podía decirle algo, pero no podía contárselo todo.

–Quería salir de allí –le dijo ella encogiéndose de hombros como si así pudiera añadir credibilidad a sus palabras–. Deseaba salir de casa y ver un poco de mundo. Muchas mujeres de mi edad lo hacen. Es perfectamente normal.

Pero Kulal no estaba convencido. Creía que, si solo fuera un viaje para ver mundo, Rosa no parecería tan preocupada ni tan sola.

–¿Así que es un viaje temporal? –le preguntó Kulal con los ojos entrecerrados.

–Supongo…

–¿Y cuándo piensas volver?

Su pregunta fue tan inesperada que se quedó pensando en algo en lo que no había querido pensar hasta ese instante. Se estremeció.

«¿Volver a qué? ¿Adónde?», se dijo ella.

No podía volver a un hogar que ya no reconocía como suyo ni a una familia que había cambiado demasiado. No podía ignorar las palabras de su madre, las que habían cambiado su vida por completo.

–No voy a hacerlo –le dijo ella con firmeza–. ¡Nunca voy a volver a Sicilia!

Capítulo 5

Kulal había estado observando a Rosa muy de cerca mientras le hacía una declaración tan contundente y radical como la que le acababa de hacer.

De hecho, se dio cuenta de que ninguna otra mujer había conseguido nunca despertar tanto interés como para que él estuviera tan pendiente. Todo eso era nuevo para Kulal, pero ya no se extrañaba de nada.

Había visto todas las emociones que habían pasado por su hermoso rostro cuando él le había preguntado cuándo pensaba volver a su país. Había visto cautela y miedo, pero también desprecio cuando le había dicho que no pensaba a volver a Sicilia.

Alguien más curioso podría haberle preguntado qué había causado una reacción tan extrema, pero nunca había sido un hombre dado a profundizar demasiado. Estaba más interesado en los hechos que en lo que había detrás de ellos.

–Entonces, ¿vas a buscar trabajo aquí? –le preguntó Kulal–. ¿O eres lo suficientemente rica como para vivir cómodamente sin necesidad de trabajar?

A Rosa le habría encantado decirle que estaba pasándose con sus impertinentes preguntas, pero se quedó parada al oír lo que le había preguntado. Kulal había dado en el clavo.

Siempre había tenido dinero a su disposición cuando lo había necesitado. Había contado con un fondo fiduciario que se había establecido en cuanto nació y al que había podido tener acceso siempre. A veces se había preguntado cómo sería su vida si hubiera tenido que ahorrar, por ejemplo, para comprarse un par de exclusivos zapatos o un bolso de moda, pero era algo que nunca había experimentado. Al menos hasta ese momento. Porque, al poco tiempo de recibir un mensaje de texto exigiéndole que volviera a casa, había recibido otro informándola de que sus fondos habían sido congelados y no iba a tener acceso a su dinero.

Sabía perfectamente lo que su familia estaba tratando de hacer.

Estaban intentando obligarla a regresar a Sicilia y habían decidido que la mejor forma de hacerlo era encargándose de que ya no tuviera dinero para seguir allí. Ya había sabido que podían ser despiadados. Los había visto tratar mal a sus enemigos y a sus trabajadores, e incluso a sus cónyuges, pero nunca habría adivinado que iban a ser capaces de dirigir hacia ella esa misma crueldad.

Se quedó mirando a Kulal mientras pensaba en su pregunta. Aunque tratara de encontrar trabajo, sabía que sus opciones eran muy limitadas. Era licenciada en

Lingüística, pero se dio cuenta de que no estaba realmente capacitada para hacer nada.

–No puedo permitirme vivir sin trabajar. No soy rica –le confesó ella–. Ya no…

–Entonces, ¿qué vas a hacer? –insistió Kulal.

La frustración que sentía hizo que se revolviera de nuevo contra él. Sentía que estaba disfrutando viendo cómo sufría.

–Lo que haga o deje de hacer no es asunto tuyo –le dijo enfadada.

–Pero podría serlo.

Su tono se había suavizado e, instintivamente, Rosa sintió que se tensaba su cuerpo. No se fiaba de él y lo miró con recelo.

–¿Qué quieres decir?

–Creo que podemos ayudarnos mutuamente en un momento de necesidad como este.

Rosa lo observó con suspicacia.

–No te entiendo.

Kulal dio un paso hacia adelante y ella se tensó más aún, pudo notarlo. A él le pasaba lo mismo.

–Creo que estás huyendo de algo, Rosa –le dijo mientras miraba sus grandes ojos oscuros–. De algo o de alguien. También me da la impresión de que te estás escondiendo, que no quieres que nadie sepa que estás aquí. Y acabas de decirme que no tienes dinero o que al menos te estás quedando rápidamente sin fondos.

Rosa tragó saliva. Su proximidad hacía que estuviera aún más nerviosa. Tampoco le gustaba lo que le estaba diciendo Kulal. Sobre todo porque estaba dando en el clavo.

Cuando supo que sus fondos habían sido congelados, vendió una pulsera en una joyería de Niza, pero había recibido por ella mucho menos de lo que había esperado. Le parecía increíble lo poco que daba de sí el dinero cuando alguien no estaba acostumbrado a vivir frugalmente. Por ejemplo, se había gastado una fortuna en el vestido rojo que había sido el causante de que se encontrara en esos momentos en esa situación con ese hombre.

–¿Por qué estás tan interesado en mí? –le preguntó ella en un susurro.

Kulal apretó los labios pensando en lo que iba a decirle. No quería que Rosa se hiciera ilusiones.

–No estoy interesado en ti, *habibi* –le dijo en voz baja–, sino en lo que podemos ofrecernos el uno al otro.

Bajo la tela de su bata, Rosa sintió cómo se encendía su piel. No sabía si sería miedo o excitación lo que estaba sintiendo. Se preguntó si Kulal iría a sugerirle que

continuaran donde lo habían dejado el otro día, cuando fueron interrumpidos en el jardín de su villa. Y, si él se lo dijera, si la abrazara en esos momentos y la besara con la misma pasión hambrienta que había probado el otro día, no sabía si sería capaz de apartarse de él.

Le estaba costando pronunciar las palabras, pero sabía que tenía que decirlas.

–¿De qué tipo de oferta estás hablando?

Los labios de Kulal se curvaron en una sonrisa de satisfacción al notar que Rosa seguía deseándolo. Podía verlo en sus ojos.

–De una propuesta de matrimonio –le dijo él.

Sus palabras resonaron en la habitación y Rosa se quedó inmóvil mientras miraba fijamente sus ojos negros. No quería ni pensar en cómo sería recibir una sugerencia similar de un tipo como él si lo hubiera dicho con algo de cariño en vez de con la crueldad que adivinaba en su mirada.

Pero era una Corretti y estaba preparada para hacer frente a su propuesta con la misma frialdad con la que se la había planteado él.

–¿Quieres que me case contigo? –le preguntó secamente–. ¿No tienes a nadie más apropiado a quien pedírselo? ¿Por ejemplo a alguien con quien hayas hablado más de diez minutos seguidos? ¿Alguien con quien no tengas una relación, si se la puede llamar así, que solo está basada en la lujuria y en los insultos?

Kulal pensó en Ayesha y se preguntó si sería buena idea revelarle que acababa de romper con su prometida. Pero, como quería que Rosa Corretti accediera a llevar a cabo su plan, decidió que era mejor mantenerlo en secreto.

Recordó entonces la amargura que había visto en su rostro mientras le hablaba despectivamente de ciertos secretos y se dio cuenta de que era mejor decírselo. De todos modos, pensó que no tardaría mucho en descubrirlo. Creía que era mejor si se lo contaba él mismo.

–La verdad es que he estado prometido hasta hace muy poco –le confesó Kulal.

Los ojos de Rosa se entrecerraron.

–¿Desde cuándo no estás prometido? –le preguntó ella.

Se quedó en silencio unos segundos antes de contestarle.

–Desde ayer.

Rosa no tuvo que hacer cálculos mentales para entender lo que le estaba diciendo y lo que eso implicaba. Lo miró con incredulidad.

–¿Quieres decir que...? ¿Me cortejaste cuando estabas comprometido con otra mujer?

Kulal soltó una carcajada.

–No creo que besar a una mujer que se me arroja a los brazos pueda considerarse un cortejo.

–¡Malnacido! –masculló en voz baja–. ¡Eres un…! Sabes muy bien que, si no hubiera bebido tanto como lo hice esa noche, habrías terminado en mi cama.

Kulal no consiguió reprimir un escalofrío. Le parecía indignante que tuviera que casarse con una mujer como ella. Una mujer que no mostraba ninguna vergüenza a la hora de ofrecer sus favores a cualquiera.

Siempre le había gustado que sus amantes fueran mujeres liberadas, pero una esposa era algo completamente diferente. Creía que era impensable que un príncipe como él tuviera que aceptar por esposa a una mujerzuela como ella.

Pero recordó entonces que el suyo solo iba a ser un matrimonio temporal y que la decencia de la novia era irrelevante. Recordó la forma en la que Rosa lo había besado y cómo había presionado su delicioso cuerpo contra su torso. Creía que al menos ella llegaría a su lecho nupcial con cierto grado de conocimiento sexual.

–Me comporté como se habría comportado cualquier hombre en mi lugar –se defendió él.

–¿Acaso esperabas que tu prometida ignorara tu escandaloso comportamiento?

–Esperaba que mi prometida no supiera nada de lo que estaba haciendo –le confesó Kulal–. Pero parece que me equivoqué. Y también parece que ella no llegó a entender que un hombre le debe a su futura esposa ganar tanta experiencia como le sea posible antes de tomar su inocencia en su noche de bodas.

Rosa no podía creer que fuera tan insolente.

–¿Estás hablando en serio?

–Hablo completamente en serio. ¿Por qué te sorprende lo que he dicho? –le preguntó Kulal.

–Lo dices como si le estuvieras haciendo un favor a tu prometida acostándote con tantas mujeres como te sea posible antes de la boda.

–Es que en parte es así –asintió él con seriedad–. Desde siempre, generaciones de hombres de todo tipo de culturas han tenido varias amantes antes de atarse a alguien en matrimonio. Ninguna mujer quiere un hombre que sea un novato en las artes amatorias.

–¡Y ninguna mujer quiere casarse con un hombre que es tan arrogante como para no darse siquiera cuenta de lo imbécil que es!

–¿Imbécil? –repitió Kulal con un gruñido–. ¿Te atreves a llamar imbécil al jeque de Zahrastan?

–Si lo es, ¿por qué no iba a hacerlo?

Kulal la miró con los ojos entrecerrados, pero no pudo evitar que su entrepierna reaccionara de manera muy distinta. No estaba acostumbrado a que lo trataran con tanta insolencia e, inexplicablemente, era algo que lo estaba excitando.

–Dime algo, Rosa Corretti. ¿Siempre eres tan directa y sincera?

La verdad era que no, nunca lo había sido.

Siempre había sido callada y reservada. Nunca expresaba lo que pensaba ni lo que la atormentaba porque así era como había sido educada. Se suponía que debía comportarse de manera serena y tranquila, como toda una dama. Le habían enseñado que era mejor ocultar sus sentimientos.

Pero había llegado a la conclusión de que no le había servido de nada mostrarse como una joven obediente y discreta cuando todo el mundo había estado engañándola.

Y ese hombre también la había engañado. No se había molestado en decirle que estaba comprometido cuando la había rescatado en la discoteca para bailar pegado a ella como si fuera un hombre libre. No le preocupaba haber herido sus sentimientos con lo que le había dicho. Dudaba siquiera de que los tuviera.

–Mi franqueza es irrelevante –le espetó ella–. Aún no me has explicado por qué me has hecho una propuesta de matrimonio.

–Para proteger mi reputación –le dijo Kulal.

Fue entonces Rosa la que se echó a reír. No le sorprendía nada que fuera egoísta además de arrogante.

–Y para proteger también la tuya –agregó él.

–No sé de qué estás hablando.

Kulal se quedó callado unos segundos para escoger bien sus palabras. Le resultaba difícil controlar lo irritado que estaba.

–Mi hermano se ha enterado de que pasamos la noche juntos, así que la información debe de estar disponible también para otras personas. Por lo que he oído, a tu familia también se le da bastante bien recopilar información. ¿Cómo crees que van a reaccionar si descubren que te has acostado con un príncipe árabe?

Rosa se estremeció al pensar en cómo reaccionarían sus hermanos si pensaran que se había acostado con alguien.

–¡Pero no pasó nada! –protestó ella–. Lo sabes muy bien.

–¿Y crees que alguien se lo creería?

Rosa se frotó los labios con la palma de la mano mientras pensaba en sus palabras.

Trató de imaginar cómo reaccionarían Alessandro y Santo si se enteraban de que su hermanita se había comportado como una cualquiera. Suponía que la familia aún estaría sufriendo después de la impactante confesión de su madre y

eso haría que sus hermanos reaccionaran de manera aún más violenta. Después de todo, suponía que seguía siendo una Corretti.

Se hubiera acostado o no con Kulal, iban a pensar que su inocencia había sido comprometida y les bastaría eso para que estallara un conflicto casi internacional. Podía imaginárselos enviando a una pandilla de matones a Francia para llevarla de vuelta a Sicilia.

–Dios mío –susurró para sí misma–. ¡Qué tonta he sido!

Kulal se dio cuenta en ese momento de que Rosa no había hecho ningún intento de coquetear con él desde que entrara en la habitación. Y tampoco le había mostrado ningún tipo de gratitud al ver que le estaba ofreciendo una solución a su difícil situación. Era como si ni siquiera fuera consciente de que había una cama en una esquina de la habitación, algo en lo que él no podía dejar de pensar. De haber sido cualquier otra mujer, la habría tomado ya en sus brazos para besarla, pero había tanta rabia y furia en su rostro que le pareció imprudente intentar nada con ella.

Empezaba a darse cuenta de que no le estaba resultando tan fácil como había imaginado, pero tenía que conseguir que ella estuviera de acuerdo con su plan.

A Kulal se le daba muy bien sacar siempre algo positivo de cada situación, por mala que fuera. Era lo que lo había sostenido durante su solitaria infancia. Se había negado a que el dolor de perder a su madre se apoderara de él y se había centrado en disfrutar de la libertad sin precedentes que había disfrutado dentro de los muros del palacio. Había aprendido a ser completamente autosuficiente y había arremetido contra cualquiera que se atreviera a tenerle lástima.

Miró a Rosa Corretti y pensó en los beneficios que podría obtener si conseguía convencerla para que se casara con él. Iba a poder recrearse sin límites en su belleza curvilínea. Su cuerpo, que solo había tocado brevemente, sería suyo para disfrutar de él cuando quisiera y creía que, cuando su pasión por ella se desvaneciera, podría poner fin a su unión.

–Lo que te ofrezco es un breve matrimonio que puede disolverse en cuanto se calmen las aguas –le explicó Kulal–. Se trataría de un matrimonio que podría ser beneficioso para los dos.

Rosa había levantado la cabeza y lo miraba como si lo viera por primera vez y no le gustara en absoluto lo que veía.

–¿Beneficioso? –repitió–. No lo creo. Creo que casarme contigo sería una pesadilla.

–¿Estás segura? –le preguntó con tono burlón.

–¡Por supuesto!

Pero Rosa se dio cuenta de que la otra alternativa que tenía era aún peor. No podía volver a casa, pero tampoco podía quedarse allí cuando se estaba quedando sin dinero. Aunque se fuera a otro sitio y encontrara un trabajo, creía que su familia terminaría por encontrarla. De mala gana, se obligó a sonreír.

–Pero entiendo que el acuerdo tendría algunas ventajas…

–¿Quieres decir con eso que aceptas mi propuesta?

–Solo con algunas condiciones.

–Me temo que eso no va a ser posible –respondió Kulal–. No se negocia con un jeque.

–Yo creo que sí –le dijo Rosa con firmeza–. Porque necesitas este matrimonio más que yo.

–¿Eso crees?

–No lo creo, lo sé –repuso con una mirada desafiante–. Te da miedo lo que mis hermanos puedan hacer cuando se enteren de lo que ha pasado, ¿verdad?

–¿Estás loca? Kulal Al-Dimashqi no tiene miedo a nadie, Rosa. Ni ahora ni nunca. Pero amo mi país y nuestra noche juntos podría dañar gravemente el honor de nuestra casa real –le dijo Kulal–. Que no te preocupe tener que seguir unida a mí para toda la vida, si eso es lo que te llena de dudas, porque estaré encantado de concederte el divorcio en cuanto pase un tiempo prudencial.

Rosa pensó en lo que acababa de decirle. Le estaba ofreciendo una salida.

No le gustaba nada tener que hacerlo, pero se dio cuenta de que no le quedaba más remedio que aceptar lo que le ofrecía.

–¿Hasta cuándo tendríamos que estar casados? –le preguntó ella.

Kulal le dedicó una fría sonrisa.

–¿Qué te parece un año?

–Me parece once meses más de lo que podría aguantar –repuso ella.

–Te aseguro que ese año pasará sin que te des cuenta –le dijo Kulal con un guiño–. El tiempo vuela y no tardaré en dejarte marchar. Y lo harás con una fortuna lo suficientemente grande como para garantizar tu independencia. Además de fantásticos recuerdos después de haber disfrutado de mi buen hacer en la cama.

Rosa se quedó mirando el brillo de sus ojos de ébano. No dejaba de sorprenderle que presumiera tanto de sus dotes en el terreno sexual. No había conocido a nadie tan arrogante, pero había algo en él que le hacía sentir mucha seguridad cuando lo miraba. A pesar de todos sus defectos, creía que Kulal iba a protegerla y que nadie se atrevería a acercarse a ella mientras el jeque Kulal Al–Dimashqi estuviera defendiéndola.

Aunque hubiera podido tener el poder mágico de dar marcha atrás en su

vida y olvidar lo que sabía, estaba convencida de que su antigua vida había terminado. No podía volver a ella. Había huido a Francia, había reservado habitación en un hotel barato, había vendido una pulsera que era una reliquia de su familia y había estado a punto de perder su virginidad con un desconocido. Por primera vez en su vida, se sentía como si de verdad estuviera viva. De la misma forma que sus hermanos habían podido hacerlo siempre sin que nadie cuestionara sus actos. Era un alivio haber podido salir de la pequeña burbuja que habían creado para ella.

Había probado la libertad y se había dado cuenta de que era un brebaje embriagador. Ya no podía volver a la vida que había tenido antes. Estaba harta de que la vigilaran y controlaran y de todas las normas que había tenido que seguir. Todos habían esperado que siguiera siendo la misma niña buena que había sido siempre y que se casara algún día con un siciliano de buena familia al que los Corretti hubieran dado su consentimiento.

Si iba a tener que soportar la ignominia de un matrimonio de conveniencia, era mejor poder tomar ella misma esa decisión. Sobre todo cuando el matrimonio que le ofrecía Kulal tenía una cláusula que iba a concederle la libertad unos meses después.

Quería ser independiente y Kulal le ofrecía esa posibilidad, además de una generosa retribución.

Por primera vez en su vida, iba a poder ser libre y hacer lo que quisiera sin tener que pedir permiso.

Su tradicional familia no iba a poder oponerse después de que ella luciera en el dedo su anillo de casada.

–Es una oferta muy tentadora –le dijo ella.

–Me he dado cuenta de que siempre es aconsejable hacer que las ofertas sean tentadoras, así es más fácil conseguir que la gente acceda a ellas –le dijo Kulal con una sonrisa–. ¿Cuáles son tus condiciones?

Rosa vaciló antes de contestar. Había estado a punto de decirle que tendría que ser un matrimonio célibe, que no iba a tener relaciones sexuales con un hombre que tenía en tan poca estima a las mujeres. Alguien que no había dudado cuando se le había presentado la posibilidad de engañar a su prometida con otra mujer. Pero se había dado cuenta de que no se veía capaz de hacerle tal sugerencia. No se imaginaba a sí misma resistiendo las insinuaciones sexuales de un hombre como Kulal Al-Dimashqi. Sabía que no era tan fuerte.

Se miró en sus ojos negros. Sospechaba que él sabía exactamente qué estaba pensando. Podía sentir cómo respondía su propio cuerpo al estar cerca de Kulal, como si fuera consciente de la química que había entre ellos. No le gustaba cómo

pensaba y desaprobaba sus puntos de vista sobre la mujer, pero no era tan tonta como para negar cuánto lo deseaba.

Saber que había estado a punto de traicionar a su prometida le dejaba muy claro que no era un hombre de fiar, pero suponía que ningún hombre lo era. Incluso su propio tío había tenido la sangre fría de acostarse con su madre.

La mayoría de las mujeres buscaba ternura y respeto en sus maridos, pero ella no lo hacía. Y tampoco esperaba encontrar amor en una relación. Era algo que no había visto en su familia y no contaba con ello.

Solo quería a alguien que le enseñara a ser una mujer en el sentido más amplio de la palabra y creía que Kulal sería el candidato ideal. Pensaba tomar de él todo lo que estuviera dispuesto a darle y, después, se iría para seguir con su vida.

–He decidido renunciar a mis condiciones –le dijo ella encogiéndose de hombros.

Kulal vio que Rosa se había sonrojado y sonrió de nuevo.

–Ya me lo había parecido… –murmuró mientras la miraba de arriba abajo.

La bata no podía ocultar la curva de sus deliciosos pechos y Kulal notó que se endurecían sus pezones mientras los observaba. Su cuerpo reaccionó al instante.

–Y eso me gusta… –agregó él.

–Pero no quiero que mis hermanos se enteren. Si lo hacen, tratarán de parar la boda.

A Kulal le tentaba la idea de desafiar a sus hermanos, pero se dio cuenta de que no tenía sentido luchar por algo que no iba a cambiar nada. Después de un año de matrimonio, podrían recuperar a su querida hermana.

–Hay varias cosas que tenemos que decidir, pero pueden esperar –le dijo Kulal con la voz algo ronca mientras miraba de nuevo sus pezones–. Preferiría empezar con temas más placenteros.

Ella lo miró a los ojos.

–¿A qué te refieres?

–Lo sabes muy bien, Rosa. Tu cuerpo también lo tiene muy claro –le dijo él–. Y hay una cama en ese rincón, esperándonos.

Rosa se estremeció y cruzó los brazos sobre sus traicioneros pechos.

–No me trates como a una mujerzuela, Kulal –le advirtió ella–. O me negaré a aceptar tu propuesta.

Él vio la forma en que había levantado hacia él la cara. Le pareció muy orgullosa en ese momento, muy siciliana. Tenía que reconocer que era una mujer fuerte y bajó la cabeza a regañadientes.

–Muy bien –repuso en voz baja–. Si este tipo de juegos te divierten, seguiremos con lo que establecen las convenciones en estos casos y esperaremos un

poco más. Esa espera no hará sino acrecentar mi hambre. Mandaré un coche a recogerte mañana por la mañana. Mientras tanto, será mejor que pienses en un atuendo algo más apropiado.

Rosa rozó con sus dedos las solapas de su bata de seda.

–¿Qué quieres decir?

Kulal prefería verla desnuda o con el vestido rojo de la otra noche, pero esas dos opciones no eran las más adecuadas para presentarse en público ni para representar el papel que esperaba de ella.

–Me refiero al tipo de atuendo que se pondría una futura princesa cuando va a encontrarse con su príncipe.

Rosa pensó en la poca ropa que había metido en su maleta justo antes de tomar el primer vuelo que había salido de Sicilia el día que decidió escapar.

–Lo intentaré –le prometió ella.

–Y asegúrate de recoger todas tus pertenencias.

Ella lo miró con recelo.

–¿Por qué? ¿Adónde me voy?

–A París –repuso Kulal con una sonrisa–. A iniciar tu nueva vida.

Capítulo 6

Una nueva vida.

A la mañana siguiente, Rosa no podía dejar de pensar en las palabras que le había dicho Kulal mientras terminaba de meter todo en la maleta. Se preguntaba si sería posible dejar atrás para siempre su antigua vida y resurgir en una nueva existencia completamente distinta y sin rastro de lo que había sido.

Lo único que tenía claro era que iba a intentarlo. Pensaba olvidar el turbulento pasado de su familia y dar un paso hacia su nuevo y desconocido futuro como esposa de un jeque.

No había olvidado la sugerencia de Kulal en cuanto a su vestimenta y había elegido un vestido rosa de gasa y unos zapatos negros que hacían que se sintiera muy alta. No llevaba joyas, ni siquiera el anillo que su padre le había regalado por su decimosexto cumpleaños. Era muy raro no tener en su dedo el anillo de platino y esmeraldas, pero se había convertido en un doloroso recordatorio de lo que su madre le había confesado. Le hacía cuestionarse si también la relación tan buena que había tenido con su padre habría sido falsa, como todo lo que la rodeaba.

No dejaba de preguntarse si lo habría sabido. Si habría sido consciente, antes de morir, de que la hija a la que tanto había adorado había sido en realidad engendrada por el hermano al que tanto había odiado.

Se preguntaba si saber la verdad lo habría afectado hasta el punto de que fuera más descuidado y, como resultado, se le cayera una cerilla en el viejo almacén que había sido propiedad de su tío y de él, donde los dos hombres habían muerto quemados.

Alguien llamó a la puerta en ese instante y casi agradeció la interrupción. Eran pensamientos muy dolorosos.

Abrió la puerta y se encontró con el chófer de Kulal. Sin decir palabra, tomó su maleta y ella lo siguió. Le preguntó por el paradero de Kulal, pero el hombre se limitó a encogerse de hombros. Se comportaba como si no entendiera lo que le estaba diciendo, incluso cuando ella le habló en francés. Pero a Rosa le dio la sensación de que la comprendía perfectamente.

Su sensación de aislamiento fue en aumento mientras el coche iba hacia el aeropuerto. Miró por la ventanilla y se entretuvo observando a los ricos turistas.

Con el mar como telón de fondo, se fijó en las mujeres con diminutos shorts, grandes sombreros y elegantes gafas de sol. Paseaban por la zona portuaria, entre los yates de lujo. Envidió lo despreocupados que parecían todos, como si no

tuvieran problemas. Suponía que ni siquiera les llamaría la atención la limusina en la que viajaba ella, una mujer que estaba a punto de casarse con un hombre al que apenas conocía.

El trayecto terminó cuando llegaron al aeropuerto de Niza y la llevaron directamente hasta una de las pistas de aterrizaje, donde un gran avión la esperaba. Salió a su encuentro una azafata que la acompañó a bordo del avión. La cabina estaba en penumbra y sus ojos tardaron un momento en adaptarse. Fue entonces cuando vio a Kulal recostado en uno de los asientos. Estaba leyendo lo que parecía un montón de papeles oficiales. Tenía un aspecto relajado, con sus largas piernas estiradas frente a él y un brazo detrás de la cabeza. De mala gana, lo miró de arriba abajo. No podía negar la perfección física de ese hombre ni cuánto la atraía.

Como si hubiera notado que lo estaba observando, Kulal levantó la vista y la recibió con una enigmática sonrisa.

–No tengas miedo, Rosa –le dijo en voz baja mirándola también de arriba abajo.

–No lo tengo –respondió ella mientras trataba de convencerse de que era verdad.

Había conocido a suficientes hombres poderosos como para que ser impermeable a ellos. Pero la verdad era que nunca había conocido a nadie que la mirara como lo hacía él. Se había quitado la chaqueta del traje y llevaba pantalones oscuros y una camisa blanca con las mangas arremangadas. A pesar de lo relajado de su postura, era muy consciente de la fuerza que emanaba de su musculoso cuerpo.

–Ven aquí y siéntate –le dijo Kulal dando una palmada en el asiento reclinado que tenía a su lado.

Se acercó con la cautela de alguien que iba hacia una bomba. No quería decírselo y que se riera de ella, pero los asientos estaban tan reclinados, casi en posición horizontal, que parecía una cama.

Un par de días antes, habría deseado más que nada irse a la cama con él. Se preguntó qué habría pasado con esa nueva y segura Rosa Corretti que había mirado a ese hombre y decidido que lo deseaba.

Pensó que quizás estuviera algo asustada porque esa mañana Kulal exudaba un atractivo sexual que le parecía intimidante y, por primera vez, era muy consciente de que él tenía la intención de acostarse con ella.

Las cosas habían ido más allá de lo hipotético y el sexo se había convertido en una realidad. Le pareció que Kulal ya no estaba tan relajado y también su cuerpo estaba en tensión. Casi como si se hubiera dado cuenta en ese instante de lo

cerca que iban a estar en la cabina del avión. Cerca el uno del otro y solos.

Se tumbó en el asiento junto a él, consciente de que aún la estaba observando. Sus ojos oscuros parecían pendientes de cada movimiento que hacía. No quería sentirse así ni dejar que Kulal la intimidara. Creía que debía volver a ser alguien más parecido a la mujer que había bailado en la barra americana y dejar de mostrarse como un gatito asustado.

–Espero que te parezca apropiado lo que he decidido ponerme –le dijo ella mientras ella se alisaba la delicada tela de su vestido para tapar sus rodillas desnudas.

–Es perfecto –repuso Kulal sin dejar de mirarla–. Aunque vas a necesitar comprarte ropa nueva para hacer frente a las exigencias de tu nueva vida como princesa. Pero supongo que eso no será un problema. No conozco a ninguna mujer que no babee ante la idea de comprarse un nuevo vestuario, especialmente cuando es otra persona la que paga.

Con seguridad, Rosa lo miró a los ojos.

–¿Vas a estar todo el tiempo haciendo comentarios similares y denigrando a las mujeres? –le preguntó ella.

–No, tengo otras ideas mucho más interesantes para pasar el tiempo…

Pero ella no pensaba dejar que cambiara de tema, quería dejarle muy claro cómo se sentía. No deseaba que siguiera haciendo comparaciones porque eso no hacía más que recordarle que, cuando llegara el momento, iba a decepcionarle. Kulal creía que iba a conseguir algo muy distinto a como era ella en realidad.

–Estoy segura de que conoces a las mujeres mejor que nadie, pero es un poco desagradable que no dejes de hacer comentarios recordándome a cada momento hasta qué punto las conoces.

–Bueno, yo estoy seguro de que tu conocimiento de los hombres es tan amplio como el mío de las mujeres, Rosa.

–Te sorprendería saberlo.

–Lo dudo. Nunca he conocido a una mujer que llegue a sorprenderme.

Rosa sacudió irritada la cabeza. Le parecía increíble lo cínico que era y lamentó no haber tratado de conectar con alguien más cariñoso y amable, alguien que no hubiera aparecido en su vida para ponerla patas arriba con la fuerza de un tornado.

Se encendieron en ese instante los motores del avión y, de pronto, sin previo aviso, Rosa se echó a reír. Ella fue la primera sorprendida al oír sus carcajadas. Hacía mucho tiempo que no se reía tanto.

Él la miró arqueando las cejas.

–¿De qué te ríes? –le preguntó.

–De todo –le confesó ella–. En cuestión de unas pocas horas y sin saber muy bien cómo ni por qué, me he convertido en el tipo de persona que sube al jet privado de un hombre al que apenas conoce y con el que se va a casar. Voy a ser una princesa, viviré en París y no tengo ni idea de cómo va a ser mi vida. Nada de esto… –susurró mirándolo a los ojos y encogiéndose de hombros–. Nada de lo que me está pasando parece real.

Kulal volvió a ver en ella un atisbo de vulnerabilidad, algo que no parecía tener cabida en una mujer con unos labios tan sensuales y un cuerpo hecho para pecar. Le preocupaba lo que había visto en su mirada, le daba la impresión de que tenía razones para estar intranquilo, pero no sabía por qué.

–Si te sirve de consuelo, todo esto también es extraño para mí –le dijo con sinceridad.

La idea era que se casara con la princesa de uno de los países vecinos. Pero, en lugar de eso, iba a tener que contraer matrimonio con Rosa Corretti, heredera de una familia siciliana y con una nefasta reputación. Una mujer que alardeaba de su cuerpo como si fuera una prostituta, pero que después le había negado cualquier cosa que no fuera un breve beso.

Hizo una mueca con la boca al recordarlo. Podía sentir el comienzo de una erección bajo la fina tela de sus pantalones y tuvo que cambiar ligeramente de postura. No quería tener que esperar ni un segundo más para disfrutar de todas las posibilidades sensuales que le ofrecía el hermoso cuerpo de Rosa.

Apareció en ese momento un azafato con una bandeja y Kulal le dijo algo en su idioma. El hombre dejó las bebidas en la mesa y desapareció rápidamente.

Rosa vio que Kulal apretaba las manos formando puños. Parecía muy tenso.

–¿Te pasa algo? –le preguntó ella.

–Por supuesto que me pasa algo.

Kulal se giró hacia ella, levantó la mano para tocarle la cara y trazó lentamente con el dedo el contorno de sus labios.

–Me estás volviendo loco, Rosa. Estoy deseando poseerte y no puedo esperar mucho más.

Rosa tragó saliva mientras veía cómo Kulal bajaba la mano hasta colocarla en su escote. Se preguntó si podría sentir el ritmo salvaje de su corazón. Sus palabras eran tan... Tan descaradas. Hacía que el sexo sonara como algo muy simple y natural. No sabía cómo responder ni qué decirle. Había sido educada para pensar que se trataba de algo que estaba mal, de algo prohibido.

–Te has quedado en silencio –observó Kulal mientras seguía bajando por su anatomía hasta llegar a una de sus rodillas–. Me alegra. Las mujeres suelen romper a menudo la magia de un momento así con su inane cháchara.

Parte de ella quería gritarle por su arrogancia, pero no lo hizo. No podía hacerlo. Kulal había subido la mano hasta esconderla bajo el dobladillo del vestido y estaba conteniendo la respiración para ver qué iba a hacer a continuación.

Sus dedos comenzaron a deslizarse hacia arriba y Rosa cerró los ojos cuando sintió una oleada de deseo por todo el cuerpo. Un deseo lo suficientemente fuerte como para hacer que olvidara cualquier sentimiento de culpa. Kulal estaba dibujando con los dedos pequeños círculos por encima de su rodilla y, aunque era muy excitante, también sentía cierta frustración. Empezó a desear que la tocara en otro lugar, en la parte de su cuerpo donde ansiaba tener sus manos.

No pudo evitar retorcerse y Kulal pareció adivinar cómo se sentía porque sus dedos fueron subiendo por la piel desnuda de su muslo. La calidez que había comenzado a surgir en su interior fue extendiéndose por todo su cuerpo y el corazón le galopaba en el pecho.

Sus muslos se separaron levemente, de manera casi inconsciente, sin que pudiera hacer nada para evitarlo y dejó escapar un suspiro de placer cuando sus dedos comenzaron a acariciarla íntimamente.

Él también gimió, pero no dijo nada.

–Kulal… –susurró ella.

Fuertes oleadas de placer y excitación se apoderaron de ella mientras él apartaba a un lado sus húmedas braguitas y comenzaba a acariciarla. Estaba demasiado perdida en las sensaciones para sentirse avergonzada. Le pareció que estaba en una nube. No había sentido nada parecido en toda su vida.

Podía oír gemidos y ligeros jadeos resonando en el interior de la cabina y se dio cuenta de que salían de su propia boca. Podía sentir cómo se tensaba su cuerpo, como si esperara algo muy tentador que parecía seguir fuera de su alcance.

Y poco después, de repente, sucedió casi sin avisar, como una lluvia de fuegos artificiales que estallaran de manera inesperada en el cielo. Sintió que su cuerpo se contraía con exquisitas sensaciones y le sorprendió la fuerza de lo que estaba sintiendo. Era casi como si estuviera volando para flotar después sobre algún lugar de ensueño. El placer que seguía sintiendo era indescriptible, jadeó con más fuerza aún mientras echaba la cabeza hacia atrás. No podía dejar de temblar y siguió como estaba durante algún tiempo, no habría sabido decir cuánto.

–Desabróchame los pantalones –le susurró Kulal.

Sus palabras la hicieron regresar a la realidad. Abrió los ojos y se encontró con el fuego negro de su mirada. Solo había deseo en sus ojos. Rosa bajó un segundo la mirada para fijarse en su entrepierna y se quedó paralizada.

–No puedo –susurró ella.

–¿Por qué no? –replicó él frunciendo el ceño–. ¿Qué te pasa?

Rosa se mordió el labio inferior con fuerza. No habría sabido qué contarle, cómo explicarle lo que le pasaba. Tenía un millón de preocupaciones en la cabeza, pero, por absurdo que pareciera, lo que más le molestaba era el hecho de que Kulal ni siquiera la hubiera besado.

Era consciente de que acababa de tener su primer orgasmo, pero él había conseguido que sucediera con la frialdad de un científico realizando un experimento en su laboratorio. Era verdad que quería aprender todo lo que no sabía sobre el sexo, pero no quería que su primera lección real tuviera lugar a bordo de un avión y tampoco quería que Kulal la tratara como si fuera solo un cuerpo, no una persona.

Se sentía como alguien que nunca había patinado y a quien, de repente, alguien empujara a la pista de hielo y le pidiera que se pusiera a bailar. La otra noche, después de beber más de la cuenta, había perdido por completo sus inhibiciones, por eso se había arrojado a sus brazos. Incluso a la mañana siguiente, había seguido lo suficientemente desorientada como para volver a intentarlo con él. Pero, cuando había llegado el momento de la verdad, se había asustado.

Se le pasó por la cabeza decírselo y ser sincera con él. Creía que incluso alguien con el corazón tan duro como Kulal, se mostraría comprensivo si ella le decía hasta qué punto llegaba su inexperiencia.

Respiró hondo y soltó las palabras lentamente.

–Soy virgen –le susurró.

–¡Claro! Y yo soy Peter Pan –murmuró Kulal mientras guiaba la mano de Rosa hacia su entrepierna.

–¡No! –insistió ella mientras apartaba su mano–. Lo digo en serio.

Kulal se apartó de ella y no pudo ver bien la expresión de su rostro. Casi parecía aburrido, pero no lo creyó posible.

–Yo también hablo en serio, *habibi*. Así que, ¿por qué no dejamos los juegos de rol para cuando nuestros apetitos estén un poco más satisfechos? Conozco muy bien las fantasías que os excitan a las mujeres y podemos fingir cualquier otro día que eres una pobre e inocente virgen a la que el temible jeque rapta y lleva a una tienda del desierto, pero esta primera vez, ¿por qué no nos limitamos a hacerlo sin más complicaciones? Ven conmigo, sigamos en el dormitorio.

Rosa lo miró mientras trataba de entender sus duras palabras. Estaba muy aturdida. Kulal pensaba que estaba mintiendo. No se creía que ella nunca hubiera tenido relaciones sexuales con un hombre.

Una oleada de vergüenza se apoderó de ella. Supuso que no era del todo extraño que no la creyera después de la forma en la que se había comportado. La había conocido la otra noche, cuando bailaba medio borracha y con un breve

vestido sobre el escenario de la discoteca. No sabía que, hasta ese día, había sido una joven siciliana muy protegida por su familia y sin ninguna experiencia. Pensó en lo decepcionado que iba a sentirse al saber lo ingenua que era y se sintió muy mal.

Se suponía que el suyo iba a ser un matrimonio de conveniencia, para beneficio de los dos, pero imaginó que a Kulal no le parecería muy buena idea cuando se diera cuenta de que su nueva esposa era en realidad una joven e inexperta virgen.

Pensó que quizás fuera mejor que descubriera la verdad en su noche de bodas, cuando ya sería demasiado tarde para dar marcha atrás y cambiar de opinión sobre ese matrimonio.

Se tiró hacia abajo del vestido.

–¿Qué se supone que estás haciendo? –le preguntó Kulal.

Lo miró a los ojos y trató de imaginar lo que diría en esa situación una mujer con más experiencia.

–¿Acaso querías acostarte conmigo? –le preguntó ella.

–¿Tú qué crees, que quería discutir contigo el estado de la economía mundial? –respondió irritado–. Claro que quería acostarme contigo. ¿No es eso lo que has estado rogándome que haga desde que nos conocimos?

Rosa frunció el ceño al oírlo. Aunque tenía que admitir que estaba en lo cierto.

–Pero ¿cómo puedes querer que nuestra primera vez juntos sea aquí cuando cualquier miembro de la tripulación podría entrar y vernos?

–No te preocupes por eso –le aseguró Kulal–. Mi tripulación tiene instrucciones estrictas de no molestarme cuando tengo una mujer a bordo del avión. Nadie se atreverá a entrar.

Rosa sintió que se le revolvía el estómago. No sabía si le hablaba así para humillarla o si era tan arrogante con todo el mundo.

–Entonces, ¿sueles traer a tus conquistas al avión?

–No, Rosa, eres la primera –repuso Kulal con sarcasmo–. ¿Tú qué crees?

–Creo que, como prometida tuya que soy, deberías mostrarme un poco más de respeto.

–¿Y crees que el sexo es una falta de respeto?

Rosa negó con la cabeza. No sabía cómo librarse del adoctrinamiento de toda la vida en un par de minutos.

–¿Y si te dijera que hacer aquí el amor contigo me haría sentir sucia e indecente?

Kulal se echó hacia atrás y la miró con el ceño fruncido.

–No me pareció que te molestara cuando te hice gritar de placer hace apenas unos minutos.

Kulal vio que se ruborizaba, pero no le hizo caso. Estaba demasiado frustrado como para preocuparse por ella.

–Y tampoco parecía molestarte la otra noche, cuando bailaste de forma descarada delante de todo el mundo.

Rosa tragó saliva.

–Estaba borracha.

–¿Y sueles emborracharte a menudo? Creo que es algo que debería saber.

A Rosa no le gustó que la acusara de esa manera y negó con la cabeza.

–No, no lo hago a menudo –le dijo ella en voz baja–. De hecho, era la primera vez que me emborrachaba.

Kulal la miró pensativo.

–Así que, esa noche, algo te llevó a beber directamente de la botella de champán como si llevaras haciéndolo toda la vida, ¿no? Algo te trastornó lo suficiente como para que te comportaras de una manera completamente inusual en ti, ¿verdad?

Kulal estaba en lo cierto y Rosa se preguntó cuánto debería decirle. Nunca había estado lo suficientemente cerca de un hombre como para confesarle lo que pensaba ni lo que sentía. Lo triste era darse cuenta de que no había tenido verdadera intimidad con nadie. La relación con su madre siempre había sido tensa y sus dos hermanos habrían salido corriendo si ella hubiera tratado de hablarles de sus sentimientos. Eran hombres de la familia Corretti y se comportaban como todos los demás, escondiendo siempre sus emociones, en caso de que llegaran a tenerlas.

Rosa nunca había sabido lo que era hablar abriéndole el corazón a alguien. Y, mientras miraba los ojos negros de Kulal, se preguntó si podría confiar lo suficiente en él como para contarle la verdad.

Por otro lado, pensó que no tenía nada que perder.

–Acababa de descubrir algo muy doloroso relacionado con mi familia –le dijo ella.

Kulal se obligó a mirarla como si de verdad estuviera interesado, aunque lo último de lo quería hablar en esos momentos era de la familia Corretti. Pero había aprendido mucho sobre las mujeres durante sus años de conquistador y había descubierto que un poco de paciencia al principio podía llegar a darle muchos beneficios a medio plazo.

–¿El qué? –le preguntó él con la cantidad justa de curiosidad.

Rosa dudó un segundo, sabía que se arriesgaba a hacer que su madre

pareciera una mujerzuela si le decía la verdad y temía que Kulal fuera a compararla con ella.

Pero, por otro lado, recordó que no estaba tratando de impresionarlo. No debía importarle lo que pensara de ella, no cuando su unión iba a ser solo algo temporal.

Aun así, no pudo evitar sentir un gran dolor en su corazón al decir las palabras en voz alta y su mente se llenó de amargos recuerdos.

–Descubrí que mi padre no era en realidad mi padre.

Kulal se encogió de hombros.

–Me imagino que debió de ser muy doloroso para ti.

–Sí, Kulal, lo fue –repuso ella.

–Pero no se trata de una situación inusual. He leído en algún sitio que, en Occidente, uno de cada veinticinco niños es criado por un hombre que no es su padre biológico.

Ella lo miró atónita. Lo último que habría esperado de él era que aceptara ese hecho como si fuera lo más normal del mundo.

–¿Cómo puedes saber algo así?

–No sé por qué te parece tan raro que lo sepa –le dijo Kulal encogiéndose de hombros–. La verdad es que soy casi un experto en estos temas. He recibido varias demandas por paternidad.

Rosa se quedó boquiabierta y sintió el latido ansioso y repentino de su corazón.

–¿Quieres decir que tienes hijos?

Kulal se echó a reír como si Rosa le acabara de preguntar si había viajado a la luna.

–No, Rosa, no tengo hijos. Pero uno de los inconvenientes de ser un jeque es que algunas mujeres han intentado que las dejara embarazadas para asegurarse así un lugar en mi vida.

Rosa lo miró horrorizada y fascinada. Le parecía increíble que hiciera unos comentarios tan escandalosamente machistas. Era peor que sus hermanos, pero se las arreglaba para salirse con la suya.

Tenía el aspecto de un moderno y sofisticado playboy, con un elegante traje de diseño y su jet privado, pero debajo de toda esa fachada había un hombre muy primitivo. Era poderoso y rico, pero no podía decir que fuera un hombre previsible. Le había sorprendido la manera en la que había respondido a su pregunta sobre las demandas por paternidad.

Rosa creía que en realidad le favorecía que Kulal fuera tan directo y cruel. De esa manera, no había lugar a malentendidos ni sentimentalismos.

Tenía que estar agradecida de que fuera así. Y también debía agradecerle la facilidad con la que le había dado tanto placer solo unos minutos antes y casi sin esfuerzo.

Sus mejillas se sonrojaron al recordarlo. Había dejado que él la tocara de la forma más íntima y había sido increíble lo que la había hecho sentir.

Decidió que no podía continuar sintiéndose intimidada por el animal sexual que era Kulal. Aunque sospechaba que era un tipo muy egoísta, acababa de demostrarle que era el más generoso de los amantes.

Creía que ella debía devolverle el favor y que no debía de ser muy difícil conseguir darle placer a un hombre. Pensó que sería casi mejor lanzarse de una vez, quitarse de la cabeza esa sensación de temor que tenía y empezar a disfrutar.

Rosa levantó una mano y le tocó la cara, dejando que sus dedos se deslizaran sobre su sensual boca. Esa mera caricia, aunque breve y ligera, le pareció casi eléctrica. Dejó que su mano bajara hasta el cuello de la camisa y vio que Kulal la miraba con suspicacia.

–Puede que haya cambiado de idea –susurró ella con la voz entrecortada–. A lo mejor podríamos hacer el amor después de todo. Si de verdad crees que la tripulación no va a entrar e interrumpirnos…

Kulal se quedó un segundo inmóvil. Pero vio entonces la ira y la frustración oscureciendo su rostro y le quitó la mano con la que le estaba acariciando el cuello.

–¿Crees que puedes jugar conmigo como haría un gato con un ratón? –le preguntó enfadado–. ¿Piensas que soy un hombre que puedes tomar y dejar a tu antojo? Te gusta calentar a los hombres para dejarlos después con la miel en los labios, ¿verdad, Rosa?

–¡No! –protestó ella–. No era mi intención burlarme de ti. Estaba nerviosa, eso es todo, pero creo que lo he superado.

–Bueno, pues es una pena –le respondió Kulal con aspereza mientras apartaba su cuerpo de ella. Creía que había llegado la hora de mostrarle con quién estaba tratando y dejarle claro que no era el tipo de hombre que iba a tolerar los juegos sexuales de una niña malcriada.

–Es una pena porque no va a suceder. Al menos en este momento. El vuelo a París solo dura unos cincuenta minutos y me temo que hemos perdido la mayor parte del tiempo hablando.

Rosa sintió que se le encogía el corazón. Le parecía increíble que le dijera que hablar con ella había sido una pérdida de tiempo. Era la primera vez que se abría tanto a alguien como para contarle lo que le había pasado. Y había dejado que Kulal la tocara como no la había tocado antes nadie.

Había decidido que quizás pudiera confiar en él lo suficiente como para

decirle la verdad sobre su verdadero padre, pero Kulal acababa de destrozarle el corazón. Una vez más, se dio cuenta de que la única persona en la que podía confiar era ella misma.

–¡Qué tonta he sido! –susurró ella.

–Muy tonta –repuso Kulal.

Se quedó pensativo al ver cómo le temblaban los labios. Había algo que le atraía de ella y le daba miedo al mismo tiempo. Le entraron ganas de pedirle al piloto que diera un par de vueltas por el centro de Francia para retrasar la llegada a París e intentar seducirla, pero sabía que no habría sido buena idea.

Además, creía que había sido en parte responsable de que las cosas hubieran terminado de manera tan insatisfactoria para él. Se había inclinado hacia ella y, cuando había estado a punto de besarla, lo había detenido la expresión de su cara cuando él comenzó a tocarla íntimamente. Nunca había visto una reacción tan inmediata ni tan apasionada y se había quedado absorto viendo cómo se deshacía entre sus manos. Había estado demasiado aturdido para recordar que quería desnudarla y hacerle el amor.

El deseo que sentía por esa siciliana iba en aumento y decidió que era mejor esperar y disfrutar lentamente de los encantos que le iba a ofrecer su cuerpo. Creía que era preferible a intentar desahogarse en cinco minutos en la pequeña cabina de un avión.

Se puso de nuevo su cinturón de seguridad y le dedicó una fría mirada.

–En la vida, hay un momento para cada cosa. Creo que es algo que deberías tener en cuenta para el futuro, Rosa.

Capítulo 7

Kulal se quedó sin aliento cuando Rosa entró en el salón principal de la embajada de Zahrastan. Tenía un aspecto angelical e increíble con su traje de novia. La miró fijamente. Le costaba creer que la tentadora bailarina de la discoteca fuera la misma mujer que caminaba lentamente hacia él en esos momentos.

Como no podía ser de otro modo, el vestido blanco que llevaba era modesto y decoroso. Le cubría todo el cuerpo. Solo llevaba las manos y el cuello al descubierto. Su pelo oscuro estaba recogido en la parte superior de la cabeza y el velo de encaje se lo habían sujetado con una tiara de diamantes y rubíes de valor incalculable que pertenecía a la colección de Al-Dimashqi.

Sin saber por qué, le dio un vuelco el corazón. Rosa estaba… La miró de arriba abajo y sacudió la cabeza. Estaba muy bella. Era la mujer más hermosa que había visto nunca y se preguntó si sus sentidos se habrían agudizado ante el significado de la ceremonia que estaba a punto de tener lugar.

Habían estado separados desde que su coche dejara a Rosa en el hotel Plaza Athénée el día anterior. El trayecto desde el aeropuerto había sido tenso y silencioso. Él había pasado la noche solo en su piso, sin dejar de pensar en la frustración sexual que sentía. Era algo completamente nuevo para él.

Había pasado toda la noche dando vueltas en su inmensa cama mientras recordaba todo lo que había ocurrido durante el vuelo a París. Rosa se había negado a acostarse con él. Después, de manera inexplicable, había cambiado de parecer poco antes de que el avión aterrizara. Nunca había conocido a una mujer tan caprichosa como ella.

La sencilla boda había sido programada para que tuviera lugar pocas horas después de su llegada a la capital francesa. No había querido que la prensa se enterara. Sabía que iban a saberlo tarde o temprano, pero habría preferido que lo supieran después de que el departamento de relaciones públicas de palacio hubiera tenido tiempo de prepararse para ese momento. Por desgracia, alguien se había chivado y había tenido que abrirse camino entre un mar de fotógrafos cuando llegó a la embajada.

Pero la novia acababa de entrar en el salón y cualquier recelo que pudiera haber albergado se disolvió cuando vio cómo lo miraba casi temerosa bajo su velo. Le parecía que estaba desempeñando muy bien su papel. Esa falsa timidez era muy convincente y sabía que los funcionarios de la embajada aprobarían su apariencia inocente y recatada.

–Rosa –la saludó mientras iba hacia ella y se llevaba su mano a los labios.

Ella pudo sentir su cálido aliento en los dedos y eso hizo que se sintiera aún más desorientada. Además de estar vestida de novia en la embajada de Zahrastan, el hombre con el que había accedido a casarse parecía un completo desconocido. Ese día, su aspecto de playboy moderno y sofisticado había quedado en el olvido.

Llevaba una especie de túnica de seda blanca y su cabello estaba cubierto con un tocado del mismo color y sujeto a la cabeza con una intrincada banda de hilo de oro. Tenía un aspecto sombrío e indomable. La blancura de su túnica parecía enfatizar aún más los oscuros rasgos de su rostro.

Rosa tragó saliva. Estaba muy nerviosa.

–Hay un montón de fotógrafos ahí afuera –le dijo ella.

–Me temo que les gustan las bodas –repuso Kulal encogiéndose de hombros.

–Sobre todo cuando se casa un jeque que hace poco estaba comprometido con otra persona y lo hace con una mujer de una familia conocida –respondió ella mientras se quedaba mirando su anillo de rubíes y diamantes.

Un mensajero se lo había hecho llegar a su hotel la noche anterior. Supuso que habría maneras menos románticas de regalarle un anillo de compromiso a una mujer, pero no se le ocurría ninguna. Lo miró a la cara y, una vez más, no pudo evitar quedarse sin aliento ante su orgullosa y masculina belleza.

–No me imagino cómo va a reaccionar mi familia cuando se enteren de lo que he hecho…

–Van a tener que aceptarlo porque no van a tener más remedio. Y tú ya no tienes que temer su influencia, Rosa. A partir de ahora estarás bajo mi protección.

Rosa creía que esa protección no significaba para Kulal lo mismo que para ella, una mujer siciliana.

–Solo intercambio una jaula por otra –repuso ella con una irónica sonrisa mientras miraba a su alrededor–. Aunque la nueva jaula sea más dorada y lujosa que la anterior.

–No olvides que este matrimonio no es más que un arreglo temporal –le dijo Kulal en voz baja–. Un acuerdo con el que tranquilizar a los demás. No se trata de un compromiso de por vida.

Rosa estuvo dando vueltas a sus palabras durante la breve ceremonia y pensó también en la mujer con la que había estado prometido. Se preguntó si sabría que Kulal se estaba casando con otra y si estaría sufriendo por su culpa, pensando en el hombre que había perdido.

También le dio tiempo a pensar en ella misma, sabiendo que lo que estaba haciendo era un engaño y en más de un sentido. Le tendió la mano a Kulal para

que él le pudiera poner el anillo de bodas. Sabía que él estaría esperando mucho de ella en el dormitorio y se preguntó cómo reaccionaría cuando descubriera la verdad.

No quería ni pensar en lo que iba a decirle cuando descubriera que toda su experiencia sexual se limitaba al increíble orgasmo que había tenido en el avión.

–Puede besar a la novia –dijo entonces el oficiante de la ceremonia.

Rosa se quedó mirando los brillantes ojos de Kulal y contuvo la respiración mientras esperaba, pero el breve beso que le dio en los labios hizo que se sintiera muy mal, casi como si la rechazara. Su decepción fue tan grande que se armó de valor para ponerse de puntillas y decirle algo al oído.

–¿Eso ha sido un beso?

–Bueno, puede que haya sido el beso más breve que haya dado nunca a una mujer, pero me daba miedo que, una vez que empezara a besarte, no pudiera detenerme –le susurró Kulal entrelazando sus dedos con los de él–. No creo que fuera muy apropiado que te levantara ese bonito vestido aquí mismo y te llevara sin contemplaciones hasta la pared y te hiciera allí el amor, que es lo que tengo ganas de hacer.

–¡Kulal! –exclamó con voz temblorosa–. ¡Hablas como lo haría un salvaje!

–Pero creo que son mis palabras «salvajes» las que más te excitan, preciosa –le dijo Kulal mientras la miraba desafiante–. ¿Me equivoco?

Rosa negó con la cabeza para que no siguiera haciéndole ese tipo de preguntas, pero la verdad era que estaba consiguiendo excitarla de una manera que no habría creído posible, sobre todo cuando lo único que estaba haciendo era sosteniéndole la mano. Podía sentir sus pechos presionando el corpiño de su vestido, como si estuvieran deseando ser liberados de su confinamiento de encaje. Tenía la boca seca y le ardía la piel. Aunque se sentía un poco intimidada ante esa avalancha de sensaciones desconocidas, lo miró a los ojos sin miedo. Se dio cuenta de que esa era su oportunidad y que ese hombre podría ayudarla a crecer. Se había casado con Kulal para ser libre e independiente, no para vivir acobardada en una esquina solo porque él conseguía que su cuerpo respondiera de una manera que era totalmente natural.

–No –le dijo ella en voz baja–. No te equivocas. Tus palabras me excitan mucho.

Kulal apretó la mandíbula un segundo antes de asentir con la cabeza.

–Entonces, vamos a terminar con esto cuanto antes –le dijo Kulal mientras deslizaba el brazo alrededor de su cintura–. Salgamos a darle a la prensa exactamente lo que quiere.

A pesar de su advertencia, Rosa no había estado preparada para las luces

cegadoras de los flashes cuando se abrieron las puertas de la embajada y salieron a la calle. Había muchos más fotógrafos que antes.

–Rosa –la llamó uno de los periodistas–. ¿Qué le parece a su familia que se haya casado con un jeque?

–Rosa, ¿cómo cree que se siente hoy la exnovia de Kulal? –le preguntó otro periodista.

Sintió que se ponía rígida, pero Kulal apretó con más fuerza su cintura.

–Sonríe –le dijo en voz baja–. Hazles ver que eres muy feliz.

Pero los flashes y las acusaciones que había en sus preguntas habían conseguido paralizarla. Kulal debió de darse cuenta porque, de pronto, la hizo girar hacia él y le dedicó una gran sonrisa.

–Parece que, después de todo, voy a tener que darte un beso en condiciones –le dijo él.

–¿Tan duro te resulta tener que hacerlo? –susurró ella.

–La palabra «duro« es aplicable a otra cosa en este momento –murmuró Kulal con picardía mientras se inclinaba hacia ella.

Rosa no tardó más de un segundo en olvidarse de la prensa y de todo lo que la rodeaba. Solo era consciente de la sensación de esos labios explorando su boca. El deseo corrió por sus venas sin que pudiera hacer nada para controlarlo. Se sentía como si estuviera en llamas. Apretó las palmas de sus manos contra el torso de Kulal, era increíble sentir sus músculos. Pero, poco después, se dio cuenta de que Kulal se estaba alejando de ella y que el beso había llegado a su fin.

Lo miró a los ojos, pero era imposible saber qué estaba pensando. Kulal la contemplaba como si estuviera viendo algo en ella que no había esperado ver.

–Es la primera vez que beso a una mujer en público y creo que es un experimento que no deseo repetir. Será mejor que vayamos a mi piso cuanto antes –le susurró al oído–. Antes de que nos detengan por escándalo público.

Rosa no pudo evitar ruborizarse mientras sus escoltas comenzaron a abrirles camino entre los periodistas. Se sorprendió cuando Kulal le hizo un gesto con la mano al chófer, que estaba abriéndoles la puerta del coche oficial.

–No. Iremos dando un paseo –le dijo Kulal–. Está cerca.

–Pero, Alteza…

–Ya te he dicho que vamos a ir andando.

Kulal tomó su mano y empezaron a pasear por una gran avenida. Se sintió de repente muy feliz. Se fijó en sus manos entrelazadas y fue entonces consciente de que era la primera vez que iba de la mano con una mujer en público. Su piel era cálida y tostada, mucho más clara que la suya.

–Sonríe –le recordó Kulal en voz baja.

Para Rosa, aquella estaba siendo la experiencia más extraña de su vida. No podía creer que estuviera caminando con su vestido de novia por las exclusivas calles de ese barrio parisino y de la mano de su nuevo esposo, vestido con una túnica blanca. Los guardaespaldas los seguían a una distancia prudencial mientras hablaban por sus auriculares con aparente preocupación. Mucha gente se detenía para darse la vuelta y mirarlos. También les pasó a algunos conductores que se detuvieron para hacerles fotografías con sus teléfonos móviles.

Cuando llegaron a un edificio de pisos de lujo, vio que había más prensa esperándolos. Suponía que no habrían llamado tanto la atención si Kulal no hubiera llevado puesta su túnica. Ese atuendo tradicional hacía que la situación pareciera aún más irreal, como si fuera el protagonista de un cuento en vez de un hombre normal.

Pero recordó entonces que él no era un hombre normal y que su boda sí parecía de cuento.

Kulal agarró con más fuerza su mano cuando comenzaron a hacerles fotos, pero esa vez no la pillaron desprevenida. No contestó ninguna pregunta relacionada con su familia e incluso pudo sonreír a uno de los fotógrafos más persistentes.

Cuando entraron en el vestíbulo, estaba tan nerviosa y emocionada que le costaba respirar. Su estado no mejoró mientras subían en ascensor hasta el piso del ático. Kulal la miraba en silencio, como si así pudiera controlarse mejor.

Trató de tranquilizarse y recordar que no había motivos para temer lo que estaba a punto de suceder. Había ido allí en busca de aventuras y las había encontrado.

Aún en silencio, Kulal abrió la puerta de su piso y Rosa pasó al enorme vestíbulo de entrada. Ya había imaginado que sería muy lujoso y Kulal no la había decepcionado. Había pinturas impresionistas adornando las paredes y maravillosos y antiguos muebles.

Los suelos de madera estaban cubiertos con alfombras de seda que parecían también muy valiosas y antiguas. Pensó que en un lugar como ese nunca iba a poder sentirse del todo cómoda. Pero recordó entonces que no iba a ser su hogar, que era solo temporal.

Vio que Kulal la estaba observando. Lo hacía como un cazador vigilando en silencio a su presa antes del ataque final.

–¿Quieres beber algo? –le preguntó él.

–Un vaso de agua, por favor.

La llevó hasta la cocina. Era muy moderna, de acero y granito, y le sirvió un vaso de agua helada. Rosa la bebió de pie, sin moverse de allí y todavía con su traje

de novia. Se dio cuenta de que él no estaba bebiendo nada y, cuando se terminó el agua y dejó el vaso en la encimera, vio que Kulal seguía mirándola.

–Te quiero en mi cama –le dijo él simplemente.

Ella contuvo la respiración durante unos segundos.

–Entonces, llévame a ella.

Podía sentir que también el cuerpo de Kulal estaba en tensión mientras la conducía a través de un laberinto de pasillos hasta el dormitorio más grande que había visto nunca. Había floreros con rosas rojas sobre todas las superficies disponibles y su poderoso perfume llenaba el aire. Los altos ventanales les proporcionaban una vista perfecta de París. El Sena brillaba bajo el sol de la tarde y, un poco más allá, se podía distinguir el inconfundible perfil de la torre Eiffel.

–Como puedes ver, me he encargado de hacer todos los preparativos para nuestra luna de miel –le dijo Kulal–. Incluso me las he arreglado para que el sol brille más que nunca y no haya ni una nube en el cielo.

Rosa miró a su alrededor, todo estaba precioso, casi demasiado. Tenía un aspecto un poco irreal, como si lo hubieran preparado para la sesión fotográfica de una revista de decoración.

En la gran cama con dosel había montones de almohadones y cojines y vio una botella de champán esperándolos en una cubitera en la mesita. Se dio cuenta de que nada iba a detenerlos. No tenía la excusa de la tripulación del avión, ni miembros de su personal ni fotógrafos.

Rosa iba a poder vivir por fin algo que llevaba mucho tiempo esperando experimentar en su propia piel. Iba a empezar a vivir como lo hacían otras personas. Y, por primera vez en su vida, iba a tener relaciones sexuales.

Vio que él la miraba fijamente y los latidos de su corazón golpearon con más fuerza aún su pecho.

–¿Sabes qué? Nunca he visto a una mujer más bella en mi vida –le dijo Kulal con un nudo en la garganta.

Él era el primer sorprendido ante la intensidad de lo que estaba sintiendo. Supuso que Rosa había conseguido que reaccionara así después de resistirse a sus encantos una y otra vez. Nunca había tenido que esperar tanto tiempo para acostarse con una mujer y ese retraso le estaba resultando tan placentero como doloroso.

–Ven aquí –le ordenó Kulal mientras le hacía un gesto con el dedo.

Rosa no podía dejar de mirarlo, sus ojos eran tan irresistibles… Y ella lo deseaba tanto que fue directa a sus brazos.

–Creo que ya ha llegado la hora de que te desnude –le dijo Kulal con voz algo temblorosa–. ¿No te parece?

–Sí –respondió ella tímidamente.

Kulal le quitó la tiara de rubíes y diamantes y la dejó sobre una mesa cercana. Después, le soltó el velo y dejó que cayera al suelo.

Rosa cerró los ojos cuando Kulal bajó la cabeza para besarla. Pensó en ese momento que podría llegar a desmayarse de placer con ese simple beso. Era muy consciente del poderoso aroma de las rosas y de la forma en que sus manos se movían sobre su cuerpo, acariciando sus curvas como si estuviera decidido a explorar cada centímetro de ella.

Kulal le bajó lentamente la larga cremallera de su vestido hasta que cayó también al suelo y ella se quedó de pie frente a él y en ropa interior. El aire frío sobre su piel hizo que se estremeciera. Él dejó de besarla un segundo para mirarla. Rosa había esperado sentirse nerviosa, pero la expresión de deseo que vio en su mirada hizo que sintiera muchas cosas, pero el nerviosismo no era una de ellas. Se sentía viva y exultante, como si hubiera nacido para vivir ese momento.

–Eres tan…

Pero Kulal no terminó de hablar. Una vez más, ver a Rosa lo había dejado sin respiración. Sus pechos parecían aún más deliciosos gracias al escotado corpiño blanco que llevaba y las braguitas de encaje hacían que parecieran aún más maravillosas las suaves curvas de sus caderas. Nunca había visto a una mujer con un aspecto tan carnal y sexy. Tardó unos segundos más en recobrar lo suficiente la compostura como para hablar de nuevo.

–Exquisita –terminó él con la voz entrecortada–. Lo más hermoso que he visto en mi vida.

Rosa llevó una mano a su cara. Sus palabras la llenaban de confianza y recordó entonces cómo era la mujer que había conseguido atraer la atención de Kulal. Había sido la bailarina que había bailado de manera desinhibida y provocativa sobre el escenario de la discoteca.

Estaba decidida a olvidarse de su timidez.

Tiró del tocado de seda blanca que Kulal llevaba en la cabeza como si estuviera acostumbrada a desnudar a los hombres.

–¿Por qué llevas esto? –le preguntó mientras se lo quitaba–. Hasta hoy, solo te había visto con trajes.

Kulal tomó el tocado que ella le había quitado y lo dejó con la tiara de Rosa.

–Porque normalmente prefiero vestir a la manera occidental y no llamar demasiado la atención. Me parece que las personas son mucho más atentas contigo cuando piensan que eres como ellos.

–Pero ¿crees que no lo eres? ¿Que no eres como los demás?

Kulal se echó a reír.

–Por supuesto que no. Hay pocos hombres como yo, ¿no te parece? Nací en un palacio y he sido criado como lo que soy, el hijo del rey y ahora, el hermano del rey. La gente me ve como a un playboy y es un papel en el que me siento cómodo. Pero en mi corazón, soy un jeque –le dijo Kulal–. Y, por una vez en la vida, quería vestirme como tal.

–¿Por qué?

Kulal se quedó pensando en su pregunta. La verdad era que no sabía lo que le había motivado a ponerse su *zaub* esa mañana, en vez de un elegante traje de diseño. Frunció el ceño al recordar que, en realidad, nada de eso importaba, que todo era una farsa y que el simbolismo de la ceremonia no significaba nada.

–Me pareció que le gustaría a la prensa –le contestó él mientras pasaba un dedo por sus deliciosos labios–. Hará que las fotos de las revistas y los periódicos tengan mucho más interés.

Rosa asintió con la cabeza, pero no pudo evitar sentir cierta decepción. Después de todo, Kulal lo había hecho todo por la prensa. Se preguntó si esa habría sido también la razón por la que había decidido besarla en las escaleras de la embajada. Aún recordaba lo maravilloso que había sido ese beso, pero pensó que Kulal lo había hecho para que pudieran hacerles fotos no porque deseara besarla tanto como ella a él.

Recordó entonces que nada era real y que ella había aceptado su propuesta. Era solo un matrimonio de conveniencia del que los dos iban a sacar provecho.

–Sí, serán unas fotos fantásticas –asintió ella con la mirada fija en él.

El corazón le latía con más rapidez aún. Sabía que iba a tener que olvidarse de sus sentimientos y ser la mujer que Kulal pensaba que era. Una mujer que en esos momentos estaría solo pendiente del deseo que crecía en su interior y que querría arrancarle la túnica de seda para poder sentir por fin su piel contra la de ella.

Le dio la impresión de que Kulal le había leído el pensamiento, porque se quitó los zapatos y después la túnica.

Rosa se quedó sin aliento cuando se dio cuenta de que había estado completamente desnudo debajo de la tradicional prenda de seda.

Kulal sonrió al ver la reacción de Rosa, aunque no era la primera vez que había visto una respuesta similar cuando una mujer veía su cuerpo desnudo por primera vez. Se llevó una mano a su miembro erecto mientras miraba sus ojos asustados.

–¿Ha merecido la pena esperar? –le preguntó él con una sonrisa perezosa.

Rosa estaba aturdida, sintiendo una mezcla de emoción y miedo. Era la primera vez que veía a un hombre desnudo, pero prefería no sentirse mal por eso.

Sabía que, durante muchas generaciones, las mujeres solían llegar a la noche de bodas en un estado similar al de ella. A lo mejor era una manera de ser muy anticuada, pero no era un crimen.

–Por supuesto –respondió ella con sinceridad.

Se dio cuenta de que había dicho lo que Kulal esperaba oír porque asintió satisfecho antes de tomarla en brazos y llevarla a la cama.

Cayeron sobre el suave colchón y Kulal siguió besándola mientras le quitaba la ropa interior con sus hábiles manos hasta que estuvo tan desnuda como él.

La besaba con una pasión que la dejó sin aliento, como si estuviera recuperando el tiempo perdido y, bajo el dulce e implacable tormento de su lengua, Rosa no pudo ahogar unos gemidos de placer.

Kulal fue bajando las manos desde su pecho hasta llegar a su vientre. Y, de pronto, Rosa se dio cuenta de que sus propias manos también comenzaban a explorar el cuerpo de Kulal y le pareció la cosa más natural del mundo.

Era increíble sentir sus fuertes músculos y su cálida piel bajo las manos. Pensó en lo que había sucedido en el avión y en lo que Kulal había conseguido en cuestión de minutos. No sabía si era normal que esas cosas sucedieran tan rápidamente, pero le daba la impresión de que Kulal estaba actuando con extrema urgencia.

Se apartó un segundo de ella para abrir un preservativo que tenía en la mesita y, al ver la confusión en la mirada de Rosa, le dedicó una sonrisa de satisfacción mientras se lo ponía.

–Ya te dije que tenía todo preparado para nuestra luna de miel –le susurró él.

Se acercó de nuevo a ella.

Rosa podía sentir la humedad entre sus muslos y una ligera resistencia cuando Kulal intentó deslizarse dentro de ella. Durante un segundo, él se quedó inmóvil y ella rezó para que no se detuviera. Rosa lo besó en el hombro que tenía más cerca y rozó su piel con los dientes. Ese simple gesto fue todo lo que necesitó Kulal para responder cómo esperaba y comenzó a moverse.

No se parecía en nada a lo que Rosa había imaginado. Nunca se había parado a pensar que pudiera ser una experiencia tan… Tan íntima. Era increíble sentir que estaban unidos. Nunca se había sentido tan cerca de nadie.

Estaba completamente a su merced, entregada a él y dejando que la guiara. Deseaba aprender de Kulal y se dio cuenta de que era más fácil de lo que había creído, como si su propio cuerpo supiera más que ella y actuara por instinto.

Cuando deslizó las manos bajo sus nalgas para estar aún más dentro de ella,

Rosa lo rodeó con las piernas y no pudo ahogar un desgarrador gemido. La sensación de tenerlo en su interior era increíble.

Ya había vivido lo que era tener un orgasmo, pero el que experimentó en ese momento fue mucho más intenso. Era increíble tener a Kulal dentro de su cuerpo mientras sus bocas se exploraban en el más sensual de los besos.

Las sensaciones eran muy intensas. Era como si todo su cuerpo estuviera en llamas, como si pudiera tocar la felicidad más absoluta con los dedos.

Sintió que su espalda se arqueaba hacia él sin que pudiera hacer nada para controlar su propio cuerpo y le clavó las uñas en la espalda cuando sintió unos espasmos increíbles que la dominaban por completo.

Tardó unos segundos en abrir los ojos y encontrarse con los ojos negros de Kulal. Su mirada se estrechaba un poco más con cada dulce embestida que daba contra sus caderas.

No tardó en acrecentar el ritmo y la intensidad de los movimientos. Sus ojos reflejaban lo que sentía, parecía estar fuera de sí y, poco después, soltó un grito casi animal y se derrumbó temblando sobre ella.

Durante algún tiempo, ninguno de los dos se movió. Rosa se sentía algo mareada y aturdida. La embargaba una deliciosa sensación de letargo. Sus dedos se deslizaron hasta sus fuertes hombros y comenzó a masajear los músculos de Kulal.

Le habría encantado poder meter ese momento en una botella y conservarlo para siempre porque sabía que aquello tenía fecha de caducidad.

–Eras virgen… –le dijo él al fin rompiendo el silencio.

–Sí –respondió ella.

Esperaba que no quisiera hablar de ello. Era un momento maravilloso y quería disfrutar de él, pero Kulal la miraba con sus oscuros ojos entrecerrados y el ceño fruncido como si esperara una explicación.

De mala gana, ella se encogió de hombros.

–Ya te lo dije en el avión.

Kulal se apartó de ella y sacudió la cabeza. Recordó entonces la primera vez que había tenido relaciones sexuales. Había sido un joven de dieciséis años y, después de hacerlo, la criada del palacio con la que había perdido la virginidad le había dado un cigarrillo liado a mano. No sabía por qué, pero era un detalle que recordaba muy bien.

–No te creí –le dijo lentamente–. No me pareció que actuaras como una joven inocente e inexperta.

–Échale la culpa al alcohol.

–¿Al alcohol solo? Me da la impresión de que no solo fue culpa del alcohol,

sino de algo más o de alguien más –le dijo Kulal mientras le levantaba la barbilla con un dedo y se fijaba en las manchas verdes y doradas de sus ojos.

Vio la incertidumbre en su rostro, esa extraña vulnerabilidad que aparecía cuando menos se lo esperaba y sacudió la cabeza con incredulidad.

–¿Tienes veintitrés años y hasta hoy nunca te habías acostado con un hombre?

–Pensé que eso ya lo habíamos dejado claro –repuso ella.

–Lo que quiero saber es por qué.

–¿Siempre sometes a tus amantes a un interrogatorio justo después de...?

Pensó en la mejor manera de definir lo que acababa de pasar. Sabía que la gente lo llamaba «hacer el amor», pero no había nada de amor en lo que acababa de suceder. Eso lo tenía muy claro.

–¿Justo después de tener relaciones sexuales con ellas? –terminó ella.

–Hasta ahora, no. Pero hasta hoy nunca me había acostado con una virgen ni con mi esposa.

–Dos en uno, ¡qué mala suerte has tenido! –repuso ella para tratar de aligerar la tensión.

–Puedes hacer todas las bromas que quieras hasta que salga el sol, pero no voy a estar satisfecho hasta que hayas respondido a algunas de mis preguntas.

Rosa se sentía muy incómoda. No quería hablar de ella. No quería pensar en nada.

Todo lo que quería era quedarse donde estaba y disfrutar de la calidez que aún inundaba su cuerpo. Quería aferrarse al maravilloso recuerdo de lo que acababa de suceder hasta que tuviera la oportunidad de repetir la experiencia, pero Kulal le estaba dejando muy claro con su mirada que iba a insistir hasta que respondiera a sus preguntas. No entendía por qué tenía que ser tan persistente.

–Siempre he llevado una vida muy limitada en Sicilia –le explicó ella–. No es raro allí, incluso en estos tiempos, que una mujer viva resguardada y envuelta en algodones hasta que deja la casa de sus padres para casarse. Yo era la única chica de mi familia y tenía dos hermanos muy protectores, aunque...

Rosa se quedó callada sin terminar lo que iba a decirle. A Kulal le pareció que había advertido una repentina amargura en su voz.

–¿Aunque qué? –le preguntó él.

Rosa apretó los labios. Su primer instinto fue mentirle sobre su pasado, pero se dio cuenta de que no tenía motivos para hacerlo. Creía que, si le decía la verdad, cabía la posibilidad de que el matrimonio fuera aún más corto de lo que habían previsto.

Pero las cosas habían cambiado y ya no quería acortar el tiempo que iba a

pasar con Kulal. Sentía que acababan de emprender su propio camino y ella quería más. Aunque no fuera real, quería vivir durante unos meses esa intimidad que acababa de descubrir a su lado.

–No son mis hermanos. Acabo de descubrir que en realidad son mis... Mis hermanastros.

Él frunció el ceño.

-–Ya me dijiste en el avión que tu padre no era en realidad tu padre. ¿Pero hay algo más?

Iba a tener que decir en voz alta las palabras que seguían resonando en su cabeza desde que se lo dijera a gritos su madre. Palabras que le revolvían el estómago.

–Por eso me fui de Sicilia –le dijo ella con la respiración entrecortada–. Porque me enteré de algo que sacudió por completo mi existencia.

–Cuéntamelo.

Ella lo miró fijamente. Deseaba más que nada en el mundo que lo que ella estaba a punto de decirle no fuera cierto. Pero lo era. Era la horrible verdad. Tragó saliva antes de continuar.

–Fue durante una gran reunión familiar, una boda que no llegó a celebrarse. Mi madre se emborrachó. Podía oír sus gritos a pesar del sonido de la música, pero no podía entender lo que decía. Cuando lo hice… –susurró con un nudo en la garganta–. No me lo podía creer.

Recordó el rostro enrojecido de su madre y cómo, cuando la música se paró de repente, pudo entender las palabras de Carmela, que resonaron por todo el salón.

Palabras horribles, espantosas, que la habían dejado helada. Aún lo hacían. Rosa intentó detener el temblor en sus labios mientras miraba a Kulal, pero no podía controlarlos. Volvió a respirar hondo antes de hablar.

–Descubrí que mi padre biológico era el que siempre había sido mi tío –terminó ella dolorosamente–. Mi madre se acostó con mi tío.

No estaba preparada para la violencia de su reacción. Vio que el rostro de Kulal se oscurecía como si una violenta tormenta se estuviera gestando en su interior.

Sintió que estaba a punto de apartarse de ella antes incluso de que lo hiciera.

Dejó de abrazarla y se levantó de la cama. Fue al otro lado del gran dormitorio y se quedó mirándola desde allí, como si Rosa fuera una especie de extraterrestre que acabara de llegar a la Tierra desde otro planeta.

Capítulo 8

Después de que Kulal se apartara de ella de esa manera, Rosa se quedó helada y no podía dejar de temblar. La miraba con desapego y una acusación en sus ojos.

–¿Tu madre se acostó con tu tío? –le preguntó Kulal con incredulidad.

–Sí –repuso ella tratando de mantener la calma.

Le parecía que sonaba aún peor cuando la verdad salía de los labios de otra persona. Kulal parecía muy afectado por lo que acababa de decirle.

–¡Pero eso es terrible! –exclamó fuera de sí–. Creo que nunca había oído nada tan repugnante.

–Y ¿crees que no lo sé? –le dijo ella–. ¿Crees que no daría todo lo que tengo para cambiar la realidad?

–Pero ¿no es incesto? –reflexionó Kulal en voz alta.

–¡No! ¡No! –replicó Rosa horrorizada mientras se echaba a llorar.

Brotaron de repente todas las lágrimas que había estado reprimiendo desde que su madre le soltara la terrible verdad. No se había atrevido a ceder a las lágrimas porque temía que, una vez que empezara, no iba a poder dejar de llorar. Y había necesitado toda su energía y su fuerza para alejarse de Sicilia y de los engaños de todos esos años. Pero, ahora que las lágrimas habían comenzado a brotar, no había quien las parara. Se deslizaron por sus mejillas y sus pechos desnudos hasta caer en las sábanas.

–No… No sé lo que es, pero no es eso –se defendió ella con la voz entrecortada–. Mi madre y mi tío no son hermanos. No los unían lazos de sangre.

–¡Pero los unían lazos de honor!

–Sí, eso es verdad –repuso ella mirándolo mientras trataba de enjugarse las lágrimas con las manos–. Pero ¿no crees que esto ya es muy difícil para mí sin tener que aguantar que tú, un completo desconocido, me des lecciones de moralidad?

–No soy un desconocido, Rosa. ¡Soy tu marido!

Sus palabras consiguieron hacer que recobrara un poco la compostura y negó con la cabeza.

–Solo sobre el papel, Kulal –susurró–. Esto solo es un acuerdo temporal que nos conviene a los dos. No eres de verdad mi marido y este matrimonio de conveniencia no te da derecho a juzgarme como lo has hecho, sobre todo cuando se trata de algo así. Yo no he hecho nada malo.

Durante unos segundos, se quedaron en silencio.

Kulal vio que Rosa apretaba con fuerza sus labios como si estuviera decidida a no llorar más. Reconoció algo en ella que le resultaba muy familiar. Algo que le resultaba muy doloroso, algo que había enterrado dentro de él hasta casi olvidar que existía, algo que veía en esos instantes reflejado en los ojos llenos de lágrimas de Rosa. Era la impotencia y la ira al ver cómo la vida de uno podía cambiar para siempre en un solo momento.

Para él, había ocurrido cuando su madre había trepado por una roca para ir en su ayuda y, para Rosa, su vida había cambiado cuando su madre miró a su cuñado con lujuria en los ojos.

Maldecía ese pasado y las repercusiones que aún tenía en ellos.

Cruzó la habitación hacia ella y se sentó en la cama. Rosa giró la cabeza para mirarlo a la cara y vio desconfianza y temor en sus ojos. Tomó entonces una de sus frías manos entre las de él.

–Deberías haberme contado antes todo esto –le dijo Kulal.

–¿Y aun así te habrías casado conmigo?

Kulal pensó en cómo reaccionaría la prensa si el pasado de Rosa llegaba a salir a la luz. Vio que ella lo miraba con desesperación en los ojos y sabía que decirle lo que quería oír sería muy fácil, pero creía que ya había llegado la hora de que todo el mundo dejara de mentir a Rosa Corretti.

–No lo sé –le confesó Kulal con dificultad.

No era la respuesta que Rosa quería. Pero, por extraño que pareciera, le consoló que fuera sincero con ella. Creía que era mucho mejor oír la dura verdad que unas palabras dulces que en realidad no significaban nada.

Y creía que lo que ellos dos tenían, aunque no fuera otra cosa, era al menos una relación sincera. Lo había sido desde el principio. No habían fingido sentir cosas que no sentían ni se veían obligados a decirse cosas que no querían decir.

–¿Crees que es fácil decirle a alguien algo así? –le preguntó ella–. ¿Que no me avergüenza tener que admitir la verdad ante ti?

La culpa distorsionaba su voz y Kulal sintió que le hervía la sangre.

–Entiendo perfectamente que no es fácil. Pero no tienes motivos para sentir vergüenza. Tú no eres más que una víctima en todo esto, Rosa.

–¡No quiero ser una víctima! ¡Estoy harta de ser una víctima! –exclamó Rosa sacudiendo la cabeza–. Pero, ¿cómo puedo esperar que me entienda alguien como tú?

Oyó el resentimiento en su voz y, en otras circunstancias, no le habría dado importancia a su pregunta. Nunca les hablaba a las mujeres de sus sentimientos ni de su pasado. No tenía necesidad de hacerlo. Siempre había mantenido bien guardados sus secretos, incluso de sí mismo.

Pero la confesión de Rosa había conseguido que se sintiera incómodo. Había despertado en su interior dolorosos recuerdos que habían permanecido latentes en su corazón durante mucho tiempo. Después de oír lo que le había confesado Rosa, una mujer que se había visto obligada a enfrentarse a una situación tan bochornosa, le parecía casi obligado por su parte que le dejara entrever al menos un atisbo de su propio sufrimiento.

–Te puedo entender mejor de lo que imaginas –le dijo Kulal lentamente–. Al menos tú puedes estar tranquila al saber que no tienes ninguna responsabilidad en ese secreto oscuro de tu vida ni en sus consecuencias. Al menos no dependía de ti lo que pasó.

Rosa podía oír el terrible dolor que había en su voz y vio cómo su rostro se había quedado petrificado.

Kulal la miraba fijamente a los ojos, como si estuviera retándola a que le preguntara algo más. Decidió atreverse a pedirle que le contara lo que tanto dolor le causaba. Creía que no tenía nada que perder.

–¿Qué es lo que pasó, Kulal?

Él negó con la cabeza, pero no consiguió librarse de los recuerdos que lo atormentaban.

Se acordó entonces de una historia que solía contarle su profesor de inglés. Era la historia de un hombre llamado Orfeo al que le habían dicho que nunca debía mirar hacia atrás. Pero Orfeo lo había hecho y, como castigo a su desobediencia, se le había roto el corazón.

Kulal nunca había olvidado la moraleja de esta historia. Siempre recordaba que mirar hacia atrás podía destruirlo y que pensar en el futuro era la única manera de sobrevivir.

–No importa –repuso con amargura.

–Yo creo que sí importa –le dijo Rosa en voz baja–. Y también creo que quieres contármelo.

Kulal se volvió hacia ella. Rosa nunca había visto tanto dolor en la mirada de nadie. Contuvo la respiración mientras esperaba a que le hablara.

–Yo causé la muerte de mi madre, Rosa –le dijo Kulal.

Durante unos segundos, se quedó callada. Le tentó la idea de quitarle importancia a lo que había dicho y pedirle que no fuera tan dramático, pero el sufrimiento que vio en su rostro le advirtió que no era el momento de hablarle así.

–¿Cómo?

Kulal frunció el ceño. Había esperado que Rosa lo animara diciéndole que era imposible, que él no podía ser el causante de la muerte de su madre. Era lo que le decía todo el mundo.

–¿Quieres oír cómo? –le preguntó con frialdad–. Muy bien. Entonces, te lo diré.

Rosa se recostó contra los almohadones y asintió con la cabeza.

–Adelante –le dijo.

Su presencia le daba tanta tranquilidad que Kulal hizo algo que no había hecho nunca. Ignoró completamente el hecho de que Rosa seguía desnuda y que sus pechos le pedían a gritos que apoyara la cabeza en ellos.

En vez de eso, abrió la boca y dejó escapar las palabras que lo habían estado quemando por dentro durante tanto tiempo.

–Tenía seis años –comenzó Kulal– . Y, al parecer, era un niño muy travieso.

Rosa asintió con la cabeza.

–Como lo son la mayoría de los niños de seis años.

–¡No quiero que intentes que me sienta bien, Rosa!

–Solo estaba comentando algo que es una realidad.

–¡Pues no lo hagas!

Rosa se encogió de hombros. Supuso que la furia en su voz habría echado para atrás a mucha gente, pero ella se había criado entre hombres furiosos e intransigentes y sabía cómo tratar con ellos. Se quedó muy quieta y lo miró.

Kulal eligió sus palabras con cuidado, se sentía como si estuviera metiendo la mano en una cesta de fruta aun a sabiendas de que había un montón de avispas dentro.

–Estaba siendo un verano muy cálido, con la peor sequía de la historia de nuestro país. Las tormentas de arena habían estado azotando el desierto durante semanas y todos estábamos confinados en el palacio, esperando que cambiara el tiempo. Nos volvíamos locos sin poder salir de allí, eso lo recuerdo muy bien. Siempre sudando a pesar de los ventiladores que estaban encendidos a todas horas del día. Mi hermano mayor estaba en Europa y lo echaba mucho de menos –le contó Kulal–. Mi madre me prometió que iríamos de picnic en cuanto el tiempo mejorara. Una mañana, las tormentas de arena desaparecieron tan rápidamente como habían llegado. Había una extraña calma en el aire y, aunque mi madre tenía dolor de cabeza, yo estaba ansioso por salir de allí.

Se quedó en silencio unos segundos. Le parecía increíble cómo funcionaba la memoria. Aunque eran recuerdos que había bloqueado durante más de treinta años, volvieron a aparecer de pronto en su mente con total claridad, como si hubiera ocurrido el día anterior. Se preguntó si serían recuerdos de algo que había vivido él mismo o si los habría construido después con las cosas que le habían contado. Supuso que quizás fuera una mezcla de los dos, algo que su cabeza había reconstruido después del accidente.

–Nos llevaron en todoterreno hasta Saxrasahl, una famosa llanura reseca que en el pasado fue un oasis. Está rodeada de complejas formaciones rocosas.

Rosa asintió con la cabeza. Había estado a punto de decirle que parecía un lugar bonito, pero el tono de su voz le decía que se trataba de un paraje que Kulal nunca podría asociar con la belleza.

–Disfrutamos del picnic que nos habían preparado, pero yo estaba ansioso por jugar y no tenía con quién hacerlo. El dolor de cabeza de mi madre había empeorado y el chófer y los guardaespaldas tenían demasiado calor para jugar conmigo. Mi madre me dijo que me quedara donde ella pudiera verme, pero recuerdo que estaba absorto en mi juego. Subí a una gran roca, pero el terreno estaba tan seco que comenzó a desmoronarse. Entonces, grité –le dijo Kulal cerrando un instante los ojos mientras su corazón comenzaba a latir con fuerza–. Y oí la voz de mi madre llamándome por mi nombre. Poco después, vi cómo aparecía cerca de mí su cara, se había subido a la roca para ayudarme.

Kulal bajó la mirada hacia sus manos como si fuera a encontrar un poco de consuelo en esos apretados puños. Se quedaron en silencio hasta que Rosa extendió la mano hacia él y acarició su hombro.

–¿Y qué pasó entonces?

Kulal levantó la cabeza y ella se quedó sin aliento al ver la angustia que había en sus ojos.

–Se le resbaló un pie. Uno de los guardaespaldas estaba solo a un metro de ella, pero fue demasiado tarde. Se cayó…

Rosa tenía que hacerle una pregunta muy dolorosa. La única que podía hacerle en esas circunstancias.

–¿Murió entonces?

Él negó con la cabeza.

–No de inmediato. La trasladaron en helicóptero al hospital, pero nunca salió del coma. Murió dos días después mientras mi padre sostenía su mano.

Kulal se quedó entonces con un padre que nunca había llegado a perdonarlo y con un hermano que había regresado de Europa para acusarlo por haber puesto a su querida madre en peligro.

Recordaba perfectamente cómo, más adelante, los dos hombres habían tratado de corregir las palabras que le habían dicho durante los momentos de mayor dolor. Pero, para Kulal, llegaban demasiado tarde. De nada le servía que otros no lo culparan cuando ya se había culpado él mismo por lo que había pasado.

Rosa se quedó mirándolo fijamente. No sabía qué podía decirle a un hombre tan torturado y que acababa de desnudar ante ella su alma. No encontraba palabras para consolarlo.

Pensó en todo lo que había perdido el pequeño Kulal, todos los mimos y la calidez de una madre, de esa persona que lo amaba más que a nadie en el mundo y que siempre debería haber estado a su lado. Comprendía perfectamente su pérdida porque ella nunca había tenido una madre que la quisiera de verdad. Se acercó más a Kulal y rodeó su cuello con los brazos.

–Lo siento –le susurró–. Lo siento mucho.

Kulal trató de no estremecerse, pero el calor de su cuerpo era irresistible. Le acababa de decir más de lo que había contado nunca a nadie. Se había quitado su máscara de hombre machista y mujeriego y había dejado que Rosa vislumbrara su rostro verdadero, que seguía devastado por el dolor. Se sintió muy vulnerable, dominado por sentimientos que había jurado enterrar para siempre.

–No importa –le dijo él tratando de quitarle trascendencia.

–Claro que importa –repuso ella.

Había algo que le había llamado la atención de su historia, algo que Kulal había omitido.

–Cuando tu madre murió, ¿nunca pensaste que tal vez sus dolores de cabeza podrían haber sido los causantes de que perdiera el equilibrio? ¿Le hicieron una autopsia?

–¡No! –exclamó enfadado.

La pregunta de Rosa no hacía sino añadir más dolor a sus amargos recuerdos. Se apartó de ella y trató de recobrar la compostura. No le gustaba que lo mirara con preocupación ni compasión. Si pensaba que iba a volver a desnudar su corazón de esa manera, estaba muy equivocada y decidió que tenía que dejárselo muy claro desde el principio.

–Eso es todo, Rosa –le dijo secamente–. Hemos tenido esta conversación porque tal vez era necesario, pero no vamos a volver a tenerla nunca. Acabamos de descubrir que los dos acarreamos dolorosos recuerdos, pero no quiero volver a hablar del tema. ¿Lo entiendes?

Rosa se dio cuenta de que hablaba muy en serio.

–Si eso es lo que quieres...

–Sí, eso es exactamente lo que quiero, pero puede que no sea lo que tú querías, ¿verdad? No es esto lo que esperabas encontrar cuando decidiste aceptar mi plan.

–Creo que ninguno de los dos sabía realmente lo que estábamos aceptando cuando decidimos que un matrimonio temporal era la mejor solución –le dijo Rosa.

–Por eso te estoy dando ahora la oportunidad de echarte atrás e irte.

–¿Irme? –repitió Rosa sin entender–. ¿De qué estás hablando?

–De que, si quieres, puedes irte. Ahora mismo. Adelante –le dijo él–. ¿Por

qué no? Tendría mucho sentido. Por supuesto, recibirías la misma compensación que te prometí, pero mucho antes de lo que pensaste. Después de todo, creo que yo ya he sacado más provecho de este acuerdo de matrimonio que tú.

Le dolía decirle lo que iba a decirle, pero Kulal quería que Rosa lo odiara. Porque, si lo odiaba, se iría de su lado. Prefería estar solo a tener que mirarla a los ojos sabiendo que conocía sus secretos más dolorosos y que había visto su dolor.

–Ni siquiera te lo pienses dos veces, Rosa. Piensa en todo el dinero que estoy dispuesto a darte por haberme entregado tu virginidad. Puedes irte ahora mismo y ser libre e independiente. Justo lo que querías.

Pero Rosa no se movió porque sabía exactamente lo que Kulal estaba haciendo. Lamentaba haber confiado en ella lo suficiente como para desnudar su alma y, avergonzado, estaba tratando de alejarla de su lado. Le estaba ofreciendo dinero y tratándola como si fuera una mujerzuela. Trataba de provocarla para que se fuera de allí.

Unas horas antes, le habría tentado su ofrecimiento, pero eso había sido antes de que Kulal la llevara a su cama. Antes de que él le mostrara lo que era capaz de sentir.

Era como si hubiera despertado de un largo sueño y comenzara a vivir de verdad. Y todo se lo debía a él. Se sentía como si hubiera estado viviendo en la oscuridad hasta que llegó Kulal para dar sentido a su vida. Y no quería perder ese sentimiento.

–Irme de aquí es lo último que querría hacer –le dijo ella.

Notó que Kulal dejaba escapar un suspiro. Supo que no lo había imaginado.

–Entonces, ¿qué es lo que quieres?

Rosa tomó el borde de la sábana de lino y se fijó en la tela. Era más fácil que tener que mirar esos penetrantes ojos negros. Tenía que reconocer que no estaba lista para vivir sola, le asustaba el mundo exterior después de haber vivido siempre en Sicilia. Había accedido a ese matrimonio porque creía que Kulal podía ofrecerle algo que nadie más podría darle. Y no era solo el dinero con el que iba a poder comprar su independencia, sino una educación sexual que no había hecho más que empezar. No quería hacer nada que echara a perder lo mejor que le había sucedido nunca,

Levantó la cara y apartó la melena hacia atrás. El movimiento hizo que se balancearan sus pechos y vio que a Kulal se le iban los ojos hacia ellos. Lo mismo le pasó a ella al notar la creciente erección entre sus poderosos muslos. En ese momento, se sintió tímida y poderosa al mismo tiempo.

–Quiero que me enseñes todo lo que sabes.

Kulal la miró fijamente sabiendo que debía distanciarse de ella. Pero no

podía hacerlo, era demasiado hermosa. No sabía cómo iba a obligarla a irse de su lado cuando seguía deseándola tanto. El corazón le latía con fuerza. Se inclinó hacia ella y la besó en el cuello.

–¿Tienes en mente algún tema concreto? –le preguntó con la voz entrecortada–. ¿Quieres que te hable de la historia de Zahrastan? ¿O de las nuevas propuestas energéticas para mi país que voy a presentar la semana que viene?

Ella echó la cabeza hacia atrás para mirarlo.

–Quiero que me enseñes todo lo que sabes sobre el placer –susurró Rosa–. Voy a ser tu esposa durante algún tiempo y un día, saldré de tu vida. Pero mientras tanto...

–¿Qué? –le preguntó él.

Rosa apenas podía contener su deseo, empezaba a impacientarse.

–Por favor… –susurró ella.

Kulal se quedó mirándola y vio que se ruborizaba. Tuvo entonces la necesidad de mostrarle quién llevaba las riendas.

Para empezar, quería enseñarle que debía aprender a articular sus propios deseos, en vez de esperar a que su amante los adivinara. Creía que solo así podría llegar a ser algún día una mujer verdaderamente independiente.

–¿Por favor qué? –insistió él.

Rosa lo miró directamente a los ojos y tragó saliva.

–Por favor, ¿puedes hacerlo otra vez?

Capítulo 9

Kulal acarició con la punta de los dedos la sedosa melena de su esposa y sintió cómo se tensaba su cuerpo.

–Sé que estás despierta, Rosa –le dijo en voz baja–. Así que ¿por qué no abres los ojos y me besas?

Rosa se movió cuando la voz del jeque se mezcló con sus sueños. Abrió lentamente los ojos.

Kulal estaba tumbado a su lado y apoyado en un codo. Seguía desnudo y la contemplaba como si el suyo fuera el cuerpo más hermoso que había visto en toda su vida. Eso era al menos lo que Kulal le había dicho esa misma madrugada, cuando ya había amanecido, mientras la abrazaba apasionadamente.

Se despertaba cada día para encontrarse casi siempre con la apreciativa mirada de Kulal, pero aún no se había acostumbrado a ella. Se apartó el pelo de la cara y bostezó.

–A lo mejor estaba dormida de verdad –protestó.

Kulal echó un vistazo a su reloj de pulsera.

–Es casi mediodía.

–Y es sábado. ¿Qué quieres decir con eso? ¿Acaso es imposible que alguien siga dormido aunque sea ya casi la hora de comer?

–Sabía que no estabas dormida porque llevas un buen rato retorciendo ese delicioso trasero contra mí –le dijo Kulal con una sonrisa mientras rodeaba su cintura con el brazo y le daba la vuelta para que pudiera sentir su erección contra el vientre–. Solo me quedaban dos opciones. Levantarme y darme una ducha de agua fría o ver si podía convencerte para hacer algo más interesante que dormir.

Rosa se inclinó hacia delante y besó sus labios. Le bastó con rozar su boca para sentir que despertaba el deseo en su interior.

–Nunca te cuesta convencerme… –le dijo ella casi con timidez mientras Kulal agarraba con fuerza su trasero para acercarla aún más.

Le parecía increíble que pudiera sentir timidez cuando, en las pocas semanas que llevaban casados, Kulal la había visto más a menudo desnuda que vestida y en todas las posturas posibles.

Le había enseñado tanto...

Le había mostrado que el sexo era algo que debía ser disfrutado y saboreado, no era algo furtivo ni vergonzoso. Había hecho que olvidara muchas de sus obsesiones y ella trataba de no convertirse en alguien demasiado dependiente

de un hombre con el que nunca podría tener nada más que ese acuerdo temporal.

–De hecho, puedes conseguir que haga cualquier cosa –terminó Rosa en voz baja.

–Lo sé –le dijo él–. Y yo estaría feliz con casi cualquier cosa que quisieras hacerme ahora mismo.

–Kulal… –gimió ella.

–Rosa –murmuró él justo antes de bajar la cabeza para besarla.

Los labios de Rosa eran deliciosos y frescos como el sabor de la infusión de menta que le había servido esa mañana en la cama. Ella lo abrazó con fuerza y el deseo que sentía se hizo más intenso. El corazón le latía a un ritmo desenfrenado mientras deslizaba el muslo entre las piernas de Rosa y se encontraba con su deliciosa calidez. Era increíble tenerla entre sus brazos y hacer el amor con ella era una experiencia que mejoraba cada vez y siempre lo dejaba sin aliento. Esa luna de miel no había dejado de sorprenderlo desde el principio.

Los primeros días, apenas habían salido del piso. Solo habían ido un par de veces al teatro o a cenar a algún restaurante. Los días solían pasarlos descansando después de las largas noches de exploración sexual. Por primera vez en su vida, había despejado por completo su agenda y apagado su teléfono móvil. Algo muy raro en él, que nunca se tomaba unas vacaciones.

Al principio trató de convencerse de que sería un buen experimento para ver si la fundación benéfica que dirigía podría funcionar bien sin él, pero en el fondo sabía que esa no era la verdadera razón. Lo cierto era que no quería separarse de su lado.

No se cansaba de Rosa ni podía dejar de tocarla. En las pocas ocasiones en las que se habían aventurado a salir del piso, se había sentido como un turista en su ciudad de adopción. Ella lo había convencido para hacer cosas que nunca habría querido hacer por su cuenta, como subir andando hasta la parte más alta de la torre Eiffel, con sus guardaespaldas detrás de ellos.

Cuando él le había dicho que no quería estar allí con los turistas, Rosa había detenido sus quejas con un largo beso.

–No me puedo creer que no quisieras subir para ver todo París desde lo alto de la torre –le dijo después Rosa riendo contra sus labios.

Unos días más tarde, habían incluso alquilado un barco para dar un romántico paseo por el Sena. Rosa había mirado el nombre de todos los puentes en su guía y se los había ido diciendo cuando pasaban por ellos.

Se habían sentado a tomar un capuchino en el famoso Café de Flore y solían reservar entradas en el teatro con nombres inventados para poder ir de incógnito y que nadie los reconociera. De hecho, se las habían arreglado para evitar que les

hicieran fotos durante esas semanas de luna de miel y, para Kulal, había sido todo un triunfo, sobre todo cuando se dio cuenta de que Rosa no tenía ningún interés en que le hicieran fotografías con él.

Incluso había salido con ella de compras, algo que no había hecho con ninguna mujer.

Con Rosa todo era diferente. No parecía preocuparle el precio de las cosas y disfrutaba mucho ayudando a su nueva esposa a elegir ropa digna de una princesa. Del mismo modo que le gustaba comprar, y quitarle después, los delicados conjuntos de ropa interior que apenas podían contener sus deliciosas curvas.

Seguía sin entender muy bien qué le pasaba ni por qué le gustaba estar simplemente tumbado a su lado mirándola, observando cómo respiraba mientras dormía. La miraba como si fuera el espectáculo más fascinante en el mundo. No podía evitarlo.

Por lo general, solía levantarse pronto cuando tenía compañía femenina y buscaba su propio espacio, le gustaba estar solo. Pero con Rosa era distinto y seguía tratando de averiguar por qué.

Quizás fuera por la manera en la que ella se había entregado a él o porque sabía a ciencia cierta que ella era suya y solo suya, que nunca había estado con ningún otro hombre.

Con Rosa se estaba comportando como un hombre muy primitivo y no podía evitar ser posesivo. Era algo que lo dominaba cada vez que la tenía entre sus brazos.

Creía que quizás tuviera algo que ver con el hecho de que estuvieran casados, aunque los dos supieran que no era un matrimonio real. Aunque hubiera pronunciado de manera descuidada los votos matrimoniales durante la ceremonia, sentía que quizás su subconsciente le estuviera sugestionando para que viera a Rosa de una manera diferente.

Fue bajando por su delicioso cuerpo, besándole cada centímetro de su piel hasta abrirse camino entre sus muslos. Sonrió al notar que ella se quedaba sin aliento, esperando el delicioso momento.

Kulal comenzó a besarla íntimamente. Le encantaba su sabor y agarrar con fuerza sus suaves caderas mientras ella gemía fuera de sí y se retorcía ante la fuerza de un clímax que se acercaba. Estuvo algunos minutos más allí, lamiendo y besando su centro de placer hasta que Rosa se quedó por fin inmóvil. Después, fue subiendo por su cuerpo hasta deslizarse en su interior.

Cerró los ojos mientras se perdía en su maravillosa calidez. Se dejó llevar por el ritmo que imponían sus cuerpos hasta que llegaron juntos a la cima del

placer, dejándolo una vez más sin aliento.

Debió de quedarse dormido después de hacer el amor porque, cuando abrió de nuevo los ojos, lo recibió el aroma del café recién hecho y la visión de Rosa. Estaba sentada junto a la ventana y llevaba puesta una bata de gasa rosa. Con el maravilloso paisaje de París tras ella, le dio la impresión de estar contemplando un cuadro.

–Te he hecho café –le dijo ella.

–Puedo olerlo –repuso Kulal sentándose mientras ella le acercaba una taza–. Haces el mejor café del mundo.

–Es verdad –contestó Rosa sin falsa modestia–. Soy siciliana y todo lo hacemos bien.

Pero ella era la primera que no se creía sus propias palabras. Siempre había presumido de sus raíces sicilianas y de su isla, con el orgullo que le habían inculcado desde que tuviera uso de razón. Haber nacido y crecido en la hermosa isla mediterránea siempre le había dado un sentimiento de pertenencia. También se había sentido parte de su familia, pero ya no era así. La traición de su madre parecía haberle afectado mucho más de lo que había previsto en un principio. No solo había cambiado la relación que tenía con el resto de su familia, sino que se había levantado un muro de silencio desde que Rosa huyera de su tierra natal.

–¿Sabes algo de tu familia? –le preguntó Kulal en voz baja como si le hubiera leído el pensamiento.

No quería que viera lo angustiada que estaba porque estaba intentando no sentirse así, pero le dolía que ninguno de sus hermanos hubiera tratado de llamarla, a pesar de que les había enviado por correo electrónico su nuevo número de teléfono. En el mismo mensaje, les había contado que estaba casada y que vivía en París.

–Solo de Lia –le dijo lentamente–. Es mi nueva hermanastra, la que nunca supe que tenía. La insulté después de que mi madre me dijera la verdad. Después, le escribí una carta pidiéndole disculpas por la forma en la que arremetí contra ella y la verdad es que ha sido muy amable. Me dijo que lo entendía perfectamente y que ella siempre había querido tener una hermana. Aunque nunca habría imaginado que iba a descubrir que en realidad ya tenía una de forma tan repentina y dramática. Pero supongo que ahora nunca llegaremos a conocernos.

Kulal frunció el ceño al oírlo.

–No hay nada que te impida volver a Sicilia si quieres hablar con ellos cara a cara –le dijo–. Lo sabes, ¿no? Podría acompañarte, si crees que eso te ayudaría.

Rosa negó con la cabeza. No se veía capaz de enfrentarse a las preguntas de toda su familia, que querría saber todo tipo de detalles acerca de su nuevo marido.

No era tan buena actriz y no se veía capaz de soportar la vergüenza que iba a pasar cuando su familia descubriera por qué se habían casado.

–Ya te he dicho que no me imagino queriendo volver a Sicilia. Ya no es mi hogar y la persona que era ya no existe.

La nueva Rosa era una princesa, aunque solo se tratara de un papel temporal. No tenía derecho a ponerse una corona, pero sí podía compartir la cama con un hombre que era además un príncipe de verdad. Un jeque que parecía no cansarse de ella y, aunque le encantaba sentirse tan apreciada y deseada, sabía que las cosas empezaban a entrar en un terreno peligroso. Era una sensación que había tenido durante esos últimos días. Le sucedía cada vez que abría los ojos y lo veía acostado a su lado.

Pasara lo que pasara, sabía que siempre iba a conservar los deliciosos recuerdos de todos los momentos de placer que habían pasado juntos.

Nunca había sido tan feliz en toda su vida y sabía que sería una locura permitir que sus sentimientos por Kulal crecieran sin control. Pero no se veía capaz de dejar de sentir algo cuando su corazón estaba decidido a hacer lo contrario.

Tomó su taza y bebió un sorbo de café. No podía permitirse el lujo de apegarse demasiado a su marido porque iban a terminar divorciándose. Lo tenía muy claro, era uno de los puntos del acuerdo prenupcial por el que Kulal le ofrecía una generosa cantidad de dinero a cambio de esa ruptura.

Era algo que tenía que recordar en todo momento y mantener además cierta distancia emocional.

Trató de convencerse de que aceptaba la idea cuando Kulal le anunció que daba por terminada la luna de miel y que pensaba regresar a su trabajo en la fundación al lunes siguiente. Pero la realidad era que quería aferrarse a él y suplicarle que no se fuera. Y ese sentimiento le había asustado mucho. Además, no sabía qué iba a hacer con su tiempo libre mientras él estuviera trabajando.

–No estoy segura de lo que voy a hacer todo el día en París mientras tú estás en tu despacho –le dijo.

Él le dedicó una sonrisa.

–Haz lo mismo que hacías en Sicilia. Allí eras una dama ociosa, ¿no?

Rosa mantuvo también una sonrisa en su cara, a pesar de que no le gustaba nada cómo había descrito su vida anterior. Era cierto que no había tenido una carrera profesional, pero sí contaba con una licenciatura bastante respetable que había conseguido en la universidad de Palermo. Sin embargo, allí le había sido difícil encontrar un trabajo que aprobara su familia. Había trabajado unas cuantas veces como traductora intérprete, pero las oportunidades eran escasas. Así que había terminado trabajando como administrativa a tiempo parcial en la

universidad donde había estudiado, pero eso había sido un poco como retroceder en el tiempo. Como si no hubiera progresado apenas nada desde sus años de estudiante allí.

–No era una dama ociosa –se defendió ella–. Tenía un trabajo a tiempo parcial.

–Bueno, ahora ya no lo necesitas –le dijo Kulal con algo de impaciencia–. Disfruta de la vida y deja que yo me haga cargo de las facturas.

Rosa trató de no sentirse ofendida por sus despectivas palabras, pero no era fácil.

Rosa empezó a aprovechar su tiempo libre para explorar a conciencia París y los muchos atractivos que tenía que ofrecer. Iba caminando a todas partes y siempre la seguía un guardaespaldas. Era agradable sentir que comenzaba a conocer bien una ciudad en la que llevaba poco tiempo.

Por las mañanas solía acercarse a alguna galería de arte u otro tipo de exposición. Por las tardes, se iba al cine para ver películas francesas y practicar así ese idioma.

Pero seguía con la sensación de que se estaba limitando a llenar las horas para ir pasando el tiempo. Se estaba convirtiendo en una de esas personas con poco que hacer y eso hacía que estuviera siempre pendiente del regreso de Kulal. Lo esperaba con más entusiasmo del que habría sido sensato.

No quería depender de él ni ser su perrito faldero. Estaba segura de que Kulal querría reencontrarse después del trabajo con una mujer que hubiera tenido un día muy interesante, porque creía que de esa manera ella también le resultaría más interesante.

Una tarde, regresó tarde de la oficina y se dirigió directamente a la ducha. Cuando entró en el dormitorio, Rosa estaba sentada frente al tocador en ropa interior mientras se secaba el pelo.

–No se te habrá olvidado que tenemos una cena esta noche, ¿no? –le preguntó Kulal intentando que no le distrajera el escote de su esposa.

–No, por supuesto que no. Hemos quedado con alguien de una cadena de televisión, ¿verdad?

–Así es. Se trata del productor ejecutivo de una de las más exitosas compañías independientes de Francia. Quiere hacer un documental sobre Zahrastan. Creo que también estará presente otro directivo.

Ella lo miró a los ojos en el reflejo del espejo.

–Es una buena idea, así podría estar más presente tu país en la mente del

público –le dijo ella mientras se pintaba los labios–. Yo nunca había oído hablar de Zahrastan hasta que te conocí.

–Eso es –repuso Kulal–. Necesitamos que el mundo vea que no somos una de esas dictaduras opresivas y cerradas. Lo más difícil ha sido convencer a mi hermano para que permita que un equipo extranjero entre en el país para rodar el documental.

–¿Y ha estado de acuerdo?

Kulal se echó a reír.

–Por extraño que parezca, se mostró muy razonable. Normalmente está muy preocupado por la imagen que puedan tener los extranjeros del país. Pero creo que ha decidido que Zahrastan tiene que ser vista como una nación moderna.

–¿Sueles...?

Rosa se quedó dudando si debía hacerle la pregunta que tenía en mente o no. Desde su primera noche juntos, cuando Kulal le había contado que se sentía culpable por la muerte de su madre, apenas había vuelto a mencionar a su hermano. De hecho, tampoco se había repetido la franqueza con la que le había hablado esa noche, a pesar de que ella lo había intentado en más de una ocasión para conseguir que se abriera. Pero él había bloqueado sus preguntas con la habilidad de un experto jugador de ajedrez.

Tenía la sensación de que él lamentaba haberle permitido ver una grieta en su armadura y no tenía intención de repetirlo. Era algo muy frustrante para ella. Le habría gustado que se desprendiera por completo de esa armadura para llegar a conocer de verdad al hombre que se escondía debajo de ella. Creía que ese tipo de intimidad podía llegar a ser tan profunda como la que experimentaban cada vez que hacían el amor, o quizás fuera incluso más intensa.

Contuvo el aliento mientras veía que se ponía una camisa limpia.

–¿Sueles hablar a menudo con tu hermano? –le preguntó finalmente.

Kulal levantó las cejas ligeramente al oír su pregunta, como si hubiera ido demasiado lejos.

–Bueno, hemos hablado sobre el documental, por supuesto. ¿No te lo acabo de decir?

Rosa no iba a darse por vencida. Hacía mucho tiempo que no tenía una oportunidad como esa para sacar el tema y no pensaba desperdiciarla.

–No me refería a eso, sino a lo que le pasó a vuestra madre.

Notó que su cuerpo se tensaba y contuvo el aliento.

–¿Cómo?

–Solo pensé que…

–¡Pues no lo hagas! –le espetó Kulal–. No hay nada más que decir sobre el

tema, Rosa. Pensé que ya te lo había dejado claro.

Sus palabras eran frías como el hielo, pero tenía que seguir intentándolo. Sabía que era mejor hablar de las cosas que podían producir dolor para que las heridas no se enquistaran.

–Es que tengo la sensación de que hay tantas cosas entre vosotros dos que aún no habéis resuelto. Tal vez…

–¡Tal vez nada! –exclamó enfadado–. Te dije esas cosas porque...

Kulal se quedó callado un momento antes de seguir. Ni siquiera él sabía muy bien qué lo había poseído en ese momento para que le dijera todas esas cosas y abriera su corazón de esa manera tan inaudita en él.

–Porque tú me hablaste de los problemas que tenías en tu enrevesada familia y decidí que lo más justo era que yo también te contara algo de mi pasado. No te lo dije para que luego tú intentaras arreglar mis supuestos problemas. Estoy bien –le dijo con firmeza mientras la miraba fijamente–. Ya tienes bastantes cosas de las que preocuparte, Rosa. Y, si sientes la necesidad de arreglar la vida de alguien, te sugiero que empieces por ti misma.

Su ataque había sido tan inesperado que Rosa se quedó boquiabierta. Kulal la miraba de una manera… Con una expresión de crueldad casi irreconocible. Casi…

La verdad era que la había visto antes. La había mirado de esa misma manera cuando se había despertado en su villa de la Costa Azul. Cuando abrió los ojos y descubrió que estaba mirándola con desprecio.

Pensó en algo que decirle. Tenía que hacer algo para no echarse a llorar y preguntarle por qué había sentido la necesidad de echarlo todo a perder con sus crueles palabras. Pero no lo hizo. Lo miró con calma y toda la tranquilidad que pudo.

–¿Qué clase de documental quieren hacer? –le preguntó entonces.

Kulal asintió con la cabeza, como si le agradara que hubiera decidido cambiar de tema.

–Uno innovador y que no muestre ningún camello –le dijo él.

Rosa sonrió levemente antes de entrar en su vestidor para elegir lo que se iba a poner esa noche. Abrió uno de los armarios con manos temblorosas, pero se dio cuenta de que no podía echarle toda la culpa a Kulal.

Después de todo, lo que le había dicho tenía cierto sentido. Ella aún no había solucionado sus propios problemas. Seguía sintiéndose disgustada y herida por lo que había descubierto sobre su verdadero padre. Había salido corriendo de Sicilia para alejarse de su familia y nadie parecía echarla de menos. Era muy doloroso.

Le había sorprendido que no hubieran ido en su busca para tratar de reconciliarse con ella y consolarla. Pensó que quizás estuvieran enfadados con ella al ver que se había ido de Sicilia sin avisar a nadie.

Echó un vistazo a todas sus opciones y escogió un vestido largo que Kulal había elegido para ella. Era de color rojo y corte sencillo. Lo que lo hacía maravilloso era la belleza del tejido, que dibujaba y resaltaba cada una de sus curvas.

Se puso unos zapatos de tacón alto y se dejó el pelo suelto. Se miró en el espejo y, en el último momento, decidió impulsivamente ponerse una flor de seda roja detrás de la oreja.

Fue muy gratificante ver la reacción de Kulal cuando salió del vestidor. Pero tuvo que volver a pintarse los labios cuando él terminó de besarla.

Había sido un beso tan dulce y maravilloso, que decidió olvidar las amargas palabras que le había dedicado minutos antes. Creía que de nada le iba a servir echar a perder la noche que tenían por delante, sobre todo cuando él tenía un aspecto tan apuesto. Acababa de afeitarse y eso hacía que resaltaran aún más sus marcados rasgos. Y su pelo de ébano brillaba al sol de media tarde cuando salieron a la calle para meterse en el coche oficial que los esperaba.

Se preguntó si sería normal sentirse de esa manera. Lo cierto era que siempre tenía ganas de tocarlo, de acariciar cada centímetro de su cuerpo. Pero no se dejó llevar por el deseo y se sentó tranquilamente a su lado en el asiento del coche, haciéndole preguntas sobre el documental que le habían propuesto. Así, cuando por fin llegaron al lujoso barrio de Marais, estaba lista para la cena.

Entró en el restaurante de su brazo, como si hubiera nacido para ir a locales como ese con hombres que llamaban tanto la atención de la gente como el jeque Kulal.

El productor de televisión con el que habían quedado para cenar, Arnaud Bertrand, los recibió afectuosamente. Supuso que, si ella no hubiera estado con Kulal, podría haber llegado a encontrarlo atractivo. Tenía un rostro con mucha personalidad, mandíbula marcada y una boca sensual. No le extrañó saber que había empezado su carrera profesional como modelo de ropa interior. Arnaud le contó durante la cena que, después de algún tiempo trabajando en el mundo de la moda, se había dado cuenta de que era mucho mejor depender de su cerebro que de su belleza.

Rosa habló bastante con él esa noche mientras Kulal estaba ocupado hablando con el encargado de localizaciones del documental. Los dos hombres hablaron sobre los aspectos prácticos que tendrían que tener en cuenta a la hora de rodar en Zahrastan.

–Tú, en cambio –le comentó entonces Arnaud mientras se fijaba en la brillante flor que llevaba en el pelo–. Podrías depender de las dos cosas. Tanto de tu cerebro como de tu belleza.

–Pero yo no soy guapa –repuso rápidamente.

–¿Eso crees? –le preguntó el ejecutivo con los ojos entrecerrados–. Con ese pelo negro y brillante y tu piel perfecta, me recuerdas a la actriz Monica Bellucci. Además, eres la esposa de uno de los hombres más poderosos del mundo, un hombre que podría tener a cualquier mujer que quisiera. Ya solo eso dice mucho de ti y de tu belleza.

Rosa tuvo que contenerse para no sonreír con ironía. Creía que era una suerte que no supiera por qué Kulal y ella habían terminado casándose.

–Gracias por el cumplido –le dijo ella–. En cuanto al cerebro, tampoco puedo presumir de ser una académica –agregó cambiando rápidamente de tema.

–No, pero eres licenciada en Lingüística, ¿verdad? Hablas italiano, francés e inglés, ¿no?

Rosa se encogió de hombros.

–Sí, es verdad. Como mucha otra gente.

–Pero esa gente no tiene tu aspecto, Rosa. Tienes una frescura y una vitalidad increíbles –le dijo Arnaud mientras se llevaba la copa de vino a los labios sin dejar de mirarla.

De reojo, Rosa vio cómo fruncía el ceño Kulal.

–Dime una cosa, Rosa. ¿Te interesaría hacer una prueba de cámara?

Rosa lo miró perpleja.

–¿Qué quieres decir? ¿Una prueba para la televisión?

–Sí, para la televisión, por supuesto. Ese es el medio en el que trabajo.

–Pero yo no actúo –le contestó Rosa–. Además, ¿no dicen que la cámara añade cinco kilos? No soy la persona más adecuada para la pequeña pantalla, la llenaría por completo.

–A mí no me preocupan los estereotipos. Es más, me encanta romperlos –le aseguró Arnaud con amabilidad–. Se me da muy bien reconocer esa cualidad, ese cierto *je ne sais quoi* que tienen algunas personas que consiguen enamorar a la cámara. Y creo que tú lo tienes. No espero que actúes, solo hablo de hacerte una pequeña prueba. ¿Estarías interesada?

Pensó que sería de mala educación rechazar su oferta, así que aceptó su tarjeta de visita y se la guardó en el bolso.

–Llámame, ¿de acuerdo? –le pidió Arnaud antes de girarse para hablar con Kulal.

La cena era deliciosa y no dejaron de servirles vino mientras estuvieron en

el restaurante. Cuando se despidieron de los otros dos hombres y se metieron en el coche, Rosa estaba agotada y tenía el estómago lleno.

Hizo algunos comentarios durante el trayecto sobre lo bien que había ido la noche, pero Kulal no abrió la boca. Parecía estar en tensión y su gesto era casi hosco. Ella, en cambio, estaba feliz y bastante excitada.

Alargó la mano hacia él y le acarició el brazo, pero él no reaccionó. Sintiéndose ridícula y avergonzada, apartó rápidamente la mano. No dijo ni una palabra más hasta que llegaron al piso.

Desde los ventanales del salón se veían las luces de la torre Eiffel y del resto de la ciudad, era como si estuvieran contemplando un espectáculo de fuegos artificiales. Rosa se quedó ensimismada mirando el paisaje.

–Parece que has congeniado muy bien con Arnaud –le dijo Kulal lentamente.

–De eso se trataba, ¿no? –respondió ella mientras se acercaba a encender una de las lámparas–. Después de todo, estaba allí como tu esposa, para apoyarte en tus proyectos y me pareció que la mejor manera de conseguirlo era siendo amable con esos hombres.

Sus ojos negros se clavaron en ella.

–Se puede ser amable sin tentar a nadie con tu escote como lo has hecho con el productor ejecutivo, ¿no te parece?

Rosa se puso tensa al oír el desagradable tono en el que le hablaba. Había crecido en una familia rodeada de hombres como él, con un exceso de testosterona y la creencia de que las mujeres eran sus posesiones.

Se quedó helada.

Trató de hablar sin que su voz temblara por culpa de la indignación que sentía.

–¿Cómo puedes insinuar algo así? ¡Es absurdo!

–¿Eso crees? Entonces, ¿por qué te dio su tarjeta? ¿Crees que no me he dado cuenta?

Recordó que tenía la tarjeta en el fondo de su bolso. Creía que, de no haberse mostrado Kulal tan insolente, ella ni siquiera se habría planteado llamar al productor y se habría olvidado de ello, pero la actitud del jeque la estaba sacando de quicio.

Más que enfadada, sentía que le entraban ganas de rebelarse. Había huido de Sicilia precisamente para evitar a gente que la trataba con esa actitud tan dominante. Estaba harta de sentirse como si fuera una marioneta que los demás pudieran mover a voluntad.

–Me dio su tarjeta porque quería saber si estaba interesada en hacer una

prueba.

–¿Tú?

–Sí. Así es, Kulal. ¿Por qué te extraña tanto? –le preguntó ella.

–Pero le dirías que no, ¿verdad?

Oyó la firmeza con la que le hablaba y tomó aire antes de contestar. Eran muchas las emociones que comenzaban a arremolinarse en su interior.

Sabía perfectamente lo que Kulal quería y sabía que podía agradarle diciéndole lo que quería oír, pero no estaba dispuesta a ceder de esa manera y dejar que la gente hiciera con ella lo que quisiera. No quería que nadie tuviera tanto poder sobre ella como para intimidarla de esa manera.

Ni siquiera se había planteado responder a la oferta de Arnaud para que realizara una prueba en sus estudios. Pero, después de ver la reacción que estaba teniendo Kulal, comenzaba a tentarle la idea de hacerlo, aunque solo fuera para llevarle la contraria.

Se quedó mirando a su marido, no le gustaba nada el Kulal que estaba viendo esa noche. Ese hombre no tenía derecho a dictarle lo que debía hacer o no. Era casi como si se hubiera olvidado de que ese matrimonio no era real y tuviera motivos para mostrarse como un esposo celoso.

–No le he dicho nada –contestó ella–. Al menos de momento.

Se quedaron en silencio unos segundos y Kulal la miró fijamente.

–Pero vas a decirle que no estás interesada –le dijo Kulal.

Rosa sintió que se le secaba la boca. La tensión que había entre ellos dos era casi insoportable.

No le había hecho una pregunta, sino que lo había dicho como una afirmación. O, mejor dicho, como una orden.

El mismo sentimiento de rebelión estalló de nuevo dentro de ella.

–Voy a llamarlo para ver qué quiere ofrecerme –le dijo ella con testarudez.

Kulal apenas podía contener su enfado, pero también sentía algo más. Un destello de algo que ardía en su interior además de esa ira y que iba creciendo como una mala hierba en su corazón. Era algo doloroso e intolerable. Algo nuevo y, sin embargo, muy reconocible.

Metió las manos en los bolsillos de su pantalón para que ella no viera la tensión que había en sus puños. Porque creía que entonces Rosa se daría cuenta de que estaba sufriendo y no quería que lo viera así.

Se encogió de hombros sin dejar de mirarla a los ojos.

–¡Como quieras! –le dijo con frialdad–. Me voy a la cama.

Rosa se quedó mirándolo mientras se alejaba. Lo había dicho con tanto desprecio como si no quisiera compartir la cama con ella esa noche.

Suspiró y se pasó la lengua por los labios.

Tenía que decidir si iba a permitir que Kulal la intimidara, si iba a acostarse en uno de los dormitorios de invitados como si ella hubiera hecho algo malo, cuando lo único que había hecho era considerar una oferta perfectamente razonable que alguien le había hecho.

No, decidió que no iba a dejar que la intimidara.

Fue al cuarto de baño y se quitó el vestido. Después, se cepilló el cabello y se lavó la cara para quitarse los restos de maquillaje. Cuando estaba terminando, oyó algo detrás de ella y miró el reflejo en el espejo.

No era algo, sino alguien.

Kulal estaba detrás de ella completamente desnudo y excitado.

Tenía una expresión en su cara que nunca había visto. No sabía si era ira o deseo. O quizás fuera una mezcla de las dos emociones.

Vio el calor que desprendían sus ojos negros y el instinto le dijo que quizás fuera mejor que se fuera a dormir a una de las habitaciones de invitados en vez de al lecho conyugal. Casi le daba miedo ver cómo estaba. No sabía cómo enfrentarse a un Kulal que la miraba con tanta rabia contenida.

Pero dejó de pensar en esas cosas cuando Kulal la rodeó con sus brazos. La besó en el hombro mientras murmuraba algo que no entendió. Pero no eran palabras tiernas.

Eran palabras que le indicaban lo que deseaba, no lo que necesitaba. Palabras muy gráficas y crudas sobre lo que le quería hacer. Su lista de deseos eróticos le pareció tan escandalosa que se le pasó por la cabeza pedirle que la dejara irse a dormir y que esperara hasta el día siguiente, pero Rosa no hizo tal cosa.

Las manos de Kulal eran demasiado hábiles para que ella pudiera escapar. Sus dedos no tardaron en conseguir que temblara de deseo y también lo consiguió con sus labios. Cuando Kulal la penetró desde atrás, ella ya estaba tan excitada como él. Lo suficientemente excitada como para mirar su reflejo en el espejo cuando se lo ordenó y ver su propia imagen mientras tenía un orgasmo.

Cuando terminaron, Kulal la besó en la boca, pero no tardó en apartarse de ella.

Habría deseado que él la acariciara y consolara, que le pidiera perdón por todo lo que le había dicho.

Pero no lo hizo. Se limitó a decirle que tenía que trabajar antes de irse a la cama y salió de allí.

Capítulo 10

Rosa notó nada más despertarse a la mañana siguiente que había un vacío a su lado en la cama.

Cuando abrió los ojos, vio que Kulal estaba al otro lado del dormitorio poniéndose la chaqueta del traje.

Se incorporó un poco para verlo mejor, pero él ni siquiera la miró.

Se sentó entonces en la cama y no pudo evitar sentir un escalofrío al recordar las palabras que Kulal le había dirigido la noche anterior y cómo habían hecho el amor de manera fría y mecánica en el baño.

Se estremeció de nuevo. En ese momento de pasión, la había excitado ver el reflejo de ellos dos en el espejo, pero horas después, lo recordaba como una experiencia muy vacía. Le disgustaba pensar en ello, en cómo la había mirado y tratado Kulal. Había sido casi como una película pornográfica y esa mañana se sentía desolada.

No pudo evitar sonrojarse al recordarlo. Se sentía avergonzada. No entendía cómo había podido permitirle a Kulal que la tratara de esa manera cuando solo unos minutos antes la había estado acusando de haber coqueteado con Arnaud mientras hacía alarde de su cuerpo. Unas acusaciones completamente falsas.

Lo que no sabía era cómo debía manejar la situación esa mañana. Creía que quizás no fuera buena idea sacar el tema y decirle que la había ofendido. Corría el riesgo de que terminaran discutiendo una y otra vez sobre lo mismo sin que se pusieran de acuerdo ni llegaran a ninguna conclusión.

La otra opción que tenía era portarse como una mujer adulta y olvidar lo que le había dicho, empezando el nuevo día de manera positiva.

Se sentó en la cama.

–Buenos días –le dijo ella con entusiasmo.

Kulal se volvió entonces hacia ella y Rosa se quedó sin aliento.

–No quería despertarte –le explicó él.

De repente, se sintió algo cohibida. Él estaba vestido con su impecable traje mientras ella seguía desnuda y vulnerable bajo la sábana.

Se preguntó si él también estaría recordando lo que había pasado la noche anterior en el cuarto de baño.

–No sabía que tenías que irte a trabajar hoy más temprano.

Él se encogió de hombros.

–Tengo muchas cosas que hacer.

Era muy difícil mantener la sonrisa. Sobre todo cuando él la hablaba con educación, pero con frialdad, como si apenas la conociera.

–Bueno, pero, como eres el jefe, seguro que podrías ir más tarde si quisieras, ¿no? –continuó ella tratando de parecer alegre.

–Eso no sería serio, Rosa. Además, tengo un montón de proyectos en marcha que necesitan mi atención –le dijo Kulal abotonándose la chaqueta.

Sabía que Rosa estaba tratando de parecer alegre, pero que en realidad seguía dolida. Se había dado cuenta de que la luna de miel había terminado la noche anterior, cuando unos sentimientos oscuros y tenebrosos lo habían llevado a un lugar al que no había querido ir.

Había sido el primer sorprendido al ver la fuerza cegadora de sus celos cuando la vio coqueteando con el productor francés durante la cena. Recordaba demasiado bien el dolor que había sentido en su corazón. Se había sentido al borde mismo de un abismo que le resultaba familiar. Le había costado mucho trabajo recuperar la compostura después de aquello.

Se preguntó si Rosa se comportaría de manera algo más razonable ese día. Esperaba que se hubiera despertado y se hubiera dado cuenta por sí misma de que Arnaud Bertrand simplemente la había estado utilizando para tratar de acercarse a él. Miró de reojo las curvas que podía adivinar bajo las sábanas blancas.

–Bueno, ¿qué piensas hacer hoy?

Rosa dudó durante un segundo, sabía muy bien qué era lo que Kulal quería que dijera. Podría decirle que estaba deseando visitar alguna galería de arte o exposición o contarle el argumento de una película que tenía la intención de ver esa misma tarde.

Pero el comportamiento que Kulal había tenido con ella la noche anterior había conseguido asustarla. Había visto lo cruel que podía llegar a ser y le había demostrado cómo reaccionaba cuando las cosas no salían como él quería. Eso le había servido como advertencia y había llegado a la conclusión de que tenía que protegerse.

Debía evitar implicarse emocionalmente y dejar de pensar, como lo había estado durante las últimas semanas, que Kulal empezaba a apreciarla de verdad. Se había dado cuenta de que no era así. Solo había química entre ellos y pasión en la cama, nada más. Ella no tenía un lugar especial en su corazón.

Rosa creía que era importante recordar también algo más, algo que no se había atrevido a admitir hasta ese momento. Si él empezaba a importarle de verdad, iba a romperle el corazón cuando todo se acabara y eso significaría que iba a ser una víctima de nuevo. La clase de mujer a la que le pasaban cosas, en vez de ser la dueña de su destino.

Kulal le demostraba una y otra vez cómo era en realidad. Esa mañana, no le había dedicado ni una palabra para disculparse por haberle faltado al respeto la noche anterior ni se había retractado después de insultarla.

Recordó cómo había dejado que su familia la controlara toda la vida y respiró profundamente antes de hablar.

–Creo que voy a llamar a Arnaud –le dijo ella.

–¿A Arnaud Bertrand?

–Sí, claro. Es el único Arnaud que conozco.

Pudo sentir cómo se tensaba el cuerpo de Kulal, pero consiguió esconder lo que sentía.

–Pensé que habías decidido que no era buena idea hacerlo –comenzó él.

–No recuerdo haber dicho nada parecido.

–Bueno, quizás no con esas palabras... –repuso él mirándola con los ojos entrecerrados–. Pero supuse que habrías reflexionado y te habrías dado cuenta de que no es demasiado adecuado que la esposa de un jeque se exhiba en televisión.

–Nunca haría nada que dañara tu reputación ni tu honor, Kulal.

–¿Algo así como bailar en la barra americana en una discoteca? –replicó él con cinismo.

–¡Eso no es justo!

–¿Eso crees? ¿Acaso estás negando tu pasado?

Volvía a ver un montón de acusaciones en sus ojos y quería decirle que dejara de hacerlo. Deseaba que se detuviera antes de que dañara de manera irreparable lo que tenían. Quería hacer retroceder el reloj y regresar a la mañana del día anterior, cuando le había hablado con palabras tiernas, no con crueldad.

–Sabes muy bien por qué bailé así esa noche –le recordó ella en voz baja–. Estaba borracha y muy disgustada, Acababa de huir de una situación imposible con mi familia. Ya lo sabes.

Sus ojos negros seguían taladrándola sin piedad.

–¿De qué estás huyendo esta vez, Rosa?

Podía sentir los acelerados latidos de su corazón mientras se aferraba a la sábana.

–No estoy huyendo de nada –le dijo–. Solo trato de averiguar qué se me da bien, qué talentos tengo. Quiero aprovechar cada oportunidad que se me presente, porque sé que este matrimonio tiene fecha de caducidad. Y, para cuando nos separemos, quiero haber averiguado ya quién es la verdadera Rosa Corretti y de qué es capaz.

Lo miró fijamente a los ojos, esperando que Kulal la entendiera, rezando para que la entendiera.

Kulal apartó la mirada un segundo y recogió una carpeta con documentos.

–Bueno, entonces te deseo que te vaya bien –le dijo con cierto desdén.

Rosa se clavó las uñas en las palmas de sus manos mientras veía cómo Kulal salía de la habitación sin darle siquiera un beso de despedida. No podía creer que llegara a ser tan insolente y egoísta.

Maldijo entre dientes cuando lo oyó salir del piso dando un portazo.

Con renovada energía y muy enfadada, se levantó de un salto. Después se duchó y se vistió. Aunque siempre se había sentido más elegante vestida de negro, recordó haber leído en alguna parte que no era buena idea llevar ropa negra frente a una cámara de televisión. Así que se puso un vestido de seda verde que resaltaba las manchas del mismo color que tenía en sus ojos marrones.

Se tomó un par de tazas de café y después, llamó a Arnaud Bertrand.

–¡La dama del desierto! –le dijo él cuando se presentó–. Es toda una sorpresa.

Rosa respiró profundamente al oírlo y temió que su oferta hubiera sido solo algo que se le había ocurrido decirle durante la cena para tener algo de lo que hablar con ella.

–¿Hablabas en serio cuando me invitaste a hacer una prueba en tu estudio? –le preguntó ella.

Arnaud tardó unos segundos en contestar.

–¡Por supuesto! Lo decía completamente en serio –le aseguró el productor–. Nunca digo nada que no piense de verdad. ¿Podrías venir esta misma tarde a hacer la prueba?

Le dijo que iría, le dio la dirección del estudio y se despidieron.

Rosa creía que había sido inteligente por parte del productor programar la prueba para ese mismo día, antes de que ella tuviera tiempo para arrepentirse.

Esa tarde, Rosa fue en coche hasta el estudio de televisión, que estaba situado en la avenida de la Grande Armée. El edificio daba al Arco del Triunfo y Arnaud le dijo que solían alquilar estudios con vistas a ese icónico telón de fondo a algunas cadenas extranjeras cuando enviaban a sus corresponsales a París para cubrir algún evento.

–No pareces demasiado nerviosa –le aseguró Arnaud mientras la miraba de arriba abajo.

Rosa le dedicó una sonrisa. Quería decirle que no estaba nerviosa porque ni siquiera estaba pensando en la razón por la que estaba aquí. No se quitaba de la cabeza a Kulal y el hecho de que él casi le había ordenado que no se le ocurriera

aceptar la sugerencia del productor.

–Bueno, me he imaginado que los nervios no me iban a ayudar nada frente a la cámara –le dijo ella.

–Así es.

Arnaud la acompañó a un estudio. Todas las luces estaban encendidas y hacía calor.

–¿Qué tal se te da improvisar?

Rosa se encogió de hombros.

–No tengo ni idea.

La colocaron frente a una enorme pantalla verde y le explicaron que el informe del tiempo era una de las pocas cosas en la televisión que no requería que el presentador leyera el texto que iba a decir en una pantalla. Le dijeron que París iba a tener nubes y claros durante todo el día, pero que quizás hubiera alguna breve tormenta por la noche. Después, le pidieron que hablara de ello a cámara durante treinta segundos y sin guion.

Al parecer, según le dijeron después, tenía un talento natural para ello. Cuando solo le quedaban unos segundos para concluir, había mirado a la cámara para dirigirse a los imaginarios telespectadores.

–A veces me gustaría estar de vuelta en Sicilia, donde el sol siempre brilla –había dicho.

Había podido escuchar entonces a Arnaud riéndose por el auricular. Cuando terminó, se acercó a ella con una gran sonrisa. Parecía muy satisfecho.

La llevó a tomar un café después y le dijo que había acertado con ella, que tenía ese *je ne sais quoi* que hacía que la cámara la adorara. Le aseguró también que no era nada común en el mundo de la televisión y que, en esos momentos, no podían ofrecerle demasiado, pero creía que sería perfecta para presentar un breve espacio diario justo después de los informativos de mediodía.

Recibió la noticia con entusiasmo porque le parecía de mala educación no hacerlo. Pero, cuando salió del café y se metió en la limusina que la esperaba, solo podía pensar en cómo iba a decírselo a Kulal.

Estaba enfadada consigo misma por dejar que eso le preocupara. Creía que acababan de ofrecerle la gran oportunidad de su vida y, después de todo, se suponía que había accedido a ese matrimonio de conveniencia para poder tener más libertad.

Se dio cuenta de que tenía que empezar a tomar las riendas de su vida. Había firmado un contrato que la obligaba a seguir siendo la esposa del jeque durante otros diez meses y no pensaba pasarse todo ese tiempo metida en casa y dejándose llevar por la desolación al ver que Kulal no sentía lo que quería que

sintiera por ella. Si tenía algo claro era que ese hombre no iba a cambiar.

Decidió que, si no le gustaba su situación, lo que tenía que hacer era cambiarla. Y como sabía que a Kulal no iba a poder cambiarlo, tendría que ser ella misma la que lo hiciera. Quería demostrarle a su marido que era posible que pudieran vivir en armonía durante esos meses si ambos hacían el esfuerzo necesario y que, si querían de verdad hacerlo, podrían llegar a acuerdos para que los trabajos y las vidas de los dos tuvieran cabida en ese matrimonio, como creía que hacía cualquier pareja moderna.

Cuando llegaron y subió en el ascensor hasta el piso de Kulal, se sintió llena de energía y decisión. Estaba decidida a cambiar las cosas.

Algo más tarde, cuando Kulal regresó a casa, ella lo estaba esperando en la terraza. Había mezclado una jarra de su refresco favorito, una mezcla de agua de rosas y zumo de granada. Él levantó con suspicacia las cejas al ver la bebida.

–¿Te apetece un vaso? –le ofreció ella.

–Sí, me encantaría –dijo Kulal quitándose la chaqueta en el salón y saliendo a la terraza.

Había pensado que iba a encontrarse a una Rosa muy molesta cuando regresara a casa esa tarde, que estaría de mal humor después de que él le dejara muy claro que no quería que llamara a Bertrand. Pero se dio cuenta de que se había equivocado, porque nunca había visto a su esposa tan contenta y relajada.

Se dejó caer en una de las sillas de la terraza mientras observaba cómo Rosa se inclinaba ligeramente para servirle hielo y la bebida. No pudo evitar que se le fueran los ojos a la deliciosa curva de su trasero y notó cómo se aceleraba el corazón.

Llevaba el pelo suelto, como a él le gustaba, y su llamativo vestido hacía que resaltara aún más el cálido color de su piel. No solo estaba preciosa esa tarde, sino que se estaba comportando de manera especialmente amable, como si se estuviera esforzando por complacerlo. Pensó que quizás hubiera reconsiderado lo que le había dicho esa mañana.

No podía dejar de mirarla mientras probaba la bebida que le había preparado. Después, dejó que escapara de sus labios un suspiro de satisfacción.

–Tengo que reconocer, Rosa, que estoy encantado –le dijo–. Así es exactamente cómo un hombre quiere ser recibido en casa después de un duro día en la oficina.

Rosa esperó a que él dejara el vaso antes de acercarse a él, sentarse en su regazo y rodear su cuello con los brazos.

–¿Y has tenido un día muy duro?

–No tengo ni idea. No puedo pensar cuando estás en mi regazo, lo que sí

tengo claro es que el día está mejorando por momentos…

Rosa se inclinó hacia él y lo besó brevemente.

–¿Sí? –susurró ella.

Kulal no contestó. Atrapó la cabeza de Rosa con las manos para volver a besarla y ella sintió una oleada de deseo recorriéndole la piel.

Llevó sus manos a la cara de Kulal y pudo sentir la aspereza de su mandíbula, siguió recorriendo su rostro con los dedos mientras él la besaba apasionadamente. Pero, de repente, dejó de hacerlo y se apartó ligeramente de ella para poder mirarla directamente a los ojos.

–¿Qué te pasa? –le preguntó ella con voz temblorosa–. ¿No… no quieres hacer el amor?

–¿Quieres decir aquí? –replicó él.

Se quedó sin saber qué responder. Hasta entonces, Kulal había sido el que había llevado siempre las riendas. Después de todo, tenía mucha experiencia y ella, ninguna hasta conocerlo a él. Pero sentía que durante esas semanas había aprovechado bien el tiempo y aprendido mucho. La suya había sido una introducción bastante intensiva en el terreno sexual y creía que ya tenía la suficiente confianza en sí misma como para tomar la iniciativa al menos una vez.

Pensó que quizás fuera eso lo que Kulal quería que hiciera en esos momentos.

–Por supuesto que aquí –susurró ella mientras deslizaba la mano hacia su entrepierna.

Kulal estaba muy excitado y ella comenzó a acariciarlo a través de la tela de sus pantalones.

–Te deseo… Puedo levantarme la falda para que te deslices dentro de mí. Nadie se va a enterar…

Kulal estaba tan excitado como conmocionado por las palabras de Rosa. Era consciente de que ella quería llevar las riendas por una vez y su cuerpo respondió de inmediato cuando Rosa lo acarició. Por un momento, se permitió fantasear con lo que le proponía y hacer el amor allí. Sabía que su vaporoso vestido les permitiría ocultar lo que pasaba debajo y le tentaba la idea de bajarse la cremallera y deslizarse en su cálido y húmedo interior.

Pero le agarró con fuerza la muñeca para detener sus caricias y la miró directamente a los ojos de manera amenazadora.

–¿No crees que nos podrían ver?

Rosa tragó saliva antes de contestar.

–No, esta terraza es completamente privada.

–Ningún sitio es del todo privado. Los fotógrafos cuentan con grandes

objetivos y podrían vernos desde otros edificios –le recordó él con fuego en los ojos–. ¿O es que acaso te excita la idea de que alguien pueda estar mirando? A lo mejor lo que anhelas es la fama que te daría ser la primera mujer que es fotografiada teniendo relaciones sexuales con el jeque.

Ella lo miró fijamente, sin poder creer que le estuviera hablando de esa manera. El corazón le latía con fuerza en el pecho. Le dolía mucho su injusta y cruel acusación.

–¿Es eso lo que piensas? –susurró–. ¿De verdad es eso lo que piensas?

–No sé qué pensar. Eres una fuente inagotable de sorpresas, Rosa. Sorpresas que cada vez son más evidentes. No tenía ni idea, por ejemplo, de que soñaras con llegar a ser una estrella de la televisión.

Rosa sacudió la cabeza con indignación y se puso de pie. Entró corriendo en el salón, pero se dio cuenta de que él la seguía. Vio que Kulal pulsaba un botón para bajar las persianas automáticas y se dio la vuelta para mirarlo.

–¡No! –exclamó ella muy enfadada.

–¿No qué? –le preguntó Kulal–. ¿No quieres que continúe con lo que tú empezaste fuera? ¿O es que solo quieres hacerlo si existe la posibilidad de que nos pille algún paparazi con su cámara?

La perspectiva de tener relaciones sexuales cuando estaba tan excitado hizo que su cuerpo temblara de deseo. Pero el orgullo le hizo sacudir la cabeza. Estaba muy enfadada.

–No sigas tratándome como si fuera una marioneta que no puede pensar por sí misma –le dijo ella con furia.

Sus inesperadas palabras hicieron que Kulal se detuviera en seco y respiró profundamente antes de hablarle con mucha más calma.

–Solo estaba pensando en lo mejor para los dos. ¿No crees que no sería prudente por nuestra parte que hiciéramos algo tan íntimo en la terraza cuando existe la posibilidad de que alguien pudiera vernos?

–Sí, lo entiendo –le dijo con impaciencia–. ¡Pero hay maneras mucho más amables de decírmelo en vez de hacer que me sienta como una mujerzuela que lo único que quiere es que la vean!

Kulal se quedó callado mientras consideraba sus palabras y veía en su cara lo dolida que estaba.

Después, lentamente, asintió con la cabeza.

–Lo siento –le dijo él.

Por un momento, Rosa pensó que se lo había imaginado y lo miró con incredulidad. Le parecía increíble que se acabara de disculpar.

–¿Lo sientes? –le preguntó con suspicacia.

–Por supuesto –respondió Kulal suspirando–. Me has dado el mejor recibimiento que he tenido nunca en mi hogar después de un día de trabajo y lo único que he hecho ha sido echártelo en cara.

Rosa estaba demasiado abrumada para responder. Creía que, viniendo de un hombre como Kulal, sus palabras eran todo un progreso y le había llamado la atención que se refiriera a ese piso como su hogar. Sabía que había sufrido muchísimo y que nunca había tenido un hogar verdadero desde que la dramática y temprana muerte de su madre le cambiara la vida para siempre. Creía que era lo más bonito que le había dicho nunca.

–De acuerdo –susurró ella poco después sin poder dejar temblar.

–A veces puedo comportarme como un verdadero malnacido –admitió Kulal mientras daba un paso hacia ella y la abrazaba–. Supongo que parte de mí todavía estaba preocupado, pensando que a lo mejor habías decidido seguir adelante con tu idea y te habías tomado la ridícula sugerencia de Bertrand en serio.

Rosa se quedó inmóvil al oír sus palabras. Kulal pensaba que ella había cambiado de idea y había optado por comportarse como una esposa dócil. El papel que, obviamente, esperaba que ella desempeñara.

Se mordió el labio. No sabía qué hacer.

Podía intentar no estropear más las cosas llamando a Arnaud a la mañana siguiente para decirle que había cambiado de opinión. Sabía que así podría conseguir que siguiera habiendo armonía en su matrimonio. Pero le parecía que para eso tendría que pagar un precio demasiado alto.

No estaba dispuesta a cambiar todo lo que no fuera del agrado de ese exigente jeque incluso si para ello tenía que dejar de hacer lo que quería. Además, sabía que tampoco tenía razón de ser esforzarse tanto cuando su relación tenía fecha de caducidad y acabarían separándose por muchos sacrificios que hiciera ella.

–¿Crees que lo que me dijo era una sugerencia ridícula? –le preguntó ella con cuidado.

–Me temo que sí –repuso Kulal con una sonrisa–. Conozco bien a la gente como él, Rosa. Quiere asegurarse de tener todos los permisos necesarios para filmar en Zahrastan y por eso decidió halagarte la otra noche, para ganarse mi simpatía. Muchas personas tratan de llegar a hombres poderosos como lo soy yo a través de sus esposas. Aunque, si Bertrand tuviera dos dedos de frente, se habría dado cuenta de que su comportamiento, lejos de halagarme, me estaba enfureciendo. No me gusta que los hombres te presten tanta atención.

Durante unos segundos, Rosa se sintió tan indignada y enfadada que ni siquiera pudo hablar. Aunque la actitud de ese hombre no le sorprendía, estaba

acostumbrada a ella. Había crecido con dos hermanos que eran igual que Kulal.

Sintió que hablaba de ella como si fuera un caballo de carreras o un coche de lujo que otro hombre estaba deseando probar. No comprendía cómo podía atreverse a hablar de ella en un tono tan desdeñoso. Lo miró fijamente tratando de controlar el temblor en su voz.

–¿Crees que la única razón por la que mostró interés en mí fue porque quería ganarse tu simpatía? –le preguntó ella.

–No, esa no era la única razón, Rosa. Cualquier hombre con sangre en las venas querría estar cerca de ti, pero con algo muy distinto en mente…

Rosa asintió con la cabeza.

–Así que supongo que no te gustaría que aceptara participar en una prueba de cámara para aparecer en la televisión francesa, ¿verdad?

Kulal le dedicó una sonrisa muy cínica.

–¿A ti qué te parece?

–Me parece que será mejor que te hagas a la idea cuanto antes de que eso es exactamente lo que he hecho hoy.

La miró con los ojos entrecerrados mientras Rosa se apartaba de él.

–¿De qué estás hablando?

–De algo muy sencillo, Kulal. Fui a los estudios de televisión esta tarde y me hicieron una prueba –le contó ella–. Me han dicho que tengo mucha telegenia y me han ofrecido presentar un programa.

–¿Un programa? –repitió Kulal fuera de sí–. ¿En la televisión nacional?

–Así es. La verdad es que es un programa muy corto, pero mejor así, porque no afectará demasiado a nuestras agendas –le dijo ella sin dejar de mirarlo a los ojos–. La semana que viene empiezo presentando el informe meteorológico después de las noticias del mediodía.

Capítulo 11

La intensa luz de los focos ardía en sus mejillas, pero a Rosa no le importaba. Otros presentadores del canal de televisión se morían de calor en el estudio, pero a ella no le pasaba. Estaba acostumbrada al deslumbrante y cálido sol de Sicilia. Un par de focos no la hacían sudar.

Esbozó una amplia sonrisa mientras terminaba su segmento, recordando a los espectadores que no salieran esa tarde sin paraguas o acabarían mojando su elegante ropa parisina.

Como le pasaba siempre, todo el equipo reía al oír su último comentario.

Todo había pasado muy rápidamente y, antes de pudiera ser consciente de ello, se había convertido en una especie de estrella de la televisión en cuestión de días.

Su ascenso a la fama había sucedido de manera vertiginosa en todo el país. También la prensa escrita había hablado de su creciente popularidad. Entre otras porque era un verano tranquilo y no tenían demasiadas noticias.

Los críticos de televisión de los periódicos se preguntaban por qué Rosa estaría teniendo tanto éxito y habían llegado a la conclusión de que su fuerte estaba en ser una cara fresca y tener un tipo de belleza carnal que no encajaba con el estereotipo de la mujer francesa. Era una mujer con generosas curvas y le gustaba vestir de manera llamativa, con colores vivos e incluso con flores en el pelo.

Creía que una mujer como ella debería haber sido invisible en Francia, donde las mujeres eran muy delgadas y adoraban la alta costura, pero había conseguido ganarse a la gente.

A los hombres les gustaba porque era el tipo de mujer que protagonizaba sus fantasías eróticas y las mujeres la apreciaban porque no la veían como una amenaza.

Los grandes almacenes franceses habían notado un aumento de la demanda de ropa de colores llamativos e incluso una revista de moda había instado a sus lectores a deshacerse de sus libros de dietas y a sacar a la sexy Rosa que todas las mujeres llevaban dentro.

Pero entonces había salido a la luz que, aunque en Francia la conocían por la televisión y por su matrimonio con uno de los hombres más poderosos del mundo, Rosa pertenecía a la familia Corretti. La noticia no había hecho sino acrecentar aún más su fama y su presencia se volvió aún más codiciada.

Los jefes de los estudios le ofrecieron que diera la información del tiempo

también a primera hora de la mañana, durante un programa que tenía mucha audiencia.

Ella había declinado su oferta, no quería tener que levantarse a las tres de la mañana todos los días.

Poco después, comenzaron a llegar las solicitudes de entrevistas, pero le pidió a Arnaud que las rechazara todas. Sabía que a su familia no le haría ninguna gracia que los periodistas franceses comenzaran a husmear en el pasado de los Corretti. Y creía además que las entrevistas también harían que Kulal estuviera aún más enfadado de lo que lo estaba.

–¿Por qué demonios estás haciendo esto, Rosa? –le había preguntado una mañana justo antes de irse a trabajar–. Te empeñas en lograr cierta consideración como presentadora del tiempo cuando es algo completamente inútil. ¿No sabes acaso que la gente puede ver el informe meteorológico en sus teléfonos móviles?

Esas habían sido sus palabras. Unas palabras con las que Kulal había tenido la intención de herirla y lo había conseguido.

Rosa se había tragado el dolor que había sentido entonces.

Creía que se habría llegado a plantear rechazar la oferta que le habían hecho para participar en un programa los viernes, además del que tenía cada día a mediodía, si Kulal se hubiera limitado a apoyarla y a alabar mínimamente lo que estaba haciendo.

Incluso podía haber limitado su trabajo o pospuesto su carrera televisiva para cuando se divorciaran si él se hubiera dignado a decirle que su acento francés era impecable, como hacía todo el mundo, o hubiera aplaudido el hecho de que, gracias a ella, muchas mujeres empezaban a sentirse orgullosas de sus cuerpos y de sí mismas.

Pero Kulal no estaba interesado en conseguir que se sintiera mejor, sino en recordarle continuamente que, a su modo de ver, se había pasado de la raya. Como si ella no tuviera derecho a hacer lo que quisiera con su vida.

El viernes llegó muy tarde a casa después de una reunión con Arnaud. Cuando entró en el piso, vio que Kulal la estaba esperando. Notó que se fijaba en algo que tenía en su pelo y recordó entonces que aún llevaba una flor detrás de la oreja.

Ese detalle se había convertido en su seña de identidad y cada día, cuando llegaba al estudio, tenía flores frescas esperándola allí. Esa tarde, se le había olvidado que aún la llevaba puesta y supuso que ya se estaría marchitando.

–Llegas tarde –le dijo Kulal a modo de saludo–. Y aún llevas puesto el maquillaje.

Instintivamente, se llevó los dedos a la mejilla y recordó que no se había

desmaquillado.

–Quería salir cuanto antes –le explicó ella con una sonrisa–. Para llegar a casa y verte.

–Muy considerado por tu parte, pero ¿se te ha olvidado acaso que hoy íbamos a salir?

–¿Esta noche? –le preguntó ella mirándolo fijamente.

Unos segundos después, se llevó la mano a la boca horrorizada.

–¡Es verdad! ¡El cóctel en la embajada de Francia! –exclamó–. ¡Kulal, lo siento! Se me olvidó por completo. Pero no es demasiado tarde, ¿no? Todavía podemos llegar…

–Es demasiado tarde –la interrumpió Kulal–. Y el jeque nunca llega tarde. Eso supondría una falta de protocolo intolerable.

–Lo siento.

Con un creciente sentimiento de frustración, Kulal se quedó mirándola. Quería besarla y echarle en cara su tardanza, las dos cosas a la vez. No le gustaba nada la situación en la que estaban por culpa del trabajo de Rosa y se negaba a aceptarla. No iba a tolerar que ella lo dejara en un segundo plano.

–Parece obvio que estás teniendo problemas para encajarme en tu apretada agenda, Rosa.

–Eso no es justo. Mi trabajo apenas influye en nuestra vida. ¿Por qué no me recordaste esta mañana lo de la embajada de Francia?

–¡Porque no es mi trabajo recordártelo! –exclamó furioso.

Anhelaba las primeras semanas en París, cuando ella siempre había estado allí, en casa, esperándolo. Entonces, le bastaba con abrir la puerta para que ella se abalanzara a sus brazos.

Recordó cómo solían sentarse en la terraza y ver el atardecer.

–¿Crees que no tengo nada mejor que hacer que ser tu secretario personal?

–No, Kulal –le dijo ella con voz cansada–. No era eso lo que quería decir.

Rosa fue al baño para ducharse y quitarse el maquillaje del estudio. Cuando salió, le pareció que Kulal estaba de mejor humor, pero no tardo en ver que solo estaba excitado.

Se había puesto un ligero y veraniego vestido que era bastante corto y vio que Kulal la miraba con deseo. No tardó en ir a su encuentro y besarla.

El beso se hizo cada vez más apasionado y una cosa llevó a la otra. El sexo siempre parecía conseguir que Kulal estuviera de mejor humor. En realidad, a ella solía pasarle lo mismo. Pero ese día era distinto y no pudo evitar sentirse vacía mientras Kulal la abrazaba después de hacer el amor.

Durante el fin de semana, hizo un tiempo estupendo. El sol brillaba en lo

más alto de un cielo despejado y era increíble pasear y disfrutar de esa belleza en una de las ciudades más bonitas del mundo. Pasaron el sábado por la mañana en uno de los mercados callejeros de París. Después, dieron un paseo por las Tullerías y comieron en un magnifico restaurante.

La mayor parte del domingo, en cambio, la pasaron en la cama.

–Es maravilloso, ¿verdad? –murmuró Kulal mientras trazaba círculos con los dedos sobre el vientre de Rosa–. ¿No te sientes fenomenal pasando así el día?

Rosa se estremeció al sentir sus caricias. Kulal tenía razón, era maravilloso.

Siempre lo eran esos momentos. Sintió que se le encogía el corazón. Sabía que iba a echar mucho de menos estar así con él cuando terminara su año juntos.

No se imaginaba compartiendo esa intimidad física con otro hombre que no fuera Kulal.

Se estremeció de nuevo al pensar en ello. Le era imposible imaginarlo.

Igual que le era imposible imaginar una vida sin Kulal. Ese pensamiento la apesadumbraba y sintió una repentina oscuridad en su corazón.

–¿Piensas alguna vez en lo que va a pasar cuando nos divorciemos? –le preguntó ella.

–No, no tiene sentido hacerlo –le dijo Kulal.

La pregunta de Rosa había roto la magia del momento y se apartó de ella. Kulal había aprendido desde muy joven que no convenía hacer planes de futuro.

–Hemos tomado una decisión y eso es lo que haremos. ¿En qué hay que pensar? –agregó Kulal.

Rosa lo observó mientras él se levantaba de la cama salía del dormitorio. Regresó pocos minutos después con dos copas de vino blanco.

Ella tomó la suya y disfrutaron en silencio del delicioso vino. Pero ella no podía dejar de pensar en lo que tanto le preocupaba. Se había dicho a sí misma desde el principio que no creía en el amor, que no lo estaba buscando. Pero se había dado cuenta de que era el amor a veces el que iba en busca de uno.

Sin ser consciente de lo que pasaba, el amor llegaba y envolvía sus dedos de terciopelo alrededor del corazón. Aunque el hombre en cuestión fuera obstinado, exigente y autoritario. La razón y la lógica no parecían capaces de hacerle olvidar lo que sentía.

Se había enamorado de su marido aunque sabía que eso era lo último que ninguno de los dos quería.

Ninguno de los dos volvió a hablar del futuro y pasaron tranquilos el resto del domingo.

A la mañana siguiente, Rosa lo despidió con un beso antes de que Kulal se fuera al trabajo.

–Me gustaría que no tuvieras que irte… –le dijo ella.

–Y a mí me gustaría poder quedarme.

Rosa se acercó un poco más a él y lo miró con una sonrisa.

–Y te prometo que no volveré a llegar tarde.

Kulal sonrió de manera algo enigmática y le dio un último beso.

–Esperemos que no.

Unas horas más tarde, Rosa fue a los estudios de televisión. Mientras sus compañeros lo preparaban todo y le ponían el micrófono, le pareció que no estaban tan habladores como otros días. Estaban más serios.

Después del programa, cuando se fue al camerino a desmaquillarse, alguien llamó a su puerta. Vio que era Arnaud Bertrand y levantó las cejas sorprendida, no solía ir a verla.

–¿Tienes un minuto? –le preguntó él algo nervioso–. Tengo que hablar contigo.

–Por supuesto, dime –repuso ella con una sonrisa mientras lo miraba en el reflejo del espejo–. ¿Quieres que hablemos aquí o prefieres que vayamos a tomar un café?

–No, aquí está bien.

Le pareció que parecía un poco incómodo. Tenía las manos metidas en los bolsillos de sus pantalones.

–Rosa, no sé cómo decirte esto… Me temo que vamos a tener que quitar tu programa.

Ella se dio la vuelta con el ceño fruncido para mirarlo a la cara.

–¿Qué quieres decir?

–Los jefes han decidido que ya no funciona.

Ella lo miró sin comprender.

–Pero... No lo entiendo. Me dijiste que a todo el mundo le encantaba y que no habíais recibido tantos mensajes de admiradores desde que Johnny Depp os dio esa entrevista.

No se atrevía siquiera a mirarla a los ojos.

–Me temo que la decisión no está en mis manos.

Rosa frunció el ceño y el corazón comenzó a latirle con fuerza en el pecho.

–Ha pasado algo, ¿verdad?

Arnaud parecía aún más incómodo.

–No, no ha pasado nada.

–No se te da bien mentir, Arnaud –repuso ella entrecerrando los ojos–.

¿Tiene esto algo que ver con mi marido?

–No puedo…

–¡Claro que puedes! ¡Dímelo! –exclamó ella con desesperación–. Por favor…

El hombre se quedó unos momentos en silencio antes de suspirar con resignación y mirarla a la cara.

–Muy bien, te lo diré, pero no le digas a nadie que te lo he dicho yo –le pidió–. Sí, tiene algo que ver con tu marido. De hecho, ha sido su decisión. Nos amenazó con prohibirnos hacer el documental si no dejábamos de... Según sus palabras, «de monopolizar» a su esposa.

Rosa se estremeció al pensar que un hombre pudiera ser anticuado y machista como para ir a hablar con un grupo de ejecutivos de televisión y decirles algo así.

–¿Y vais a ceder ante él sin más? –le preguntó acaloradamente–. ¿Vais a prescindir de mí solo porque queréis hacer ese maldito documental sobre su país?

Arnaud negó con la cabeza.

–No es solo por el documental –le aseguró él–. Hay mucho más que tenemos que tener en cuenta. Tu marido es un hombre poderoso, Rosa. Y no solo en París, sino en casi todas partes. No es conveniente hacer enemigos de su talla.

Fue consciente entonces de lo que había hecho Kulal y se sintió enferma. El corazón le latía con fuerza y le costaba respirar.

Arnaud se acercó a ella alarmado.

–*Mon dieu!* –exclamó–. Estás blanca. Siéntate, voy a ir a buscar un poco de agua.

Pero ella negó con la cabeza.

–No, no quiero nada –le dijo con firmeza.

Pero eso no era del todo cierto, lo que quería era recuperar su honor y su orgullo. Y sabía que solo había una manera de conseguirlo.

Revisó su agenda antes de salir a la calle, haciendo caso omiso a la limusina de Kulal que siempre la esperaba frente a los estudios de televisión.

Rápidamente, se metió por una de las pequeñas calles laterales y se sintió victoriosa al darse cuenta de que había conseguido perder de vista a su guardaespaldas.

Miró la dirección que buscaba en su teléfono y abrió la aplicación con el mapa de París para poder localizarla.

Anduvo deprisa hacia el distrito donde estaba el edificio que albergaba la fundación que dirigía Kulal. Entró nada más llegar.

Se dio cuenta entonces de que era la primera vez que había estado dentro y vio que la recepcionista parecía muy sorprendida.

–Soy Rosa –le dijo automáticamente.

Sabía que debía de tener muy mal aspecto después de haber atravesado la ciudad a toda velocidad.

–Es la esposa del jeque… –murmuró la recepcionista–. ¡La he visto en televisión!

–¿Dónde está? –le preguntó Rosa en voz baja–. ¿Dónde está el jeque?

–Me temo que está en una reunión, señora. Le diré que…

–¿Dónde está? –repitió Rosa.

Vio entonces una escalera. Supuso que estaría en la planta superior del edificio, donde siempre estaban los despachos de los hombres poderosos. Para tener buenas vistas y poder contemplar el resto del mundo desde lo más alto.

Subió corriendo las escaleras, de dos en dos. Pasó entonces al lado de otra recepcionista muy nerviosa que ya parecía estar esperándola. Supuso que se lo habría dicho su compañera.

La mujer lanzó una mirada asustada en dirección a unas puertas de madera y ese gesto fue todo lo que necesitaba saber Rosa.

Abrió las puertas sin llamar y se encontró con una gran mesa y un montón de hombres trajeados sentados a su alrededor. Todos levantaron la vista hacia ella cuando entró.

Pero solo uno de esos hombres dominaba la sala con su poderosa presencia. Un hombre con los ojos negros, la piel oscura y aspecto de guerrero del desierto.

Kulal se puso en pie y todos lo miraron alarmados, como si temieran su reacción.

–Rosa –la saludó él con una voz que no había usado nunca con ella–. Un placer muy inesperado...

–Quiero hablar contigo.

–¿No puede esperar hasta más tarde? –le preguntó–. Como puedes ver, estoy en medio de una reunión que ha costado mucho trabajo y tiempo organizar.

–¡No, no puedo esperar! –exclamó furiosa.

Notó cierto nerviosismo en la sala y se dio cuenta de que la gente se pasaba la vida tratando de calmar a Kulal y darle exactamente lo que quería. Creía que eso no podía ser bueno para nadie.

–Así que deshazte de estos hombres si no quieres tener público, pero el caso es que tenemos que hablar.

–Caballeros –les dijo Kulal mirando a su alrededor–. Parece que hemos terminado por hoy.

Hablaba con calma, pero a Rosa no se le había pasado por alto la ira que había visto en sus ojos.

Se quedaron en silencio mientras los hombres salían. Cuando la puerta se cerró tras ellos, Kulal la fulminó con la mirada.

–¿Vas a darme algún tipo de explicación para esta intromisión tan injustificada?

–¿Lo vas a hacer tú? –replicó ella.

–¡No estoy de humor para adivinanzas, Rosa!

–¿No? Bueno, entonces déjame que te lo diga muy claramente –le dijo ella–. ¿Has sido tú…? ¿Has sido tú el que ha hecho que cancelaran mi programa?

Kulal se quedó en silencio.

–¡Quiero la verdad! ¿Lo hiciste?

Él se encogió de hombros.

–No soy un ejecutivo de televisión –le dijo–. No estaría a mi alcance hacer algo así ni tomar ninguna decisión relacionada con la programación.

–Pero sí está a tu alcance amenazarlos con quitarles los permisos que necesitan para el rodaje en Zahrastan, ¿no? Y también está a tu alcance presionar a los inversores y accionistas de la cadena, si hubiera llegado a ser necesario. ¿Es eso lo que has hecho, Kulal?

Él la miró durante un largo rato y luego respiró profundamente, como si acabara de tomar una decisión.

–Sí, lo hice. ¿Quieres saber por qué? Porque no creo que sea un crimen tan atroz que un marido quiera ver a su esposa tanto como pueda. ¡Sobre todo si se trata de una esposa que solo va a ser mía durante un año! ¿Por qué iba a querer compartirla con millones de espectadores?

Rosa tenía un nudo tan grande en la garganta que sentía que se ahogaba. Tardó un momento en poder hablar de nuevo para responderle.

–Así que decidiste ir a la cadena de televisión y tomar el control, ¿no? –le respondió ella–. Has decidido que, como no te gustaba, tenías que cambiarlo. Porque, aunque solo sea por un año, realmente no quieres una esposa, ¿verdad, Kulal? Lo que quieres es una muñeca con la que puedas jugar cuando y como quieras. Alguien a quien vestir, desvestir y meter en la cama a tu antojo. Una muñeca de la puedes despedirte por la mañana sabiendo exactamente dónde va a estar todo el día. ¡Para eso tienes a tus malditos guardaespaldas!

En ese momento, sonó un intercomunicador en la mesa y Kulal presionó un botón.

–¿Sí?

Rosa reconoció la voz frenética del guardaespaldas que la había estado siguiendo ese día.

–¡Señor, he perdido a la princesa!

–No te preocupes, la he encontrado –contestó Kulal apagando el aparato.

–¿Lo ves? Incluso cuando hablas con otras personas te refieres a mí como si fuera una muñeca o un paquete que se ha extraviado.

–¡Sabes muy bien que, como esposa del jeque, necesitas un servicio de seguridad! –protestó furioso–. ¡Eso no lo negarás, Rosa!

–¡No estoy aquí para hablar de mi seguridad! He venido para hablar de lo que has hecho, de cómo has decidido por tu cuenta poner fin a mi floreciente carrera en televisión sin tener siquiera la cortesía de decírmelo.

–¿Tan importante es para ti ese programa de televisión? –replicó él.

Rosa negó con la cabeza mientras las lágrimas llenaban sus ojos.

–No lo entiendes, Kulal. Dejé atrás mi vida en Sicilia porque estaba harta de que la gente me controlara y esperara ciertas cosas de mí. Estaba atrapada y sentía que no era yo la que tenía las riendas de mi vida. ¡Y tú estás haciendo exactamente lo mismo! Me prometiste libertad e independencia, pero me has dado todo lo contrario.

–Tendrás tu libertad e independencia cuando el matrimonio termine –le recordó Kulal apretando los puños.

–Para entonces ya será demasiado tarde –respondió ella con voz temblorosa–. Estás poniéndome las cosas muy difíciles. No quieres una esposa con una carrera profesional, pero tampoco quieres que ninguna mujer se te acerque lo bastante como para amarte. ¿No ves que me has puesto entre la espada y la pared?

Kulal la miró fijamente y se armó de valor al ver que Rosa tenía los ojos llenos de lágrimas.

Recordó su noche de bodas, cuando ella había llorado en su hombro y le había contado que su madre la había traicionado. Ya entonces había sentido el estremecimiento de algo oscuro y desconocido en su interior. Pero la intensidad de esos sentimientos habían hecho que se sintiera muy vulnerable y se había prometido que no volvería a permitir que nadie le hiciera sentir de esa manera.

Inspiró profundamente mientras miraba su melena. Estaba muy despeinada y tenía el rostro encendido.

–¿No podemos hablar de esto más tarde? –le dijo tratando de cambiar el tono de la discusión–. ¿Cuando te hayas calmado un poco y puedas refrescarte y cepillarte el pelo?

Rosa lo miró atónita. Sentía tanta frustración que le entraron ganas de chillar. Pero se dio cuenta entonces de que era mejor así, le había dicho justo lo que necesitaba oír.

«Sal de su vida», se dijo Rosa en ese instante.

Tenía que alejarse de él mientras pudiera. Lo tuvo muy claro en ese instante.

Tenía que irse antes de que Kulal viera lo mucho que la había herido.

Respiró profundamente y le pidió un vaso de agua. Kulal asintió y se lo sirvió.

–Puedo pedir que te traigan hielo si quieres –le dijo.

–No, gracias –repuso ella con una fría sonrisa–. Dime, Kulal, ¿siempre consigues lo que quieres?

Sus palabras lo llevaron de vuelta al pasado y pensó en lo que se decía de él en Zahrastan. Todo el mundo pensaba que lo que Kulal quería Kulal lo conseguía.

Pero no siempre.

No cuando de verdad había importado, cuando su corazón se había roto en mil pedazos. Pero no iba a dejar que le pasara de nuevo. No iba a correr nunca ese riesgo.

–¿Vuelves a las adivinanzas? –le preguntó él.

–¿Eso es lo que crees? Eres un hombre muy inteligente, Kulal. Estoy segura de que podrías entender exactamente de lo que estoy hablando si quisieras hacerlo. Pero no tienes nada de lo que preocuparte. La discusión ha terminado y ya me voy.

–Podemos seguir hablando de ello esta noche –repuso él.

–Por supuesto –mintió ella sin ningún esfuerzo.

Sabía que también Kulal le había mentido. No tenía ninguna intención de seguir hablando del tema con ella.

La decisión ya había sido tomada, la había tomado él, por supuesto, y estaba esperando a que ella lo aceptara sin más. Se habría imaginado que esa noche, como había pasado antes, las aguas volverían a su cauce y ella regresaría a sus brazos como una buena chica.

No necesitaba que llegara la noche para saber lo que Kulal esperaba que ocurriera. Llegaría a casa, la besaría con ternura y terminarían haciendo el amor de manera apasionada, hasta que ella olvidara todas sus dudas.

Pero ya no iba a ocurrir.

Rosa Corretti estaba harta de que otros la manipularan. Iba a empezar a tomar las riendas de su vida e iba a hacerlo a partir de ese momento.

Levantó la mirada hacia él y, con muchos esfuerzo, consiguió dedicarle una sonrisa que le dolió en el alma.

–Hasta luego.

Capítulo 12

Kulal creía que debería haberse sentido mejor después de que Rosa se fuera de la sala de juntas. Pensaba que ella tenía que entender que habían hecho un trato y que él no estaba preparado para que ella renegara de él. No había aceptado casarse con ella para no poder contar con esa persona cuando él la necesitaba.

Pero se recordó a sí mismo en ese instante que en realidad no necesitaba a nadie. Creía que era muy peligroso necesitar a alguien. No quería ser un hombre dependiente ni débil.

Colocó unos documentos frente a él y comenzó a leerlos, pero la tarde estaba transcurriendo con demasiada lentitud. Sabía que podía salir de la oficina cuando quisiera. No tenía más reuniones planificadas para ese día. Y, aunque las tuviera, podría cancelarlas.

Pero no se fue a casa. Creía que no tenía sentido volver a casa temprano para encontrarse con una mujer que no lo apreciaba.

Recordó de nuevo esa antigua frase que siempre le habían dicho: Lo que Kulal quería Kulal lo conseguía.

No podía quitarse esas palabras de la cabeza.

Estuvo así toda la tarde. Para cuando llegó a su edificio y tomó el ascensor hasta su piso, tenía un horrible dolor de cabeza. Cuando se abrieron las puertas, se preguntó cómo sería la mejor manera de lidiar con lo que había pasado antes.

Se le pasó por la cabeza decirle con calma que no estaba dispuesto a tolerar otra escena tan histérica como la de esa tarde en su sala de juntas, pero temía que reaccionara mal. No quería seguir discutiendo con ella toda la noche cuando sabía que podría estar haciendo cosas mucho más placenteras con ella.

Además, creía que él ya le había dejado muy claro lo que pensaba y que había ganado la discusión. No iban a perderse más cócteles ni tendría que preocuparse por las molestas llamadas de Bertrand. Ya no iba a tener que soportar que otros hombres de negocios le dijeran que sus esposas habían visto fotos de Rosa en las revistas.

Se dio cuenta entonces de que el apartamento estaba muy silencioso. Ni siquiera podía oír la música con la que ella lo recibía a menudo.

Fue directo al salón para ver si Rosa estaba en la terraza. Pero las cristaleras estaban cerradas y no había ni rastro de ella. No estaba allí recibiéndolo con una sonrisa en sus hermosos labios mientras se contoneaba hacia él con uno de sus coloridos vestidos.

–¿Rosa? –la llamó entonces–. ¡Rosa! –insistió una vez más.

Pero no hubo respuesta.

Pensó que a lo mejor había salido un rato. Pero no se le ocurría dónde podría estar. Las galerías de arte ya estaban cerradas y era demasiado tarde para que estuviera en el cine.

Creía que no tenía ninguna otra excusa para no estar allí. Ella, a diferencia de lo que les pasaba a otras mujeres, no necesitaba ir de compras al supermercado, cocinar ni limpiar.

Era una princesa y esperaba que se comportara como tal.

No pudo evitar fruncir el ceño al recordar la frustración que había visto esa tarde en el rostro de Rosa. Tampoco había podido olvidar su ira ni sus lágrimas. Podía verla tal y como se había presentado en la sala de juntas. Con el pelo desordenado, la cara sonrosada y una rosa marchita detrás de la oreja. Sintió una oleada de lujuria tan fuerte que, durante un segundo, se quedó muy quieto y cerró los ojos.

Después, siguió buscándola por la casa. Estaba a punto de llamarla a su móvil cuando pasó por el comedor y vio un sobre de color crema sobre la mesa de roble.

El corazón le dio un vuelco. Lo miró durante un momento. Después, se acercó y lo tomó en sus temblorosas manos. Había escrito su nombre en el sobre. Solo su nombre, sin ningún apelativo cariñoso. Una palabra carente de emoción, igual que las palabras que había escrito dentro.

Me imagino que estarás satisfecho al ver que me he ido, sobre todo después de la lamentable escena de esta tarde en la oficina. Si te he avergonzado delante de tus colegas, lo siento, pero no te preocupes, no volverá a pasar. Me voy y estarás de acuerdo conmigo en que es lo mejor.

Ya que no he honrado nuestro contrato matrimonial, puedes romper el acuerdo prenupcial, no quiero el dinero. Lo único que me llevo es el anillo de compromiso y la alianza. Me dijiste que podía quedármelos.

Lo más seguro es que los venda para poder alquilar una casa en algún sitio mientras busco trabajo. Algún día, quién sabe, espero poder devolverte el dinero de los anillos.

Gracias por todo lo que me has enseñado, que ha resultado ser mucho más de lo que piensas y no solo en el terreno sexual.

Espero que encuentres la manera de ser feliz y deseo de corazón que todo te vaya muy bien.

Tuya siempre,

Rosa

–¡No!

Sintió un profundo y desgarrador dolor. Arrugó el pedazo de papel en su mano y lo tiró al suelo.

Después, se sacó el teléfono móvil del bolsillo.

Marcó el número de Rosa y no le sorprendió que saltara directamente el buzón de voz.

Dejó un mensaje y colgó mientras soltaba otro grito de rabia. Tuvo la tentación de lanzar el maldito teléfono contra la pared. Recordó entonces que Rosa había hecho precisamente eso cuando había huido de Sicilia, cuando había querido cortar toda comunicación con su familia. Y ahora estaba huyendo de él.

En cuestión de minutos, había pasado de ser su marido y su amante a no ser absolutamente nadie para ella.

Pero se dio cuenta de que él era el único culpable.

Se había convencido de que era un hombre valiente y fuerte. Pero no lo era. Le había asustado tanto hacer frente a sus emociones que había construido un muro a su alrededor. Había permitido que una tragedia de su pasado arruinara cualquier posibilidad de futuro y había echado de su lado a la mujer a la que amaba.

Una oleada de dolor lo golpeó. Un dolor tan intenso que lo sentía como un puño de hierro apretando su corazón. No sabía dónde podría estar Rosa.

Marcó el número de teléfono del jefe del servicio de seguridad.

–Quiero que encuentres a alguien –le dijo en cuanto descolgó el otro hombre.

–Por supuesto, señor. ¿A quién?

Se quedó un momento en silencio, su orgullo le impedía hablar, pero iba a tener que olvidarse de ese sentimiento si quería encontrarla. Después de todo, ya no le importaba que sus guardaespaldas descubrieran que su esposa lo había dejado. Solo le importaba encontrar a Rosa y conseguir que volviera a su lado.

–A mi esposa.

–¿Se ha ido la princesa? –le preguntó el guardaespaldas con sorpresa.

–¡Sí, la princesa se ha ido! –le espetó Kulal de malhumor–. Por culpa de unos guardaespaldas que no han hecho bien su trabajo. La dejaron salir de los estudios sin vigilancia y ahora se las ha arreglado para escabullirse de nuevo. Si valoras tu futuro, espero que sepas dónde está antes de que se ponga el sol mañana.

Kulal tenía que reconocer que su servicio de seguridad había hecho un trabajo excelente. Los guardaespaldas localizaron a Rosa a la tarde siguiente y a Kulal le sorprendió descubrir que había volado de vuelta a Sicilia.

Ella le había dicho que nunca pensaba volver a la isla, que no quería tener nada que ver con su problemática familia.

–¿Está en una de las viviendas de su familia? –preguntó Kulal.

–No, señor. Está sola en una casa en la playa. En la costa este de la isla.

Kulal asintió con la cabeza.

–Encárgate de que preparen el avión –le dijo con firmeza al jefe de seguridad.

No se le ocurrió hasta varias horas después, cuando su avión ya había aterrizado en Sicilia, que la poderosa familia Corretti podría haber dado órdenes para impedirle la entrada en el país, pero había estado equivocado, no tuvo ningún problema.

Por otro lado, también pensó que quizás hubiera sido preferible esperar hasta la mañana siguiente para verla. El sol ya empezaba a hundirse en el horizonte cuando subió al coche que los esperaba en la pista de aterrizaje. Pero, por primera vez en su vida, no podía soportar la idea de esperar y poco le importaba si esperar unas horas le iba a dar una ventaja psicológica sobre ella o no.

Después de un trayecto que se le estaba haciendo interminable, el coche se detuvo y el conductor le señaló una solitaria casa que había a cierta distancia. Apenas era visible entre todos los árboles y arbustos. Estaba en una zona que era reserva natural y por donde no se podía transitar con coches.

Kulal se dio cuenta de que no iba a poder pasar por ese camino angosto con la limusina. Le dijo a su conductor que se fuera e hizo un gesto al coche que los seguía, el automóvil en el que viajaban sus guardaespaldas, para que se fueran también con la limusina. No hizo caso a sus protestas.

–No quiero a nadie más aquí –les dijo con firmeza–. Vamos. Marchaos de aquí.

–Pero, señor…

–¡Fuera!

Se quedó esperando a que se alejaran los dos vehículos para asegurarse de que lo obedecían. Estuvo allí hasta que se convirtieron en pequeños puntos negros en la distancia. Y, de repente, se sintió muy liberado.

Se dio cuenta de que hacía mucho tiempo que no iba a ninguna parte sin tener detrás de él la sombra de uno de los guardaespaldas. Siempre habían formado parte de su vida.

Por primera vez desde que aterrizara en la isla, miró bien a su alrededor y

respiró profundamente. El aire estaba perfumado con aromas de limón y pino y podía oír un gran coro de cigarras resonando entre las plantas.

La vegetación era más verde de lo que había esperado y había flores por todas partes.

Y desde allí podía ver además el mar. Se quedó mirando sus pies unos segundos y decidió de repente quitarse los zapatos y llevarlos en las manos.

Le encantó pisar la arena caliente con sus pies descalzos. Mientras caminaba por el estrecho sendero, sintió de nuevo una maravillosa sensación de libertad.

Se preguntó si sería porque, por primera vez en su vida, estaba siguiendo el camino que le marcaba el corazón.

En ese momento, no era un príncipe ni un jeque, sino simplemente un hombre que había ido hasta esa isla para arreglar las cosas con su mujer.

La casa era sencilla y modesta. Una vivienda de una planta con una amplia terraza de madera con vistas al mar. Lo mejor de ella era el lugar en el que estaba ubicada y las incomparables vistas que tenía. También le atrajo que estuviera tan aislada del resto del mundo.

Se le ocurrió de pronto que quizás Rosa no estuviera allí. No sabía qué podría hacer si no la encontraba dentro de la casa. Tampoco quería ni pensar en cómo reaccionaría ella si volvía más tarde y lo encontraba esperándola allí. Se preguntó si llamaría a sus hermanos y a sus primos para que la ayudaran a deshacerse de un ex marido que parecía estar acosándola.

Pero nada de eso le importaba. Estaba listo para enfrentarse a los Corretti y a cualquiera. No pensaba irse a ninguna parte hasta que pudiera mirarse en los ojos de Rosa y decirle lo que ella necesitaba oír.

Se acercó en silencio a la casa. En el fondo seguía siendo un hijo del desierto y había aprendido a adaptarse a cualquier tipo de paisaje. Empezaba a ver por sí mismo que Sicilia era tan hermosa como le habían contado y decidió que le gustaría tener la oportunidad de explorarla más a fondo. Estaba pensando en eso cuando la vio y se detuvo de repente. Se quedó completamente inmóvil.

Estaba sentada en el extremo opuesto de la terraza, con las piernas apoyadas en la barandilla y un gran sombrero de paja protegiendo su rostro de los últimos rayos del sol.

El sombrero parecía nuevo y lo adornaban flores naranjas y rosas, a juego con su vestido. Se le hizo un nudo en la garganta mientras la veía mirando fijamente al mar. No le habría importado quedarse donde estaba, contemplándola durante horas, pero temía que ella girara la cabeza de repente y se sobresaltara al verlo allí.

–Rosa –la llamó en voz baja.

No se movió al oírlo. Rosa estaba convencida de que había imaginado su voz. Llevaba tanto tiempo pensando en él que era casi como si hubiera conjurado su presencia. Temía estar perdiendo la cabeza.

–Rosa –dijo la voz de nuevo.

Le parecía increíble que la mente le estuviera jugando esa mala pasada. Ya era bastante malo tener que estar sin él, lo último que necesitaba era sufrir alucinaciones auditivas que parecían haber salido de la nada para atormentarla.

Muy lentamente, giró la cabeza y se quedó sin aliento.

Su corazón comenzó a latir con tanta fuerza como si se le fuera a salir del pecho.

Kulal estaba frente a ella y levantaba las palmas de las manos en señal de rendición, como hacían los vaqueros en las viejas películas del oeste.

–No era mi intención asustarte –le dijo él.

–Pues lo has hecho.

Rosa no quería comérselo con los ojos, pero le era imposible no hacerlo. No podía apartar la mirada cuando Kulal acababa de aparecer a su lado con el aspecto de un dios griego perdido en una playa siciliana. Llevaba pantalones de lino de color claro y una camisa en el mismo tono. Vio que se había arremangado las mangas.

Desde esa distancia no podía distinguir bien la expresión de su rostro. Pero, a medida que se acercaba, vio que no llevaba los zapatos puestos. Le parecía increíble que el jeque Kulal hubiera estado caminando en público con los pies descalzos.

Miró entonces a su alrededor. No vio a sus guardaespaldas por ninguna parte.

Pero en realidad, nada de eso importaba. No tenía motivos para pensar en ello, Kulal ya no era parte de su vida. Había escapado de él y de su control.

Lo había dejado en su casa de París y ella estaba empezando una nueva vida en la isla. Sabía que no iba a ser fácil, todavía lo amaba, pero iba a hacerlo. Tenía que hacerlo.

Kulal estaba cada vez más cerca. Lo suficientemente cerca de la luz del porche como para que pudiera ver el brillo oscuro de sus ojos. Sabía que debía decirle que se fuera y la dejara sola, pero en ese momento descubrió que su curiosidad era más fuerte que su instinto de supervivencia.

–¿Qué estás haciendo aquí? –le preguntó intentando inyectar en su voz la nota justa de sarcasmo–. No, espera. No me lo digas. Has venido para tratar de llevarte a tu muñeca de vuelta a París. ¿Es la hora de cepillarle el pelo y volver a meterla en su brillante y reluciente caja?

Kulal se quedó mirándola fijamente. Podía ver el dolor y la rabia que había en el rostro de Rosa. Pensó en todo lo que podía ofrecerle para tratar de convencerla y que volviera a París con él. Pero sabía que ella no iba a creerlo y lo entendía.

No sabía por dónde empezar. Todo eso era nuevo para él. Apretó los puños al sentir que todos sus sentimientos se arremolinaban en su interior y luchaban por salir fuera.

Instintivamente, se resistía a expresar lo que de verdad sentía y no entendía por qué le costaba tanto.

Había una razón por la que había escondido sus emociones y creía que había sido una buena razón. Había decidido que la mejor manera de no sufrir era evitando cualquier sentimiento.

Pero, de repente, se había dado cuenta de que ya no funcionaba. Lo que le había protegido en el pasado ya no le servía en el presente. El dolor que tenía en su corazón era muy real y muy fuerte. Se acercó a ella y se sentó a su lado. Notó que el cuerpo de Rosa estaba en tensión.

Durante un par de minutos, se quedaron en silencio.

–Te he echado de menos –le dijo él.

Ella negó con la cabeza.

–No, no lo has hecho. Piensas que sí, pero solo porque fui yo la que decidió irse y tu orgullo está herido. Se te pasará.

–No, no se me va a pasar –insistió él–. Aunque quisiera, no podría. No voy a hacerlo. Te quiero de vuelta en mi vida porque te amo, Rosa.

Las palabras salieron de su boca deprisa, le faltaba el aliento y su voz temblaba de emoción.

–Te quiero como nunca pensé que podría amar a nadie y esa es la única verdad –concluyó Kulal.

Rosa pudo sentir que se le hacía un nudo en la garganta y se le llenaron de lágrimas los ojos, pero no iba a llorar. Estaba decidida a no llorar y tampoco quería seguir escuchando sus palabras vacías.

Creía que él podía tener mucho poder social, económico e incluso político, pero había descubierto que ella también tenía poder.

Rosa tenía el poder de vivir su vida como quisiera. Sin dolor y sin angustia.

–Es demasiado tarde, Kulal –le dijo mientras sacudía la cabeza.

–¡No! –exclamó él con fuerza–. ¿Acaso no nos merecemos todos una segunda oportunidad aunque hayamos metido la pata de manera espectacular? Reconozco que me he comportado como un imbécil. Me dijiste en la sala de juntas que querías amarme, pero que yo no te permitía acercarte lo suficiente para

hacerlo. Ahora voy a dejar que te acerques a mí. ¿Acaso puedes decirme que tus sentimientos por mí han cambiado radicalmente en estas últimas veinticuatro horas, Rosa?

Trató de que no le afectara la expresión de dolor que veía en su cara mientras le hablaba, pero era la cosa más difícil que había tenido que hacer en toda su vida.

Kulal tenía razón, ella no había dejado de amarlo. El amor no era algo que se pudiera encender y apagar como un interruptor. Deseaba abrazarlo y no apartarse de su lado, quería olvidar su propio dolor con la dulzura de sus besos, pero creía que de nada le iba a servir.

Pensaba que Kulal estaba allí porque tenía la necesidad de ganar en todo y que por eso quería que volviera a su lado.

–No soy el tipo de mujer que necesitas –le dijo ella en voz baja–. Necesitas a alguien a quien puedas dominar, a alguien que haga exactamente lo que tú quieras que haga. A lo mejor eso es algo que atrae a algunas mujeres, pero me temo que no puedo vivir así. No voy a seguir haciéndolo.

Kulal estaba cada vez más tenso.

–¡Puedes volver a trabajar en la televisión si quieres! –le ofreció él.

–¡No! –exclamó Rosa–. ¡No lo entiendes! Esto no tiene nada que ver con mi programa de televisión.

–Pero ¿no te fuiste por eso?

Ella lo miró fijamente.

–Esa fue la gota que colmó el vaso, sí. Pero lo que de verdad me fue alejando de ti fue la desigualdad que había en nuestra relación. No quiero vivir con alguien que cree que tiene derecho a decirme lo que puedo hacer y lo que no. Soy una mujer adulta, Kulal. No necesito el permiso de nadie para vivir mi vida. Ni el tuyo ni el de mi familia. He vivido así durante demasiados años y ya no puedo más.

–¿Por qué has vuelto a Sicilia? –le preguntó Kulal de repente–. Me dijiste que nunca ibas a volver.

Rosa reflexionó sobre su pregunta.

–Porque pensé en algo que me dijiste y me di cuenta de que tenías razón. No tenía derecho a tratar de arreglar tu vida, cuando mi vida aún estaba sin resolver –le dijo–. Me di cuenta de que tenía que hablar con mis hermanos y con mi madre. Sobre todo con mi madre. Necesitaba escuchar su lado de la historia, saber por qué llegó a traicionar a mi padre con su cuñado, pero luego tenía que dejarlo estar porque es su vida, no la mía.

–¿Y qué te dijo tu madre?

–He quedado con ella mañana por la mañana.

Estuvo a punto de decirle que ya se lo contaría después, pero se dio cuenta de que no iba a poder hacerlo porque al día siguiente Kulal ya no estaría allí. Quería que se fuera. Necesitaba que se fuera de allí.

Kulal vio el dolor en su rostro y se le encogió el corazón.

–Siento mucho todo lo que has pasado con tu familia, Rosa.

–Sí, lo sé –respondió ella con voz temblorosa–. Y esa fue una de las primeras cosas que hicieron que me enamorara de ti, no dejaste en ningún momento de sorprenderme. Una vez que conseguiste superar el shock inicial cuando te conté lo de mi madre, me apoyaste en todo momento. Te lo agradezco mucho, Kulal. Pensé que ibas a juzgarme por ello, pero no lo hiciste. Y después, cuando te abriste conmigo durante nuestra noche de bodas, sentí cierta esperanza. Me pareció que éramos dos personas que habían sufrido mucho y que podían encontrar consuelo y alivio el uno en el otro. Pero entonces te negaste a hablar… Aunque hubo momentos en los que sentí que podía haber una verdadera pasión y amistad entre nosotros, siempre terminabas manteniendo tu corazón bajo llave y lejos de mí.

–Es verdad –le dijo Kulal lentamente.

Sus palabras habían conseguido ayudarle a descifrar un enigma que no había entendido hasta ese momento. La miró fijamente.

–Creo que me aterrorizaba dejar que nadie se me acercara demasiado. Me parecía demasiado arriesgado. ¿Me entiendes, Rosa?

Ella asintió con la cabeza al oír cómo le temblaba la voz. De repente, ese hombre de acero parecía muy vulnerable y no pudo evitar que se le encogiera el corazón al verlo así.

–Por supuesto que lo entiendo –le dijo ella–. El destino te arrebató a tu madre de una manera tan trágica que te rompió el corazón. Y además te has culpado siempre por lo que pasó. Aún lo haces.

–Pero sabes muy bien por qué me culpo, sabes lo que pasó aquel día. Te lo conté.

–Pero si ni siquiera estás seguro de cómo ocurrieron los hechos –susurró Rosa–. Te has negado a leer el informe de la autopsia o a hablar con los médicos.

Vio que Kulal se estremecía, pero sabía que tenía que seguir adelante. Porque, aunque Kulal ya no era un niño atrapado en una terrible pesadilla de dolor y culpabilidad, era un hombre que aún sufría como consecuencia de lo que había pasado ese día y creía que continuaría sufriendo si seguía sin enfrentarse a lo que pasó.

–Creo que deberías volver a Zahrastan y averiguar la verdad. Me dijiste que a tu madre le había estado doliendo la cabeza ese día. A lo mejor por eso se cayó. Puede que hubiera muerto ese día de todas formas. De un modo u otro, tienes que

saberlo, Kulal. No puedes seguir viviendo agobiado por la culpa ni puedes seguir evitando que la gente se acerque a ti. Tienes que aprender a arriesgarte.

Kulal tragó saliva, luchando para aceptar los nuevos y poderosos sentimientos que empezaban a surgir en su interior. Se preguntó si de verdad sería demasiado tarde.

–Iré –le prometió a Rosa–. Y me enfrentaré a la verdad, sea la que sea. Pero, antes de hacerlo, hay algo que necesitas saber. Algo que nunca te he dicho, aunque debería haberlo hecho –añadió mientras la miraba a los ojos–. La primera vez que te vi, sentí una conexión contigo, como si me hablaras directamente al corazón. Te miré desde el otro lado de aquella discoteca llena de gente sin darme cuenta de que estaba a punto de conocer a la mujer que iba a cambiar mi vida para siempre.

–Kulal…

–Y por eso necesito pedirte que me des otra oportunidad. Porque, Rosa, te quiero y deseo ser tu marido, un esposo de verdad y en todos los sentidos de la palabra.

Ella estaba sin aliento, no podía hablar. Las lágrimas que había aguantado estoicamente comenzaron a rodar por sus mejillas.

Vio que a Kulal se le apagaba el brillo en los ojos y entendió que había malinterpretado sus lágrimas.

Fue entonces cuando dejó de luchar ella también contra sus propios sentimientos. Hizo lo que había estado deseando hacer desde que lo viera aparecer frente a la casa. Le echó los brazos al cuello y lo besó entre lágrimas.

–Sí –susurró ella contra su boca–. Sí en todos los idiomas que hablo. Te lo diría también en el tuyo, pero aún tengo que aprenderlo. Sí, Kulal. Porque, aunque traté de decirme a mí misma que era una locura amarte, te quiero con todo mi corazón. Y quiero pasar el resto de mi vida amándote aún más, pero solo si me prometes que nunca vas a volver a cerrar tu corazón como lo has hecho.

–Te lo prometo –le aseguró Kulal con firmeza–. Y ahora, por favor, ¿podrías besarme en condiciones antes de que pierda por completo la cabeza?

Rosa lo besó antes incluso de que él terminara la frase. Ese beso fue distinto a todos los anteriores. Fue una declaración de amor, un beso que le iba a cambiar la vida para siempre. Eso era al menos lo que esperaba.

No podía dejar de sonreír. Era como si de repente hubiera entendido el secreto mejor guardado del mundo. Kulal se puso de pie, la tomó en sus brazos y entró así con ella a la pequeña cabaña de madera.

Rosa por fin entendió por qué todo el mundo decía que el amor verdadero tenía el poder de transformar a las personas.

Epílogo

El palacio de Al-Dimashqi brillaba a la luz del atardecer, elevándose sobre el paisaje austero del desierto como un hermoso castillo de cuento de hadas que Rosa ya veía en la distancia. Se asomó por la ventanilla del coche. Se sentía entusiasmada. Llevaba mucho tiempo deseando visitar el reino de Zahrastan y por fin había llegado el momento. Podía ver sus torres y sus cúpulas. Distinguió también el brillo del agua en una fuente entre los rosales de los jardines que rodeaban el palacio. No pudo evitar que se le escapara un suspiro.

Kulal le apretó cariñosamente la mano.

–¿Estás nerviosa? –le preguntó.

–Un poco –respondió mientras se giraba para mirarlo–. Me da miedo no gustarle a tu hermano.

–Eso es imposible –le dijo Kulal mirándola de arriba abajo–. Eres la mujer que por fin ha conseguido dominar al indomable jeque. Y la preciosa siciliana que mi pueblo está deseando conocer –añadió llevándose su mano a la boca y besándola con ternura–. La mujer que me ha robado el corazón por completo.

–Gracias, cariño –le contestó ella con gratitud–. ¿Y cómo te sientes tú al estar de vuelta, Kulal?

Él se quedó en silencio un momento mientras consideraba la pregunta. Era su segundo viaje a Zahrastan durante los dos últimos meses. La primera vez había ido solo y había sido un viaje doloroso. Había ido al hospital de la capital, a donde su madre fue trasladada después de su caída. Aunque había sido complicado, había leído todos los informes y había hablado después con el director, que había sido un médico residente cuando ocurrió el accidente.

Kulal recordaba muy bien su vuelo de regreso a París y la expresión esperanzada con que lo había recibido Rosa en el aeropuerto. Pero él había tenido que decirle que no había conseguido averiguar nada, que los informes no habían sido concluyentes. Seguía sin saber si la muerte de su madre había sido causada por la caída o por alguna enfermedad preexistente, pero lo había aceptado y así se lo había dicho a Rosa.

No había nada que pudiera hacer para cambiar el pasado. Todo lo que tenía era el presente y era un presente maravilloso en compañía de su amada esposa, la mujer que tanto le había enseñado.

–Siento alegría –le dijo Kulal simplemente–. Y gratitud. Al encontrarte a ti, me he encontrado también a mí mismo y estoy aprendiendo a vivir de una manera

que nunca pensé que fuera posible. Y estoy deseando disfrutar de las celebraciones que tenemos por delante.

–Yo también –respondió ella–. Aunque he tenido ciertas reservas con la lista de invitados, la verdad.

–Bueno, no tienes por qué. ¡Te lo prohíbo! –le dijo con un guiño–. No sé por qué te estás riendo así, Rosa. He dicho que te lo prohíbo.

Kulal apretó con fuerza su mano.

Estaban en Zahrastan porque el rey quería celebrar una gran fiesta en honor a su hermano y su esposa siciliana. La ex prometida de Kulal, Ayesha, también iba a estaría allí, en compañía del noble toscano con el que se había casado por sorpresa en cuanto rompió el compromiso con Kulal.

Sonrió al recordarlo. La vida no dejaba de sorprenderlo. La familia de Rosa también había sido invitada y la mayoría de ellos iba a asistir. Suponía que habría cierta fricción entre ellos, pero no estaba preocupado. Esperaba que el tranquilo entorno del palacio de Al–Dimashqi consiguiera inyectar un poco de calma en la apasionada naturaleza del clan Corretti.

Y, si no era así, supuso que habría risas, lágrimas, ruidosas escenas, rupturas y reconciliaciones. No le importaba en absoluto. Kulal había aprendido que había muchas cosas en la vida que no podía controlar. También había aprendido que arriesgarse era a veces tan necesario para vivir como el respirar.

Acarició suavemente la maravillosa melena oscura de su esposa y sonrió mientras se inclinaba para besarla.

Y, sobre todo, había aprendido que el amor era lo más necesario.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harlequinibericaebooks.com

Table of Content